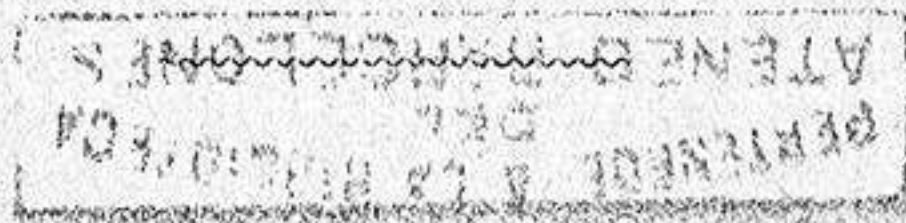


LA ESPAÑA MODERNA

AÑO 22.

NUM. 263.

LA
ESPAÑA MODERNA



Director: JOSÉ LÁZARO

—
NOVIEMBRE 1910
—

CASA EDITORIAL «LA ESPAÑA MODERNA»

Calle de López de Hoyos, 6

MADRID

Para la reproducción de los artículos comprendidos en el presente tomo es indispensable el permiso del Director de LA ESPAÑA MODERNA.

Imp. y encuad. de V. Tordesillas, Tutor, 16, Madrid.—Teléfono 2.042.

LA INMENSA HISPANIA

EL CASTELLANO DE AMÉRICA

A despecho de los que de arena quieren hacer montañas, es fácil demostrar que no hay dialectos americanos de la importancia del bable, del veneciano, del napolitano ó del gallego, y que, como dice D. Rufino Cuervo en sus *Apuntaciones críticas sobre el lenguaje bogotano*, «es infundado el temor de que en la parte culta de América se llegue á verificar con el castellano lo que con el latín en las provincias romanas, pues la copiosa difusión de obras impresas, el comercio constante de ideas con España y el estudio uniforme de su literatura, aseguran á la lengua castellana en América un dominio impercedero».

A los americanos, como á los españoles, interesa que la lengua no se pierda ni se diversifique; transfórmese en hora buena; difúndanse en América los impresos de España, y lleguen á Castilla los escritores americanos con sus construcciones, con su léxico; venzan en la lucha palabras gráficas y nuevas, á otras viejas y poco expresivas; vuelvan al uso en España palabras poco empleadas, y que América ha conservado lozanas y frescas. El cambio actual de ideas y la difusión de impresos, parécenle á Cuervo suficientes para evitar el peligro; mejor será acrecentar esas corrientes para que algún día se forme la inmensa Hispania, varia por las organizaciones políticas de

sus componentes, y una por el espíritu, la lengua y el ideal de civilización.

Sin que este estudio resultara inarmónico en proporciones, no sería posible explicar todas las variantes que ha sufrido el castellano en América; pero, además, esos libros excelentes del corte del *Diccionario de chilenismos*, de D. Zorobabel Rodríguez, ó del *Vocabulario Río Platense*, de D. Daniel Granada, traen al lector la idea de que en América se habla muy mal, porque no se repara en que de los defectos de lenguaje usados en cualquier provincia de España podría hacerse un libro análogo, y porque tan cuidadosas colecciones, laboriosamente recogidas, no dan á conocer la frecuencia con que cada dicho se emplea. En el *Diccionario de voces cubanas*, de Pichardo, y en el *Diccionario de peruanismos*, de Paz Soldan y Unánue, se encuentran palabras de uso corriente en Andalucía y Extremadura, atribuídas por ellos á decires característicos americanos: el criterio de cada autor en la cuestión, en incluir en sus diccionarios palabras que se oyen en el país, y que no constan en el de la Real Academia Española, y así toman por propios barbarismos que se usan hasta en Castilla, ni más ni menos que un boticario de Quezaltenango, á quien, habiéndole prestado un *Quijote* un banquero de Costa Rica, se lo devolvió, enojado, porque había encontrado que Sancho sabía ya todos los refranes que él creía propios de Guatemala.

Quizás para el lector no especialista resulta mejor y más ameno que se le diga lo que se nota más al oído, lo que salta más á la vista en periódicos, documentos oficiales y leyes, que son los escritos en que primero cristalizan los vulgarismos.

Porque aunque hay también para adulterar el castellano un modo *sublime*, que ha hecho presa en muchos cerebros anémicos de jóvenes de América, la dislocación es individual y caprichosa, y tan reñida con el habla castellana como con todos los idiomas del Universo, porque palabras y frases no podrían traducirse á ninguna lengua. La plaga de escritores que en América se llaman *modernistas*, sacan de quicio las palabras, porque

solamente buscan que de su unión en la frase y con un sentido traslaticio que se deja á la imaginación del lector, resulte un efecto estético musical, que no se sabe si es admiración del que lee por el talento propio de adivinar, ó hacia el notabilísimo escritor que ha propuesto charada tan difícil, envuelta en un decir que no dice y en una música vacía, parecida á los solos de flautín. Adivine el lector, por la definición siguiente, lo que es *Selenia*, revista de *Arte libre*, que se publica en Costa Rica:

«*Selenia* es la Luna,
es el Encanto,
es la Tristeza,
es el Ansia...

Luna, Encanto, Tristeza y Ansia forman el palio de un perfume. Y nuestras almas brindarán bajo ese palio—con los *chartreses* del Ensueño—por los que escriben en el papiro del corazón;

por los que viven un sentimiento;
por los que adoran la vida verdadera.
Porque la vulgaridad es crimen;
es idiotismo;
es carne...

Y nosotros por eso queremos guarecernos de ella, bajo el palio de un perfume. *Selenia* es ese palio.»

Si el lector se queda sin saber lo que es carne, lo que es ansia, lo que es perfume, lo que es palio y lo que son *chartreses*, no lo busque en el Diccionario de la Academia; pero tampoco en el notable *Diccionario de barbarismos y provincialismos de Costa Rica*, de D. Carlos Gagini, porque los de ese calibre tampoco están.

*
*
*

La diferencia más notable que el castellano ha sufrido en América, es la supresión del TÚ y su substitución por el VOS.

Como en España se dice al tratamiento familiar *tuteo*, en América se le llama *voseo*. Pero todas las alteraciones tienen su raíz en fuentes castellanas. Parece que Quevedo y Tirso de Molina emplearon el verbo *vosear* para caracterizar el tratamiento de *vos*.

Los americanos rechazan la paternidad del tratamiento, que atribuyen á los conquistadores. El *vos* es simplemente un arcaísmo vicioso. Según unos, el tratamiento de *vos*, que se dirige á personas constituídas en dignidad elevada, se lo hacían dar los primeros hidalgos de sus sirvientes y de los indígenas; según otros, y parece lo más acertado, el tratamiento de *vos*, con sus corrupciones, lo trajeron los españoles á América como tratamiento familiar ó más bien como tratamiento de superior á inferior, enteramente con la significación que hoy se emplea en América.

Don Diego Hurtado de Mendoza escribe al cardenal Espinosa: «El secretario Antonio de Eraso llamó de *vos* á Gutiérrez López, estando en el Consejo, y por esto se acuchillaron» (1579).

«El que me ha de llamar de *vos* ha de ser *señoría*.» (Cervantes, en *Persiles y Segismunda*. 1616.)

«*Vos* se dice á los criados y vasallos.» (Juan de Luna: *Diálogos familiares*. 1619.)

Algunas familias distinguidas usan el *tú* para tratamiento de padres á hijos y entre hermanos; pero para el vulgo el *tú* es ofensivo y mucho más el *ti*; decirle á un criado «para *ti*», es quedarse sin él; si la forma despectiva se emplea entre iguales, no es raro que el ofendido conteste:

—El *ti* *vos* y los perros.

También, con notoria inexactitud, porque á los perros se les llama de *vos* y más frecuentemente de *usted*: «¡Pase, *Nerón!*» «¡No muerda, *Caifás!*»

Lo peor es que el *vos* no se emplea correctamente. En castellano, el tratamiento de *vos* requiere concordancia con el verbo en segunda persona del plural: *vos habéis*, *vos sois*, *vos*

amáis, vos teméis, vos partís; en el decir vulgar americano se pierde la última vocal cuando hay dos, y se dice: *vos habés, vos sos, vos amás, vos temés*. Con esa regla la traducción es fácil: *vos cantabais, vendíais ó subíais*, se convierte en *vos cantabas, vos vendías, vos subías*, formas iguales á las de la segunda persona del singular, argumento que sirve á muchos para afirmar que el *vos* equivale al español *tú*.

El pretérito perfecto *vos hubisteis, vos fuisteis, vos amasteis, temisteis ó partisteis*, se convierte en *vos hubistes, vos fuistes, vos amastes, temistes ó partistes*, dicciones que los que creen que el *vos* equivale al *tú*, explican diciendo que en muchas provincias españolas también dice el vulgo *tú fuistes, tú amastes*, etc.

El futuro de indicativo *vos habréis, seréis, cantaréis, venderéis, subiréis*, por la pérdida de la *i* final se convierte en el decir vulgar *vos habrés, serés, cantarés, venderés, subirés*, que se parecen menos á la segunda persona del singular que á la del plural; muchos señoritos cultiparlistas hacen una mezcolanza del *tú* y del *vos*, y dicen *vos habrás, vos serás, ó tú cantarés, tú venderés*, como si fuera mejor añadir el solecismo al arcaísmo.

Llamando á conjugar, para escribir este artículo, á diez ó doce personas que emplean corrientemente el *vos*, algunos afirman que jamás se dice *vos serés*, sino *vos serás*. Cuervo explica á los colombianos, con muchísimos ejemplos, la manera correcta de emplear el *tú* y el *vos*, y tal irritación le produce el defecto, tan extendido y arraigado, que quisiera que las reglas gramaticales, para evitarlo, formaran parte «de los tratados de urbanidad, pues no pueden descuidarse sin dar indicios de vulgaridad y descuidada educación». Don Alberto Membreño, en su *Diccionario de Hondureñismos*, da para el futuro verbal las formas *serés, venderés*, que las gentes del campo emplean en Costa Rica; el *vos amarás, vos partirás*, de las ciudades, es quizás signo de una evolución para acabar con el *vos*.

El presente de subjuntivo dice: *vos amés, vos temás, vos partás*.

De las tres formas, *amara, amaría, amase*, del pretérito imperfecto de subjuntivo, la terminada en *se* está totalmente perdida, al menos en toda la América Central; las otras dos apenas se usan tampoco; y si acaso la gente ciudadana, en vez de decir *aunque vos le temierais, le temeríais sin fundamento*, se atrevería á decir «aunque vos le temieras, le temerías sin fundamento», porque la gente del campo emplearía otros tiempos, y diría *aunque vos lo temás, lo temés sin motivo*.

El futuro simple de subjuntivo *amare, temiere, viniere*, es totalmente desconocido en la conversación, y no hay que pensar en cómo se construiría con el pronombre *vos*.

Cuando se habla con dos personas á quienes se les da tratamiento de *vos*, al referirse á ambas, se dice *ustedes*. «*Vos, Juan, andá á la plaza; vos, Pedro, corré á la botica; pero vengan pronto.*» El pronombre *vosotros, vosotras* y su forma sincopada *os*, jamás se emplean.

El pronombre personal *vos* tiene una declinación que ofrece igual parentesco con la segunda persona del singular que con la del plural, pues es la siguiente:

Nominativo...	<i>Vos.</i>
Genitivo.....	<i>De vos.</i>
Dativo.....	<i>A ó para vos, te.</i>
Acusativo.....	<i>Te ó á vos.</i>
Vocativo.....	<i>Vos.</i>
Ablativo.....	<i>Con, de, en, por, sin, sobre vos.</i>

Así se dice: *Vos tenés mi sombrero. ¿Te dió el libro? Te ví á vos. ¡Escuchá vos! Me rio de vos. Iré con vos.*

Los imperativos *andá, poné, vení*, combinados con el pronombre en acusativo da las formas *andate, ponete, venite*.

El poeta popular costarricense Aquileo Echeverría, muerto en Barcelona recientemente, tiene en sus poemas muestras fieles del decir de *vos*. Describe un desafío á cuchillo:

«Una vez que al campo llegan,
y ya puestos en el sitio,
tiran chaqueta y sombrero
sobre un pedrusco vecino.

—*Me perdonás si te mato.*

—*¡Está claro! ¿Y vos?*

—Lo mismo.

—Pues si *querés*, empezamos.

—Empecemos, Secundino.»

Describe una conversación de campesinos, en tiempo de propaganda política en que se piden firmas para presentar candidato:

—*Mirá*, por vida tuyita,
no *fregués* (1), que no he de dala,
así me la pida el Rey
ó el mismísimo (2) Papa.

—Pero, hombre, *reflexioná*:

¿No sós hijo de esta patria?

¿Onde demonios *nasistes*?

—Onde nasieron tus tatas (3).

¡Aquí! También mis agüelos
y sus padres y sus mamas,
y las mamas y los padres
de sus tatarataratas (4),
y hasta Adán si *vos querés*,
pero no la doy, carasta (5).

—¿*Vos sós* hombre, Maximino?

ó desí lo que te falta.

¿No echamos todos la firma?

¿Por qué no *habés vos* de echarla?

—Porque no quiero, ¿*entendés*?

Porque no me da la gana.

(1) *Fregar*: fastidiar, molestar.

(2) Es frecuente exagerar el superlativo; también se dice: «está *muy muy buenísimo*».

(3) *Tata*, padre.

(4) *Tatarabuelos*.

(5) Interjección un poco ruda.

Cuando los españoles llegan á América, no pueden menos de preguntar que de dónde han sacado ese *vos* insoportable y esas formas viciosas de pronunciación. Pero los americanos contestan que de España, y contestan con textos de nuestros clásicos:

«Don majote ño *pensés*
de habrar tanto por desprecio
aunque *presumás* de necio.»

(Lucas Fernández.—*Églogas y farsas*.)

«*Andá*, señor, que estáis muy mal criado.»

(Cervantes.)

«Deste *habés* de ser madrina,
Laura, pues *sós* nuestra reina.»

(Lope.—*El hijo de los leones*.)

«Que después que supe amaros,
Aunque sé que me *olvidastes*,
No sé jamás olvidaros.»

(Castillejo.—*Rimas*.)

«Tan en hora mala *supistes vos* rebuznar, Sancho; y ¿dónde *hallastes vos* ser bueno nombrar la sogá en casa del ahorcado?»

(Cervantes.)

«Vergüenza, *sufrió* y *callá*;
bajad ya, atrevidos vuelos.»

(Tirso.—*El vergonzoso en palacio*.)

«Teneos, á voces dijo; *tené*, amigos;
Sepamos la ocasión, *suspendé* el caso.»

(Valbuena.—*Bernardo*.)

En resumidas cuentas, la más grave discrepancia entre el hablar americano y el español, es un simple arcaísmo, un retraso evolutivo. ¿Se quedará estancado ó saldrá de él el pueblo

americano? ¿Se hará popular el *tú* en América ó desaparecerá en Castilla?

Probablemente se acabará el tratamiento de *vos* en América; en las escuelas no se enseña, y de los autores que se han dedicado á recoger provincialismos americanos, ninguno recomienda ni acepta tan vulgar práctica; en muchas familias el padre no *vosea* á los hijos, y no hay otro tratamiento que el *usted*, el mismo que se usa entre esposos.

En la Península, el tratamiento de *vos* debió ser costumbre en los siglos XVI y XVII. Tirso de Molina, en una de sus comedias, *Celos con celos se curan*, se queja de la preponderancia que va tomando tan vulgar tratamiento: «¿Ya es *vos* lo que *tú* hasta agora fué?» Si hasta Tirso de Molina (1570-1648) fué de uso corriente el *tú*, después se habló de *vos*, y nuevamente volvió á usarse el *tú* y se perdió el *vos*, no deben jugar tanto en el fenómeno las leyes fonéticas como el capricho de la moda. En España se observa un doble proceso respecto al *tú*: disminuye como tratamiento de superior á inferior: á los criados, horteras y peones se les tutea cada vez menos; en cambio, aumenta como tratamiento cariñoso: hace años, los hijos no tuteaban á sus padres, abuelos ó tíos, y hoy sí, extendiéndose la costumbre de la ciudad á los campos.

Quizás desaparezca el *vos* en América, pero difícilmente se implantará el *tú*. Y andando el tiempo, la diferencia mayor entre españoles y continentales consistirá en que éstos no emplearán el *tú*, que será forma muerta, y á todos llamarán de *usted*.

En la inmensa Hispania nos entenderemos admirablemente, pues la construcción con la llamada por D. Andrés Bello tercera persona ficticia, con el *pronombre usted*, es igual en España y América, y enteramente correcto su uso.

*
* *

Se han perdido en América los sonidos *za, ce, ci, zo, zu*, que se convierten en *sa, se, si, so, su*. El oído se acostumbra pronto, y el mayor inconveniente es el ortográfico; rara es la persona que no vacila en América al escribir algunas palabras respecto á si se escriben con *s* ó con *c* ó *z*. El vulgo americano tiene la aprensión de que los castellanos lo pronuncian todo con *z*, ó de que es caprichoso el ponerla ó quitarla. Merece publicarse un diálogo entre un panadero costarricense y una castellana sirvienta de la casa del autor de este artículo:

«*Él.*—Habla usted muy mal el español.

Ella.—¿Por qué?

El.—¡Porque á la *cabesa* la llama usted *cabeza*!

Ella.—¡Como que es *cabeza*!

Él.—Y á la *camisa* la llama usted *camiza*.

Ella.—¡Yo *camiza*!

Él.—¡Sí, señora; mete usted la *z* donde la da la gana!»

En un examen para graduar de maestro normal á un joven, fué reprobado porque en lección preparada con un día de plazo, respecto á las palabras agudas que deben acentuarse, traía como único ejemplo de las agudas terminadas en *s* la palabra *escasés*; presidía el tribunal quien esto escribe, y para llamar la atención del examinando, sin que los niños de la escuela se enterasen, pidió un Diccionario y enseñó al joven la palabra para que se fijara en que era *escasez* sin acento y con *z*. El joven llevó á la prensa su queja por la injusticia de la reprobación por falta tan leve que hasta el presidente del Tribunal *dudaba* y tuvo que consultar el Diccionario para ver si era *casés* ó *escasez*. El público creyó perfectamente que un castellano puede dudar en si *escasez* se escribe con *z* ó con *s*.

Los versificadores atildados nunca riman palabras como *mesa* con *pereza*. No lo hacen Bello, Santos Chocano, Peza, Andrade, Julio Flórez; ni en Costa Rica Gagini y Lisímaco Chavarría, lo cual es demostración de que los escritores americanos de más justo renombre desean que las diferencias de

escritura y lenguaje entre peninsulares y americanos sean menores cada vez.

Poetas inspirados, pero poco cuidadosos ó que no aspiran á que sus producciones sean leídas sino por americanos, no vacilan en emplear tales consonantes; he aquí una preciosa composición, afeada por el último pareado. Por la inspiración de los versos y el dominio de la rima, comprenderá el lector que no hubiera sido difícil al poeta emplear formas correctas si hubiera querido. Es del cantor popular costarricense ya nombrado.

Á UNA MORENA

Gloria á la soberana de Costa Rica,
cuya gracia seduce, cautiva y pica;
pica como los soles puntareños (1),
y como ellos produce desmayo y sueños.
Gloria á la sirenita de tez quemada
que en las grutas marinas tiene morada,
y que duerme soñando dulces quimeras
bajo el palio frondoso de las palmeras;
á la de pie pequeño y ojos de fuego
que en las almas encienden desasosiego;
á la de pecho erguido y ancha cadera,
á la que en triunfo luce su cabellera...
Es alma de las fresas tu boca pura,
es carne de los cocos tu dentadura;
y es tanta tu belleza subyugadora,
que eres en Puntarenas reina y señora.
Permite al peregrino que va de *paso*
dejar estas resedas en tu *regazo*.

No faltan quienes disculpan el defecto, y Cuervo, en la última edición de su notabilísima obra sobre el lenguaje bogotano, trae ejemplos de versificadores andaluces que incurren en

(1) De Puntarenas, puerto costarricense en el Océano Pacífico.

la confusión; algunos hasta patrocinan el defecto, como Brenes Mesén, autor de una Gramática, grande y justamente elogiada en LA ESPAÑA MODERNA: «los poetas americanos están en su derecho cuando aconsonantan s con z: *prisa, desliza*»; están en su derecho, efectivamente, si Castilla no fuera provincia, y provincia principalísima por ser cuna de la lengua, de la inmensa Hispania, para quien deben escribir los hasta hoy publicistas de mezquinas ambiciones; cada cual es dueño de ponerse en casa un traje raído; pero es faltar á la decencia salir con él á la calle, y más presentarse así de visita. ¿Desdeñan los americanos el elogio de Castilla?

Es probable que la pérdida de los sonidos de la z sea definitiva en América. Un profesor de Castellano del Instituto de Alajuela (Costa Rica), Sr. Solórzano, hacía leer á sus alumnos pronunciando al uso castellano especialmente los versos; pero los demás de la República lo encontraban ridículo, y los maestros de escuela prefieren luchar con la dificultad, nunca vencida, de la ortografía de las letras s, c y z, á ayudarse por la educación del oído, ejercitando á los niños en la lectura de versos consonantes con s, c ó z entre dos vocales.

*
* *

Construcciones no usadas en España, apenas merecen citarse tres ó cuatro que campean en los escritos oficiales y en la prensa. Se emplea el adverbio *hasta* tan incorrectamente, que la frase expresa en castellano totalmente lo contrario de lo que en América quieren decir con ella. Un empleado desea permiso para no ir pronto á la oficina, donde se entra de mañana, y calcula que llegará á las once; pues pide permiso en estos términos: «Mañana, si usted me da permiso, vendré *hasta* las once.» «*Hasta* el lunes se pagará la contribución,» dice un letrero de una oficina de recaudación, para expresar que la contribución no podrá pagarse antes del lunes, pero sí en los días sucesivos.

Un galicismo muy arraigado es el empleo de la partícula *que* con el verbo *ser*, para denotar relaciones de causa, modo, tiempo, lugar, y en vez del relativo *á quien*:

Se dice *que* en vez de *por lo que*: «Por eso es *que* lo dice.»

En vez de *como*: «Así es *que* conviene.»

En vez de *cuando*: «Hoy es *que* se juega la lotería.»

En vez de *donde*: «En esta casa fué *que* se murió.»

En vez de *á quien*: «Al Ministro es *que* debe usted hablar.»

Cuando se emplea el verbo *haber* solo ó combinado con otros para denotar existencia, se concierta el verbo con el acusativo, y se dice: «Ayer *hubieron* temblores; *empiezan á haber* discusiones; *pueden haber* heridos.»

He aquí frases pintorescas muy corrientes, y cuyo sentido fácilmente se adivina:

«Se lo diremos, pero *de repente* se enoja; parece verdad, pero *de repente* no lo es; esperémosle, pero *de repente* no viene.»

«Cambió el Ministerio y lo dejaron cesante *de viaje*; apenas habló y *de viaje* lo aprobó el Congreso; tropezó y se cayó *de viaje*.»

*
* *

Otra característica americana es la pobreza del léxico; el lenguaje no tiene matices; así, por ejemplo, para designar toda clase de casa de hospedaje ó de comidas, sea albergue, venta, posada, mesón, hospedería, casa de huéspedes, figón, parador ó fonda, se emplea una sola palabra y no española: *hotel*. Si por un pueblo de Castilla como los de la provincia de Guana- caste de Costa Rica, un viandante americano preguntara por el *hotel*, los aldeanos se reirían y contestarían donosamente:

—¿Hotel? No, señor: ¡posada y gracias!

«Fruta *sabrosa*, asiento *sabroso*, noche *sabrosa*, sueldo *sabroso*, sueño *sabroso*», se dice por «fruta sazónada y jugosa, asiento cómodo, noche fresca, sueldo crecido, sueño reparador»; todo es «*sabroso*» y el gozarlo «*una sabrosera*».

Y, sin embargo, hay palabras más vivas que en Castilla, y

que por muy usadas han tomado significación más amplia. Por ejemplo, la palabra *ojalá*. La Academia la trae entre admiraciones: «¡Ojalá!». En Costa Rica no es preciso admirarse de nada para decirlo. La Academia escribe: «¡Ojalá!—(Del árabe *in xa Alah*, si Dios quiere), interjección con que se denota vivo deseo de que suceda alguna cosa.» En Centro América no es interjección, sino adverbio de modo, que significa *preferentemente*:

«Deme un papel, *ojalá* blanco, para envolver este aparato.»
«Venga á verme mañana, *ojalá* á las tres.»

Un dueño de barbería que tenía á la vez fábrica de sombreros, y necesitaba un dependiente, publicó en la prensa este anuncio, que no pareció incorrecto ni confuso:

«Se necesita un barbero; *ojalá* sea sombrerero».

*
* *

Dice Batres Jáuregui, en su obra *Vicios del lenguaje de Guatemala*, que la América Central es de todas las regiones del Continente la que menos contacto ha tenido con España, porque aunque Guatemala fué, sin duda, después de México y Perú, una de las más preciadas joyas de la Corona de Castilla, su comunicación con la madre patria se redujo, durante mucho tiempo, á recibir uno que otro barco menor que llegaba á Sonsonate procedente del Perú, á la llegada de goletas que arribaban á Trujillo, cargadas con aguardiente de la Habana, para llevarse oro de Honduras, y á tres ó cuatro embarcaciones que llegaban de Cartagena, Santa Marta y otros puertos. Abiertas después á la emigración europea las repúblicas del Sur, la América Central recibió principalmente emigración de catalanes, que descuidaron en la Península el aprendizaje del idioma que les abre un mundo, y vinieron á aprenderlo á América, por lo cual no ha existido renovación activa, y á las necesidades nuevas se ha acudido con vocablos diferentes que en España. Como el primero que fabricó jarabes era francés, en Costa Rica

se les llama *siropes*; como las empresas ferroviarias fueron inglesas, al freno se le llama *brek* y *brequero* al guardafreno; por análoga razón, al billete de tren ó de teatro se le llama *tiquete*; *sangüiches* á los emparedados; *suiches* á los conmutadores ó interruptores eléctricos.

Apenas es posible decir más con algún carácter general, si es que no se ha dicho demasiado.

Las Academias americanas de la lengua, existentes en Colombia, Ecuador, Méjico, El Salvador, Venezuela, Chile, Perú, Guatemala y Honduras, deberían revisar todas las obras publicadas en que se recogen los provincialismos, y señalar las que, usándose en toda la América, deberían entrar en el Diccionario de la Academia.

El que el lenguaje se diversifique más cada vez ó que, por el contrario, vaya unificándose, es cuestión de empeño de todos y de que Castilla no sea intransigente; en las obras ya citadas en este artículo, en el *Diccionario de Venezolanismos*, de Rivodó, y en artículos de revistas de la Argentina y Chile, se ven palabras de carácter regional, que significan un peligro para la lengua si se las deja estancadas y no se les da aire que las fortalezca ó las mate.

Porque el neologismo que designa algo peculiar de la región, natural es que sea válido; pero el que expresa sin nuevos matices lo ya conocido, merece salir á la plaza para que por feo se rechace ó por lindo se imponga como sinónimo al que se use en Castilla.

Lo conducente para la difusión de ideas, revistas y obras de arte y ciencia, se expondrá en otro artículo, ya que éste ha resultado largo. Para terminarlo, he aquí las palabras costarricenses más oídas, y su significado:

A...—*Acatar*, caer en la cuenta, percatarse, recordar.

Achará, ¡qué lástima!

Achucullarse, amilanarse, desanimarse.

¡Adió!, ¡cá, quiá, cómo!

B....—*Balear*, herir con bala, dar balazos.

Billarero, mozo de billar.

Botar, tirar, arrojar.

Botar plata, malgastar, derrochar.

Botar á un empleado, echarlo.

Botar un palo, derribar un árbol.

Bulto, cartapacio escolar.

C....—*Cachar*, hurtar.

Camarón, propina.

Canfin, petróleo.

Casquillo, mango de pluma.

Cele, verde, tierno, en leche; se dice de la fruta.

Costarricense, de Costa Rica. La Academia dice *costarrriqueño*, pero nadie lo dice así en Costa Rica.

Corrongo, lindo, gracioso; simpático.

Configado, malvado, pícaro.

Cuchilla, cortaplumas.

CH.—*Chacalín*, rapaz, pequeñuelo.

Chancho, cerdo.

Chichigua, nodriza.

Chilillo, látigo.

China, niñera.

Chinamo, choza.

Chingo, corto; refiriéndose á vestidos.

Chingos, vestidos interiores de mujer.

Chinear, mimar.

Chirota, cosa alegre, cómica, chistosa.

Chompipe, pavo.

Chúcaro, caballo bravío.

Chunches, cachivaches.

D. . —*Dar cincha*, *dar cuero*, dar cintarazos.

Desvestirse, desnudarse ó, más propiamente, quitarse un traje.

Disparejo, desigual.

E....—*Enchilar*, picar.

- Enjaranarse*, endeudarse.
Entre más, cuanto más.
Estampilla, sello de correos ó telégrafos.
- F... —*Flux*, traje de hombre.
Fresco, refresco.
Fuete, látigo.
Fustán, enagua blanca.
- G... —*Gangoche*, tela de cáñamo para sacos.
Goma, modorra de los borrachos.
Guaro, aguardiente de caña.
Guindar, colgar.
- I... —*¿Idéai?*, ¿y bien?, ¿y luego?, ¿por fin?
- J.... —*Jalar*, tirar de algo; estar en relaciones amorosas poco formales.—*Flirtear*.
- L.... —*Lavatorio*, lavabo.
Limpión, albero, rodilla, trapo de cocina.
- M... —*Macho*, extranjero rubio y colorado; es cariñoso y se aplica principalmente á los yankis.
Maroma, volatines, títeres.
Mecate, cuerda.
Motete, envoltorio, lío.
- N... —*Naguas*, falda, saya.
- P.... —*Pararse*, ponerse en pie. D. José Milla, escritor de Guatemala, escribió: «había en la plaza de toros como ocho mil *almas* sentadas y como mil *paradas*».
Pastorear, acechar.
Petipieza, sainete.
- Q. ... —*Queque*, bollo.
- R. ... —*Rebozo*, chal.
Refaccionar, componer un edificio.
- S. ... —*Socar*, apretar.
Socollón, sacudida fuerte.
Sentirlo bastante, sentirlo mucho.
- T. ... —*Taquilla*, taberna.
Tiliche, baratija.

Tinterillo, rábula, leguleyo.

Tinto, rojo.

U...—¡Upe! ¡Ah, de casa!

V...—¡Vé?, pregunta que sirve de muletilla en la conversación: «Estoy escribiendo un artículo ¿vé? para dar idea del modo de hablar en Costa Rica, ¿vé?»

ARTURO PÉREZ MARTÍN,

Director del Liceo de Costa Rica.

EL CUERPO DIPLOMÁTICO ESPAÑOL

EN LA GUERRA DE LA INDEPENDENCIA

La indiferencia que en España se muestra por los asuntos diplomáticos ha hecho que sea absolutamente desconocida la actitud adoptada por el Cuerpo Diplomático español al estallar la guerra de la Independencia. Ignorados han quedado, por lo mismo, los hechos épicos realizados durante los seis años de lucha por los insignes patricios que á la sazón lo componían, tanto en la Secretaría de Estado como en las Embajadas y Ministerios en el extranjero.

Conócese solamente, en líneas generales, la acción diplomática de la España oficial, su acción política. Nadie ha tratado de ahondar en lo que personalmente, uno por uno, en todos sus organismos, hicieron los diplomáticos en la soberbia epopeya cuyo centenario celebramos cada día desde 1908 hasta 1914.

Me propongo, cumpliendo con un deber de ciudadano más aún que de diplomata, trazar sintéticamente en estas páginas el cuadro, épico como ella, de lo que hiciera el Cuerpo Diplomático español al estallar la guerra de la Independencia.

No quiero hablar de los precedentes de ésta. No, en consecuencia, de las influencias francesas en España desde los tiem-

pos de la llamada Casa de Austria, que, en rigor, es sólo Casa de Borgoña, y, por ende, la rama menor de la Casa soberana de Francia. No he de tratar del advenimiento, luego, de la Casa de Borbón y, anejo á ella, del Pacto de Familia. Ni tampoco, finalmente, de la política internacional de Godoy, que continúa el Pacto de Familia cuando, la República primero y el Imperio después, han reemplazado á los Borbones. Sobre estos temas, al menos sobre los últimos, se ha escrito mucho, cuando menos lo bastante. No siéndome, pues, posible abarcar todos los puntos de la materia que me propongo tratar, me ceñiré, para concretar mi objeto, á lo esencial de lo que en él es mi meta.

*
* *

Sin carácter oficial, entre cortinas, el Príncipe de la Paz dirige, como la interior, la política internacional. Oficialmente es, en 1808, primer Secretario de Estado, Cevallos.

Diplomático de carrera á medias, emparentado con Godoy, Cevallos es un personaje nebuloso, moralmente; intelectualmente, menos que una medianía.

Don Eusebio de Bardají y Azara, diplomático profesional, como eran siempre los que desempeñaban este cargo, era el Subsecretario ó, como entonces se decía, el Oficial Mayor.

Componían, como Oficiales de ella, la Secretaría de Estado muchos hombres eminentes: tales, Cienfuegos y Arriaza, Rui Bamba y Abella, honor de las Reales Academias Española y de la Historia.

Cuando Fernando VII se decide á salir al encuentro de Napoleón, pasando la frontera y encerrándose ciegamente en Bayona, va acompañado por Cevallos. A éste acompañan, á su vez, Bardají, «Oficial Mayor», y Onís, «Oficial Mayor menos antiguo», para emplear el tecnicismo de la época.

Van también con el Monarca: Labrador, Ministro en Florencia, y Múzquiz, Ministro que fué en varias Cortes europeas.

Cuando Fernando VII llegó á Bayona había en ella dos Diplomáticos ya. Eran estos Macanaz y Vallejo. Ambos habían ido acompañando al Infante D. Carlos, los dos provistos de sendas Plenipotencias para poder negociar con Napoleón.

Y las «escenas de Bayona» comienzan. De los siete Diplomáticos reunidos allí, ni uno solo se aviene á firmar lo que, amenazando con la muerte, exige, en pleno territorio francés, el Emperador de los Franceses. Así, es el P. Escóiquiz, preceptor de Fernando VII, promovedor del viaje y causante, por lo tanto, de todas sus consecuencias, el que al fin firma como Plenipotenciario el Tratado de Bayona de 10 de Marzo de 1808.

Los Diplomáticos congregados en Bayona sufren inmediatamente los efectos de la cólera de Napoleón. Labrador es desterrado, siendo obligado á partir para Florencia, quedando, pues, en poder de Napoleón, dueño de Italia. Macanaz, apisionado, es enviado al Castillo de Vincennes, en donde permanecerá. Vallejo paga su patriotismo en la fortaleza de Lourdes, de la cual podrá salir únicamente por la fuga.

Por este medio le veremos después aparecer disfrazado en España. Consejero honorario de Guerra, individuo de la Academia de la Historia, se presenta en Aragón á Villacampa, General en Jefe á la sazón de aquel Ejército: Vallejo pide una plaza de soldado voluntario.

Necesario será registrar estos hechos, hasta hoy no consignados en la Historia.

Bardají y Onís regresan á la Corte. Sólo Cevallos permanece en Bayona.

Cevallos acepta el cargo de Secretario de Estado del Intruso, según explicó más tarde, para poder servir á la patria regresando á España sin riesgo de la vida. Poco después, *Joseph* es abandonado por Cevallos, que pasa á ser Secretario de Estado de la Junta Suprema nacional.

¿Qué sucedía, entretanto, en Madrid?

Ausente el Rey, había quedado en su nombre la Junta Su-

prema Gubernativa del Reino, presidida por el Infante D. Antonio, el buen Infante del «Valle de Josafat».

Gil de Lemos, Secretario de Marina, desempeñaba, en ausencia de Cevallos, la Secretaría de Estado. Pero Gil, el 2 de Junio, se retira del Gobierno, encargándose de ella Bardají.

Ahora bien: el acto único trascendental realizado por la Junta es el envío á Bayona de una Comisión secreta que recabe del Monarca los dos famosos Decretos de poderes ilimitados para la Junta, que ve sus días contados, para poder substituirse y ser, en cualquier evento, cabeza oficial del Reino, y de Convocatoria de Cortes para el Consejo Real.

Trátase de una Misión secreta que exige tanta habilidad como riesgo supone en su desempeño. La Junta elige para ella «dos personas, dice el Sr. Comenge, de absoluta confianza»

Estas personas son: la primera, D. Evaristo Pérez de Castro, Secretario de Embajada, como Oficial de la Secretaría de Estado, y la segunda, D. José de Zayas, Jefe de Batallón, como Oficial de la Secretaría de Guerra.

Arrestado en la frontera el militar, solamente el diplomático logra dar cima á su misión. Toreno dijo, al relatar en su «Historia» este suceso, que el encargado de la Comisión fué «un propio». Achaque muy general de historiadores españoles, por desgracia, es el desconocimiento, y hasta pudiera decirse hostilidad, de cuanto se relaciona con diplomacia y diplomáticos de España.

Ya antes de esto, la Secretaría de Estado había dado á la Nación el más hermoso de los ejemplos. Cabe, en efecto, al Cuerpo Diplomático la honra de que perteneciese á él la personalidad simbólica que el 2 de Mayo encarnó el valor civil.

Porque si en el magno día, merecedor de eterna recordación, hubo mil escenas épicas de valor bélico, no existió el valor cívico. Calles y plazas realizaron proezas entre el estruendo del acero y la metralla, pero no hubo más ciudadanía que ésta.

Sólo Cienfuegos, Secretario de Embajada, fué en aquel día

quien encarnó el civismo. Oficial de la Secretaría de Estado desde 1802, individuo de número de la Real Academia Española, Cienfuegos era, Quintana ha pintado el cuadro, la personificación de la España intelectual de aquellos días. Todos, ansiosos, fijos los ojos en el famoso poeta, aguardaban, indecisos, preguntándose: ¿Qué hará Cienfuegos?

La Historia ha pintado el cuadro del diplomático poeta, encargado, como Oficial de la Secretaría de Estado, de revisar la *Gaceta*, enfermo, moribundo, oyendo desde su lecho los rugidos del Pueblo, los ayes de los heridos, sin poder pelear con ellos, incorporándose de pronto para redactar una noticia que al día siguiente, entre el siniestro resplandor de los fusilamientos de Murat, aparecía en la *Gaceta de Madrid*: la noticia de que el Rey Fernando VII había sido proclamado en León.

Así respondía Cienfuegos con su pluma, lanzando un reto á Murat, al hacer saber á Europa, levantando los espíritus, que España, indómita, rebelde, irreductible, moribunda como él, se levantaba para alzar, como él, su mano y luchar con el tirano por su honra.

Murat, al leer el día 3 de Mayo la noticia, condenó á muerte á su autor. He aquí ahora la respuesta de Cienfuegos:

«Excmo. Señor:

»No pudiendo continuar sirviendo mi plaza de Oficial de la primera Secretaría de Estado, sin perjuicio y menoscabo de mi honor y buena opinión, me veo en la precisión de hacer dimisión de ella, sin que de ningún modo me sea posible seguir en ella, aunque hubiera de costarme el sacrificio de mi vida. Espero que V. E. lo haga presente á la Junta de Gobierno para que resuelva lo conveniente y autorice á quien guste para la revisión de la *Gaceta*.

»Dios guarde á V. E. muchos años. Madrid 4 de Mayo de 1808.—Excmo. Señor: Nicasio Alvarez de Cienfuegos.—Señor Secretario del Despacho de Estado.»

La Secretaría de Estado tiene conocimiento del Decreto de Murat. Y, al saberlo, responde á él con un acto colectivo de

imposición, un gesto heroico cívico. Reunidos, en efecto, todos los Oficiales de la Secretaría de Estado, una Comisión formada por Heredia, Conde de Ofalia después, y por Porlier, se presenta ante la Junta de Gobierno que delibera en el Ministerio de la Guerra y presenta la dimisión, en masa, de la Secretaría.

Acto admirable, gracias al cual Cienfuegos fué respetado no solamente en su vida, sino en su puesto, aunque más tarde, cuando las tropas francesas se apoderaron de Madrid, llevado á Francia, encerrado en una ergástula, murió en Orthez en 1809, leal á su Patria, como buen ciudadano, «sin menoscabo, para decirlo con sus mismas palabras, de su honor».

Constituída la Junta Suprema Central en Aranjuez, la Secretaría de Estado, en pleno, está con ella. En el acto colectivo del 23 de Noviembre de 1808, con motivo del reingreso, indiscretamente decretado, de los diplomáticos arbitrariamente separados del servicio por Godoy, aparecen las firmas de todos los Oficiales de la primera Secretaría, Cienfuegos entre ellos.

Y de este modo, más tarde, huyendo siempre, de Madrid á Aranjuez, de Aranjuez á Sevilla y de Sevilla á Cádiz, vemos á la Secretaría de Estado siguiendo á la Junta Suprema, instalándose en la isla gaditana.

En ella, sitiados, bajo la diaria metralla de los ejércitos franceses, sus Oficiales desempeñan sus funciones diplomáticas. No es posible en estas páginas referir, ni aun esquemáticamente, sus servicios. Sólo me es dable citar algunos nombres. Tal es el de Bardají, por haber desempeñado interinamente varias veces, durante la guerra de la Independencia, la Secretaría de Estado, como por las trascendentales Comisiones por él desempeñadas: en 1809, en Viena, en 1812, en Lisboa, de donde pasa á Suecia y de aquí á Rusia. Antiguo colegial de Bolonia, historiador de la Diplomacia española, el 25 de Noviembre de 1808 escribía estas proféticas palabras: «Vencemos: el que piense diversamente, se engaña y es hombre digno de compasión.» Tal es también el nombre insigne de Arriaza,

de la Real Academia Española, Secretario de Embajada, que en 1809 sale de Cádiz para fundar y dirigir en Londres, en polémica tenaz con Blanco White, un periódico oficioso que contrarreste en Europa las calumnias pagadas por Francia, mientras que, desde Inglaterra ó en España, es el Tirteo de nuestra Independencia, cuyos himnos, sea el que fuere su valor literario, llevaban á los soldados al combate diario, enardeciéndolos, y despertaban los sentimientos bélicos del pueblo, empujándolos, vibrantes, á las armas.

Pero no sólo los diplomáticos activos toman parte en este heroico movimiento, poniendo vidas y haciendas en servicio de la Patria. También veremos á Pizarro, Secretario del Consejo de Estado—cargo diplomático entonces—luego Ministro de Estado, huyendo á pie, de uniforme y alpargatas, en el tropel desordenado de la plebe durmiendo al raso y comiendo en las posadas, disolviéndose al anuncio del francés, escondiéndose en graneros y lagares, en aquel éxodo sangrientamente trágico, tantas veces dibujado por el pincel de D. Francisco de Goya. Y como él, desfilan ante nosotros las figuras de aquellos dignos diplomáticos que, jubilados ó en uso de licencia, se negaron á jurar al invasor, sacrificando á su honor su bienestar, arrostrando la venganza napoleónica.

Entre ellos aparece la silueta señoril y perfumada, mitad artística, mitad aristocrática, de D. Camilo Gutiérrez de los Ríos, prototipo del diplomático elegante, el escogido en los salones exquisitos, el retratado por los pintores de moda. Hijo de un Grande y de una bailarina, se halla en París haciendo uso de licencia. Es el amigo de las damas del buen tono, el compañero de juego de los Príncipes. Es el socio del casino aristocrático y el obligado del comedor fastuoso.

Pues bien; este hombre, al parecer extranjero, cosmopolita por su alma y por su oficio, superficial y frívolo en apariencia, prefiere entregar su vida á ser traidor, y trueca gallardamente, por no jurar en París al Rey intruso, los salones del Imperio en que se alberga, según la frase histórica, *la joie de*

vivre, la alegría de vivir, por el lúgubre calabozo de Vincennes, yaciendo en él durante más de cinco años, condenado por el cesarismo napoleónico.

Y, contrastando con Ríos, «el Caballero de los Ríos», como le llaman en las Cortes europeas, aparece ante nosotros aquel bravo catalán que se llamara D. Isidro Martí, en otros tiempos Secretario en Venecia, que, retirado en Barcelona, su Patria, desde 1788, huye, á los setenta y cinco años de edad, por no jurar, cuando han entrado los franceses. Luego le vemos, retirado á Tarragona, huir de nuevo cuando ha entrado el enemigo. Al fin le hallamos en la Isla de Menorca ofreciendo sus servicios y, al mismo tiempo, solicitando un socorro, anciano y pobre, al Gobierno nacional...

*
* *

Trazado rápidamente el bosquejo de lo que fuera el Cuerpo Diplomático español en la Secretaría de Estado en los años memorables de la epopeya de la Independencia nacional, es necesario que lo contemplemos ahora esparcido por Europa, por el mundo, porque ya había un Ministerio en América, en agrupaciones aisladas de dos ó tres individuos, á veces solos, en países extranjeros, remotos los más de ellos, sin contacto con la Patria, cuando no existen ni el vapor ni el telégrafo, las comunicaciones cortadas, sin saber lo que sucede allá en España, sin recursos, sin dinero y, muchas veces, sin medios de arbitrarlos, mientras Europa, militarmente ocupada por los ejércitos de Napoleón, solamente en Inglaterra ofrece seguridad al diplomático que sea leal á España.

Pues bien; en estas circunstancias, acéfala, con las renunciaciones de Bayona, la Secretaría de Estado, cabeza de todos estos organismos dispersos, veremos á esos Diplomáticos, al exigírseles el juramento de fidelidad al Rey intruso, sin que se pongan de acuerdo unos con otros, abandonando sus puestos, huir disfrazados, aguzando el ingenio, burlar con tretas que

recuerdan á los Pícaros, la vigilancia de la Policía Imperial esparcida por los ámbitos del globo para asentar con la delación infame la planta odiosa del estéril despotismo, realizar navegaciones imposibles, cruzar fronteras, atravesar naciones, y, al fin, después de lances inenarrables, todos con riesgo inminente de sus vidas, llegar á España para ofrecer sus espadas, recordando que son todos Capitanes en virtud del Privilegio Diplomático, á los caudillos de las tropas nacionales, sin querer grados, como soldados voluntarios, pidiendo sólo, para verter su sangre, un fusil, una bandera y el nombre santo de la Patria ultrajada.

También veremos Embajadas en masa negarse, en actos sublimes colectivos, merecedores del mármol y del bronce, á reconocer por Rey á aquél impuesto por el Tirano de Europa, y entrar voluntariamente, también en masa, en silencio sublime, en las lóbregas mazmorras militares, sin más luz que la alegría de saber que dan sus vidas en holocausto generoso por la Patria.

Y, en fin, veremos á esos mismos diplomáticos, en relación con el Gobierno nacional, recorrer no sólo Europa, sino también el continente americano, llevando por todas partes en una mano la tea del entusiasmo, en la otra la pólvora del heroísmo, presentando en todas ellas el ejemplo arrebatador de España, despertando en las naciones oprimidas el sentimiento de la dignidad hispana.

Los contemplaremos luego, cuando, al cabo, Europa toda se ha levantado contra Napoleón, formando parte de los cuarteles generales junto á los Reyes y á los Emperadores, que, al frente de sus ejércitos, han declarado la guerra al invasor. Ya vencedores, han entrado en París. Rotos, sucios, destrozados, demacrados por el insomnio y la fatiga, son, Ministros, Secretarios ó Agregados, los bizarros diplomáticos de España, que, al fin, reposan de las fatigas de la guerra.

No usan monoclo, ni servilleta prendida, ni dirigen, ciertamente, minuetos. No son, en suma, el diplomático clásico

que han consagrado el lápiz y el sainete. Justo será saludarlos con respeto. A ellos se debe, en gran parte, la independencia de la Nación española, y, juntamente, la libertad del mundo.

La forzosa concisión de este trabajo hace imposible la precisión de hechos. Fuerza será limitarse á consignar que el personal de la Embajada en Lisboa fué leal todo él á la causa de España; que la Embajada en París, capital y residencia del Emperador de los franceses, al tener conocimiento de los sucesos de Bayona, se reúne, convocados todos sus individuos por La Serna, exigiendo á Masserano, Embajador titular, aunque anulado en la sombra por Izquierdo, hechura y agente de Godoy, que formule oficialmente una protesta por un artículo injurioso para España publicado en el *Diario del Imperio*.

Al mismo tiempo, por su parte, el Ministerio en Roma declara, por medio de cuantos le componen, que el juramento á los Reyes es un acto privativo de las Cortes, y, en consecuencia, que reconocerán al Soberano que la Nación reconozca; respuesta insigne, á la que replicó el Gobierno del Intruso, en nombre de la libertad que proclamaba, como antes por un Real decreto había disuelto la Embajada en París, sepultando en los calabozos de Finestrelle al Ministerio de la Nación en Roma.

El Ministerio en Florencia, estoicamente, se niega al juramento. Hay un documento histórico, de fuerza trágica, superior á la ficción: es un despacho del representante en Génova, uno de aquellos contadísimos diplomáticos que figuran en las listas de *Joseph*. Fechado el 30 de Octubre de 1808, va dirigido al Conde del Campo de Alange, como Ministro de Estado del Intruso. Es como sigue:

«Todos los españoles allí residentes, comprendidos el señor D. Pedro Labrador, D. Remigio Argumosa, Secretario que ha sido de aquella Legación, y D. Agustín María Negrete, hijo de V. E., han sido arrestados y enviados, bajo su palabra, á Dijón.»

Si la Embajada en Viena se negó en bloque á jurar al Invasor, el Ministerio en El Haya, también en bloque, se negó al juramento en un país en el que es Rey un Bonaparte, hermano, como *Joseph*, de Napoleón; como en el Ministerio en Filadelfia sus individuos se reúnen para un acto memorable, y, congregando á todos los españoles residentes allí, constituyen una Junta nacional, colocando como adjunto del Encargado de Negocios, que á la sazón lo era el Cónsul general, investido en comision por ausencia del Secretario de la Suprema representación diplomática, al Cónsul general Viar, retirado y establecido en Filadelfia, por estimar aquellos tres agregados que el Encargado de Negocios vacilaba.

Senra, Secretario en Milán, abandona su puesto, presentándose en España al Conde de Cartaojal, General en jefe de uno de sus Ejércitos; Campuzano, Secretario en Petersburgo, gana el grado de Capitán de Caballería en la batalla de Tudela; Montalvo, Secretario en París, es Secretario del General en jefe, peleando en el Ejército del Centro; Queipo de Llano y Martínez de Aragón, Agregados en Viena, y Valenzuela en El Haya, toman parte en la campaña, como Folch, Agregado en Filadelfia, que, como tantos, procedía del Ejército, sirve á las órdenes de Wéllington, llevando pliegos secretos á los Cuarteles generales y al Gobierno, atravesando las filas enemigas.

Rodrigo en Constantinopla, refugiado en el palacio de Suecia, manteniendo la bandera nacional, como Moreno en Stokolmo, permaneciendo como Encargado de Negocios, los diplomáticos de España corren peligros, soportan sufrimientos, sin cobrar, en los más casos, emolumentos, ni sueldos, ni viajes, mientras sus bienes son vendidos, confiscados ó incendiados por las tropas invasoras, en el benéfico reinado de *Joseph*, resistiendo todo ello, calladamente, por amor á la Patria.

Dos nombres, sin embargo, por lo excepcional de las misiones desempeñadas por ellos, requieren singular mención: son el de Machado y el de Anduaga.

Machado, Agregado en Roma, simula grave enfermedad, eludiendo la prisión de Finestrelle. Llegado á Cádiz, tras peripecias múltiples, pasa á Viena como Agente secreto, permaneciendo junto al Conde de Metternich, hasta que triunfa la coalición europea.

Anduaga, huyendo de La Haya, no sin análogas peripecias novelescas, se acoge á Londres, pasando, por encargo de Canning, á Dinamarca, á Suecia y á Rusia. Aprisionado, evadido, cruza la Prusia y halla un asilo en Austria. Huye de Viena, tomada por los franceses. En Malta salva á dos buques españoles, y llega á Cádiz, ofreciendo sus servicios. Pasa á las órdenes de D. Carlos de España, en calidad de Capitán de Milicias.

*
**

Expuesta sucintamente, sólo en sus líneas generales, la conducta del Cuerpo Diplomático español en la guerra de la Independencia, considero indispensable responder á esta pregunta: ¿cuál es la causa de que, no obstante esos hechos y esos hombres, el resultado de la acción diplomática de España fué su fracaso en el Congreso de Viena, tan hábilmente pintado por el ilustre Embajador de España en Londres, el Sr. Villaurrutia?

Una respuesta de tamaña magnitud no puede ser condensada en unas líneas; antes requiere extensión en armonía. Baste decir que en este asunto, como en todos, cuando se trata de psicología española, es necesario distinguir claramente entre lo gubernamental y lo individual, el Estado y la Nación, España y los españoles. Pero esto ya no forma parte del tema que me propuse desarrollar en estas páginas. Diré no más que, contra tal desequilibrio, por el cual, forzosamente, queda anulada toda noble iniciativa, sólo un remedio definitivo existe. Ese remedio se llama patriotismo.

FERNANDO DE ANTÓN DEL OLMET,

Marqués de Dosfuentes.

RECUERDOS

Decía en el artículo anterior, que el último pueblo del distrito de Quintanar de la Orden que visité en mi expedición electoral, fué Santa Cruz de la Zarza, que fué para mí zarza y cruz, porque en aquellas zarzas quedaron mis últimas ilusiones y en aquella cruz crucificaron los federales mi última esperanza.

Sólo por el miserable interés de los intereses atrasados de unas láminas.

Hice cuentas conmigo mismo, y decidí marcharme á toda prisa, abandonar el distrito á su suerte y mi elección á la suerte del distrito.

Problema que yo tenía resuelto de antemano con exactitud matemática.

Sabía los votos que cada pueblo había de darme y los que habían de dar á mi contrario.

Si los federales de Santa Cruz de la Zarza hubieran cumplido su promesa, mi elección estaba asegurada por más de 2.000 votos.

De no ser así, tenía perdida la elección.

¿Para qué, pues, había de quedarme en el distrito?

¿Para animar á los amigos?

No lo necesitaban.

¿Rogar á mis adversarios?

Sobre que era inútil, porque tenían compromisos muy serios, yo ni ruego ni suplico, ni en las elecciones, ni en política, ni en la vida social; al menos, para mí.

He solicitado para otros; para mí, nunca.

¿A qué, pues, quedarme en los días de elección?

¿Para formular protestas y levantar actas?

Todo esto supone gastos, y yo en las elecciones jamás he gastado un céntimo.

Y, además, ¿en qué habían de fundarse las protestas?

¿En que ha mucho tiempo trasladaron el Juzgado de Madridijos?

¿En que los de Villafranca habían talado el monte?

¿En que se iba á construir una fuente en el Corral de Almaguer?

¿En que á Santa Cruz de la Zarza le habían pagado los intereses de unas láminas?

Todo esto, en el fondo, era profundamente inmoral; pero no daba argumento para ninguna protesta seria.

El resultado de todas estas juiciosas consideraciones fué despedirme de mis amigos y salir majestuosamente del distrito.

*
* *

Pero ¿adónde iba?

¿A Madrid? De ninguna manera. Porque en Madrid iba á encontrarme con Martos, y Martos iba á ponerse furioso conmigo por haber abandonado el campo, él, que en luchas políticas jamás se daba por vencido; y era capaz de obligarme á volver á Quintanar de la Orden.

De ninguna manera; no volvía á Madrid hasta que no hubieran terminado las elecciones.

Todo esto ya lo tenía yo pensado.

Así es que escogí á Aranjuez como punto estratégico; me fuí solo, absolutamente solo, á una fonda, que de antemano conocía, y en que se comía bastante bien; al menos á mi gus-

to; y con un par de novelas, que llevaba de repuesto, y un libro de Matemáticas, resolví descansar en aquel admirable verjel seis ú ocho días.

Una semana deliciosa, tranquila, científica y hasta poética.

Sabía que mi familia estaba buena; nadie me acompañaba ni me hablaba de elecciones ni de política; tenía tres libros escogidos que leer, jardines admirables que visitar por la mañana y por la tarde, y una mesa á la española que completaba el cuadro de aquella felicidad breve, pero sólida, en que había para el alma y para el cuerpo.

Y así pasé ocho días deliciosos, sin ocuparme de lo que sucedía, ni preocuparme por lo que pudiera suceder en el distrito.

Dejé muy encargado á los amigos que no me escribieran lo que fuese ocurriendo, ni perturbasen mi descanso, hasta que las elecciones no terminaran, en cuyo caso, podrían escribirme dos letras, diciéndome: «ha salido usted derrotado», como en efecto se verificó.

*
* *

Recuerdo aquellos ocho días con deleite.

Matemáticas, novelas, jardines, una mesa á la española, ninguna preocupación: la felicidad terrenal.

¿Qué me importaba la política, ni el salir ó no salir derrotado en la lucha electoral, ni el ser diputado ó no serlo?

Allá en los dos años de las Constituyentes, la lucha era noble, se luchaba por los ideales; pero la lucha en que estaba por entonces empeñado el partido, era, por el pronto, la lucha por el poder, y esta nunca ha sido tentadora para mí.

Lo he dicho muchas veces en estos recuerdos: no es que yo desdeñe la política, ni que la crea funesta.

En la vida social, hoy como ayer, la lucha política es necesaria y fecunda.

Si no en totalidad, en gran parte, de ella depende el progreso.

La indiferencia, la calma absoluta, es síntoma de muerte ó de degeneración.

Tiene impurezas la política, es cierto, ni más ni menos que todas las cosas humanas.

Y aun las no humanas.

Los campos son más fecundos con el abono, y el abono no es agua de rosas, ni agua de colonia, ni el campo es superficie pulimentada; que un campo con suelo de mármol pulimentado, ¡famosas cosechas daría!

Las impurezas del campo son gérmenes de vida.

Las impurezas de la política, no diré yo que merezcan un canto épico, pero á veces son necesarias para la renovación, como la putrefacción lo es.

En suma, que yo no soy enemigo de la política, ni mucho menos; pero es ley económica suprema la de la división del trabajo, y cada cual debe escoger aquel trabajo para el cual tenga marcadas aficiones; y como las mías van por otros cauces, que no son los que abren en la masa social las faenas de la vida pública, yo no he tomado nunca parte activa en la política sino en aquellos casos en que las circunstancias han sido más fuertes que mi voluntad.

Y por eso, como estudiante en vacaciones, pasé unos cuantos días alegre y tranquilo en Aranjuez, mientras me derrotaban en Quintanar de la Orden, y Martos hacía grandes esfuerzos por averiguar mi paradero.

Y me derrotaron, y me comunicaron la noticia, y no tuve pretexto para seguir en Aranjuez, y maldiciendo de aquel período electoral que tan breve había sido, me volví á Madrid con las dos novelas leídas, el libro de Matemáticas á medio leer, y la humillación, que yo no sentía, ni el enojo, que no sentía tampoco, de mi derrota.

Y aquí empieza un período de unos cuantos meses, en que mis recuerdos en materia política se obscurecen, porque como no fui diputado en aquellas Cortes, ni por curiosidad asistí á la Cámara, sólo tuve conocimiento de los sucesos políticos por

referencias de los amigos, por lo que leía en los periódicos, y por lo que me contaban en casa de D. Cristino, adonde yo iba de diario.

Período triste, de luchas, más que desagradables, encarnizadas, entre zorrillistas y sagastinos, ó más bien entre demócratas y calamares, que estos nombres tenían ya las parcialidades políticas que en pugna implacable se agitaban.

Pugna implacable é insensata.

Porque en el sistema constitucional, que pretendíamos establecer, tres elementos eran necesarios: un monarca, poder moderador, juez del campo en cierto modo; y luego, dos partidos turnando en el poder, según la fuerza de la opinión pública, expresada por el sufragio universal en ambas Cámaras legislativas.

Dos partidos, volvemos á decir: el avanzado y el conservador.

Al hacer la crítica del sistema constitucional, copiado de Inglaterra, se ha dicho que todo es puro artificio, puro convencionalismo.

Pero ¿es que la sociedad humana no ha vivido de artificios y de convencionalismos siempre?

Se atropella escandalosamente al buen sentido, cuando la crítica se encarniza contra ciertas palabras, que representan realidades y que han sido fecundísimas para la civilización.

En el mundo inorgánico, y en sus leyes naturales, el convencionalismo no cabe, y ni en la materia, ni en la electricidad, ni en ningún fenómeno del Cosmos, caben convencionalismos, componendas, ni artificios.

Las cosas son lo que son, no lo que ellas convienen ser; porque en los fenómenos fatales y necesarios, todo es y todo sucede por fuerzas implacables.

Aunque bien mirado, si en la Naturaleza no, en la Ciencia humana, que procura forjar imágenes de la realidad, los artificios y los convencionalismos abundan, y es más, han sido grandemente fecundos.

Pero dejemos esto aparte.

Yo digo que, si no en el mundo de la fatalidad, quiero decir, en el mundo inorgánico, en el hombre y en las sociedades humanas, donde existe el gran principio de libertad, digan lo que quieran los deterministas, ó donde existe, por lo menos, una acción espontánea y directriz, el convencionalismo es ineludible, y es expresión de la libertad, ya en su principio, ya en sus resultados, y aunque se le considere como expresión de la vida pública en cada momento histórico.

Pero me voy remontando á las altas regiones de la Filosofía política, y esto es abandonar el campo propio de estos artículos, que es el campo de mis recuerdos, y nada más que de mis recuerdos, individuales y modestos; pero con una nota de sinceridad, que acaso compense en cierto modo su insignificancia.

*
* *

¿Por qué he dicho todo esto, y qué iba diciendo en el instante del descarrilamiento filosófico?

¡Ah!, ¡sí!, ya lo recuerdo: recuerdo de recuerdos.

Iba diciendo, que en el régimen constitucional, al menos á la moda inglesa, dos partidos son necesarios, como es necesario un monarca ó un poder moderador.

Que ambos partidos han de estar en constante lucha, es evidente, como en el mundo planetario están en pugna la fuerza centrífuga y la fuerza centrípeta; como en una máquina han de coexistir la fuerza impulsiva del vapor y la fuerza moderada del volante; sí, el partido avanzado y el partido conservador deben luchar; sin esta lucha, el movimiento político se detiene, se paraliza la vida; pero la lucha debe ser cortés, leal, bien intencionada; lucha de principios, no odio de personas; impulsos encontrados de los que brote una resultante, no golpes destructores, no lucha á muerte.

Porque en estas luchas, los golpes pueden ser tan violentos

que alcancen al jefe del Estado, y que destruyan todo el organismo constitucional.

Ante el trono, pueden pugnar los dos partidos; pero con regla y mesura, sin que el atropellamiento de la lucha trepe por las gradas en que se sienta el sillón del jefe del Estado, y sillón y jefe y combatientes vengan todos á tierra; como en la escena final de «Hamlet», por luchar con floretes envenenados la reina y el rey y los propios esgrimidores, sembraron la escena de cadáveres.

Bajando otra vez el vuelo, que sin duda por influencias de dirigibles y aeroplanos, hoy caigo en la tentación de remontar más de lo justo, diré lisa y llanamente, que zorrillistas y sagastinos luchamos con tal odio, con tal furor, con saña tan implacable, que nunca medimos el alcance de nuestros golpes, que con harta frecuencia caían sobre D. Amadeo.

En los desafueros de aquellas Cortes, á Dios gracias, yo no tuve parte, porque en aquella legislatura yo no salí diputado, y en punto á odios y á furores, yo nunca sentí sino los puramente precisos para acompañar á mi partido en la buena y en la mala suerte.

Además, yo quería mucho á D. Manuel Ruiz Zorrilla, y le estaba y le estuve siempre profundamente agradecido.

Pero era también amigo de Sagasta, que siempre me fué muy simpático, de quien no sólo era amigo, sino compañero, por ser ambos Ingenieros de Caminos, y en quien reconocía altísimas cualidades.

De suerte que yo era zorrillista; pero no podía sentir ese odio profundo hacia los sagastinos que dominaba en los demócratas.

Y no sin motivo, porque siempre los sagastinos hicieron guerra mortal al grupo democrático, hasta que, andando el tiempo, vinieron otras concordias y fusiones.

Digo que la guerra era implacable, y agregó que la empezaron y dieron el ejemplo los unionistas y sagastinos aun antes de constituir el nuevo partido conservador.

Ya he recordado en otro artículo aquellos sábados negros, de triste y repugnante memoria.

Fué un mal camino, que unionistas y sagastinos emprendieron, y una conducta de persecución que tuvo sus consecuencias lógicas, en cuanto demócratas y zorrillistas, ayudados en esta ocasión por los federales, pudieron tomar el desquite.

El combate con espada es de caballeros, al menos la tradición y las costumbres así lo consideran.

La lucha con navaja es brutal, pero es de hombres más ó menos salvajes.

Pero la lucha con paletadas de cieno es más repugnante todavía.

Contra el partido avanzado se utilizaron los sábados negros; contra el partido conservador, es decir, contra sagastinos y unionistas, emplearon los nuestros el escándalo, que por entonces recibió el nombre de los *dos apóstoles*.

Según parece, como las elecciones habían sido tan reñidas y como en aquellos tiempos había menos escrúpulos en esta materia que los de hoy, el Gobierno tuvo necesidad de tomar dos millones de reales de los fondos secretos, para luchas electorales.

Las oposiciones se pusieron en la pista, formularon cargos gravísimos, dispararon flechas envenenadas, y á los ataques á la honra de antaño contestaron con ataques del mismo género.

No he de insistir en este incidente repugnante; repugnante para todos, y que no es timbre de gloria para la política, ni por la falta cometida, ni por la explotación de la falta.

¡Qué período tan triste!

¡Y qué situación se le creaba al monarca!

Porque Don Amadeo podía pensar ante aquellas luchas políticas: dos partidos han de sostener mi trono y han de turnar en el poder, y los conservadores dicen que el partido avanzado se compone de perturbadores, de locos, de hombres sin experiencia de los negocios, y tunantes por añadidura.

Y, en cambio, los avanzados dicen de los conservadores

que son ambiciosos, intrigantes, enemigos de la Constitución democrática, y que los hay capaces de escamotear dos millones de reales.

Pues entonces, ¿á cuáles escojo, con quiénes me quedo?

Los unos, desprestigian y deshonoran á los otros; los otros, deshonoran y desprestigian á los unos.

Pues, se acabaron los partidos, se acabó el turno pacífico y hasta el turno violento; se acabó el régimen constitucional, se acabó mi dinastía cuando apenas empezaba.

Y, en efecto, no mucho tiempo después se acabó, porque abdicó Don Amaëo.

Consecuencia fatal é inevitable de las premisas que unos y otros sentábamos, y de una lucha en que había desaparecido toda sombra de prudencia.

*
* *

Gran escándalo durante muchos días en el Congreso, que dió lugar á escenas tragicómicas, y alguna de ellas de un cómico subido.

Refiero lo que recuerdo que oía contar en casa de Martos y en otros círculos políticos, que en este período mis recuerdos no son personales.

Como me lo contaron lo cuento, sin tomar sobre mí la responsabilidad de las referencias.

Según parece, el Gobierno se vió obligado á justificar de alguna manera la inversión de los dos millones tomados de los fondos secretos, y trató de justificarlo con una gran masa de trabajos policíacos.

Tenemos que velar, dijeron, por la seguridad pública: conspiran los federales, conspiran los carlistas, conspiran los partidarios de Doña Isabel, y hemos tenido que vigilar estrechamente á los elementos revoltosos y activos de estas tres parcialidades, y ahí van las denuncias, informes y noticias de la policía.

Y van, y toman un montón enorme de papeles; algunos serios, la mayor parte absurdos, ridículos, y hasta calumniosos: cuentos, chismes, patrañas; material muy propio para una ópera bufa.

Y todo lo mandan al Congreso, y caen sobre el fárrago enorme como pájaros de presa todos los diputados; y como muchas de aquellas denuncias afectaban á hombres políticos que tenían asiento en la Cámara, no hay que decir si la lectura de aquellos papeluchos fué sabrosa, interesante y rica en comentarios y episodios.

Según cuentan, los pasillos del Congreso, en aquellos días, presentaban un cuadro por demás pintoresco.

Risas que rompían en carcajadas, gente que gritaba furiosa, que acusaba al Gobierno, sobre todo si á él le acusaban las denuncias policíacas, gritos, choques y amenazas.

Todo esto, que en el fondo es grotesco, en un fondo aún más profundo es triste y demoledor; y como ecos de todo este clamoreo llegaron á Palacio, no dejó de contribuir á un desenlace político, que fué el principio del fin, como explicaré lealmente, sin atenuaciones ni adornos, en los artículos próximos; que antes de llegar á mi teatro, que empieza ante el público el año 1874, debo liquidar los sucesos de mi vida política en esta época tan interesante y tan revuelta de la política española.

JOSÉ ECHEGARAY

PARNASO INTERNACIONAL

IMPROVISACIÓN EN LA GRAN CARTUJA

(De Lamartine)

Dios, de los montes consagró las cumbres;
Su escabel en el mundo siempre han sido.
Allí, entre rayos de celeste lumbre,
Se sienta, como en trono enaltecido.

El Oreb se inclinó bajo su planta;
El Sinaí sus huellas aún conserva;
Thor le oyó, Gilboé vió su faz santa,
Y el Calvario lloró su muerte acerva.

Dios del Hebrón, Dios que el Cedar adora,
De tu luz les mostraste los destellos.
Sobre los montes te buscamos ahora;
Respóndenos, Señor, ¿estás en ellos?

Vosotros, que habitáis estas alturas,
A la oración la vida consagrada,
Cuando extiende la noche sus negruras,
¿Allá arriba, en el cielo, no oís nada?

¿No veis bajar, en voladoras huestes,
Los ángeles de Dios al templo santo?
En esas rocas áridas y agrestes,
¿No suena el eco de su dulce canto?

¿Vano será vuestro piadoso anhelo?
¿No podéis desgarrar el velo obscuro?
A vuestros ojos, que eleváis al cielo,
¿Lo oculta siempre impenetrable muro?

Para seguir las sendas celestiales
Tienen los astros carros de zafiro,
Alas fuertes las águilas caudales;
El mortal, nada más que los suspiros.

Oye, oh Dios, la plegaria y los clamores
De tus fieles y santos servidores:
Ese el incienso de los hombres es;
Y nosotros, los pobres pecadores,
Vertamos una lágrima á tus pies.

A UNA MUJER

(De Victor Hugo)

Si fuera rey, daría de buen grado
Mi bandera, mi espada,
Mi corona, mi pueblo arrodillado,
Que fiel acatamiento me demuestra;
Mi solio, mis alcázares, mi armada,
Para la que es estrecha toda rada,
Por la merced de una mirada vuestra.

Si fuera Dios, la tierra, el mar, el viento,
Los ángeles del puro firmamento,
Los demonios, que purgan su osadía
A mis plantas doblando el cuello suyo;
La inmensidad caótica y sombría,
El mundo, el cielo, todo lo daría
Por la merced, no más, de un beso tuyo.

TEODORO LLORENTE

LA CIENCIA DESCUBRIENDO ENVENENADORES

(CONSIDERACIONES DE INTERÉS GENERAL)

SUMARIO: Importancia de los servicios de la química en el conocimiento de los asuntos toxicológicos.—Noticias de carácter retrospectivo.—¿Qué es el *veneno*?—Los primeros envenenamientos fueron casos fortuitos.—Datos mitológicos.—La pena del albérchigo.—Silencio de las obras antiguas en lo relativo á envenenamientos.—Dioscórides y sus sucesores.—*Dar las hierbas*.—Lucrecia Borgia.—Catalina de Médicis y Renato el Florentino.—La Marquesa de Brinvilliers.—Los polvos de sucesión.—El envenenamiento de Carlos Lafarge.—Sus incidentes.—La muerte de Enrique Lacoste.—Procesamiento de su esposa, y su absolución por el Juraado.—Informes periciales de Orfila, Pelouce, Devergie y otros grandes químicos.—Muerte de Gustavo Fougnes por su cuñado el Conde de Bocarmé.—La nicotina.—Se condena á muerte al Conde y se ejecuta la sentencia.—Envenenamiento de Parsons Cook por la estricnina.—El médico homeópata Lapommerais envenena á tres personas con la digitalina.—Le condenan á muerte, que sufre en París el 9 de Junio de 1864.—El refinamiento de la maldad, castigado por la luz de la química.—No se ocultan á sus investigaciones, ni aun los más minuciosos pormenores que el criminal discurra para lograr la impunidad.—Condiciones que debe reunir el perito químico.—Socorros de urgencia á los envenenados.—Servicio químico legal, en el momento presente, en nuestro país.

Entre los conocimientos que pueden alardear, de haber prestado mayores y más importantes servicios á la humanidad, la química, no hay que dudarlo, es una de las ciencias que por derecho propio ostentan ese galardón, y merece figurar, en tal concepto, en primera línea. El campo de sus aplicaciones es inmenso, y en él se halla comprendido el conocimiento de los venenos y su busca, siendo, por tanto, necesaria la intervención de esta rama de los estudios humanos en el

descubrimiento del delito de envenenar, ya por desgracia muy antiguo, cuyo asunto ofrece interés universal, sin fijarse en profesión determinada, mereciendo conocerse algunos datos acerca del particular, cual es nuestro propósito en estas líneas, sin descender á detalles técnicos, fijándonos tan sólo en lo que tiene de curioso, por las noticias que consignamos.

Por lo tanto, nuestro objeto principal es referir algunas noticias que pueden ya considerarse como históricas, más bien que acudir al tecnicismo, impropio de una revista de esta índole, para lo cual evocaremos el fiel recuerdo de algunos procesos célebres de envenenamiento, en los cuales la intervención del químico ha contribuído al descubrimiento de los culpables y á que éstos sufran las consecuencias de su delito, al propio tiempo que la sociedad ha recibido la satisfacción á que era en estos casos acreedora.

Conocida la verdadera definición de la palabra *veneno*, que comprende toda substancia capaz de producir en el organismo alteraciones graves ó la muerte, y que la *Toxicología* se ocupa no sólo de los venenos, sino también del envenenamiento, dirijamos rápida y sucinta mirada á la historia de esta cuestión, donde podrán apreciarse algunos detalles que no dejan de tener trascendencia y utilidad, cuando se establecen comparaciones entre unos y otros tiempos, y á su vez se examinan los servicios que en todas épocas ha prestado la ciencia.

¿Fueron los primeros envenenamientos debidos al acaso ó al crimen? He aquí lo primero que se ofrece á la consideración del que quiere penetrar en estos estudios. La razón natural indica que debió ser primero el accidente desgraciado casual el que serviría de aprendizaje al malvado para sus perversos planes. En efecto, el gran número de peligros de que el hombre está rodeado lo atestigua de una manera que no deja lugar á dudas. La planta ó fruto venenoso que inadvertidamente comiera, el agua impura con que aplacase su sed, la calefacción en torno de carbones mal encendidos, la atmósfera que respiramos que puede contener gérmenes maléficos, el contacto in-

consciente con substancias tóxicas, la mordedura del reptil, y otra porción de motivos, han ocasionado envenenamientos, sin que haya intervenido en ellos una mano criminal.

Hubo, pues, envenenamientos antes que envenenadores. Estos han nacido con posterioridad á la intoxicación, habiendo precedido el caso fortuito al deliberado crimen; pero luego éste se ha ido desarrollando de un modo aterrador, llegando la maldad á límites verdaderamente inconcebibles, siendo la ciencia la encargada de proporcionar á la justicia auxilio, y á la humanidad consuelo en estos conflictos.

*
* *

Por más que parezca extraño, hay que acudir á la mitología, en pos de datos acerca de los primeros envenenamientos que se mencionan, en medio de sus delirios y creaciones fantásticas. En esos períodos en que la fábula y la historia se mezclan, se hallan datos que no dejan de tener alguna importancia. La historia de Hércules presenta varios hechos de esta índole. Las lagunas de Lerna, cerca de Argos, estaban llenas de serpientes venenosas, donde había una llamada *hidros*. De aquí surgió la fábula de la *Hidra de Lerna*, con cuyo veneno mojó Hércules la punta de sus flechas, una de las cuales hirió el pie de Filoctetes. El centauro Quirón fué también víctima de otra flecha envenenada.

La historia de Medea es la de una maga y envenenadora de oficio. Es la Locusta de los tiempos mitológicos.

Vemos, por tanto, que en esas épocas, aunque de un modo vago y confuso, tiene la toxicología que registrar en su historia algunos hechos, que, aunque faltos de fundamento, no dejan de suministrar ideas respecto á la antigüedad del conocimiento de los venenos, siquiera estén rodeadas de las falsedades de la fábula y de las fantasías de la metáfora.

El Asia, rica en primeras materias para preparar medicamentos, lo es también en substancias venenosas. Entre los car-

tagineses ya se conocía el uso criminal de los venenos. Aníbal se suicidó con el veneno que llevaba en una sortija, y Mitrídates es fama que usaba todos los venenos para acostumbrarse á ellos.

Homero, en su *Iliada*, habla del arte de preparar los venenos. A la Grecia corresponde el empleo de muchos. Sabido es que Sócrates fué ajusticiado con la cicuta. Demóstenes se envenenó por no morir á manos de Filipo, á quien había impugnado en sus discursos. En Roma, se dice que en la época de los primeros Césares, muchos paseantes en el foro, llevaban agujas impregnadas de veneno, con las que pinchaban á los transeúntes, que no tardaban en experimentar los efectos mortíferos.

Antíoco II, de Siria, fué con astucia envenenado por su mujer Laodicea. Ptolomeo Epifano fué víctima de un veneno, y Cleopatra fué la envenenadora de Ptolomeo el niño. El Egipto presenta muchos materiales para escribir la historia de los venenos. Los sacerdotes egipcios empleaban como castigo la *pena del albérchigo*, que consistía en hacer beber á los sentenciados una preparación de hojas y flores de albérchigo, que empleaban contra los que, iniciados en los secretos alquímicos, los revelaban. Sabido es que el veneno que aquí se producía era el ácido cianhídrico ó prúsico, que ya se conocían sus efectos, muchos siglos antes de descubrirlo los químicos.

Los egipcios conocieron multitud de venenos, y la historia consigna que ellos fueron los primeros que establecieron la pena de muerte por medio del veneno.

En tiempo de los romanos, se publicó una ley estableciendo severos castigos contra los envenenadores. En la época de los Emperadores adquirió gran celebridad la perversa Locusta, y se refiere que algunos generales se envenenaron por haber perdido batallas que dirigieron.

De todos modos, las obras de la antigüedad son muy escasas en noticias toxicológicas. El respeto á la moral, la obediencia á las leyes entonces vigentes, la repugnancia á referir

y escuchar cuanto tenía relación con los venenos, eran las causas de este silencio, que, lejos de producir ventajas, ha ocasionado no pocos inconvenientes. Nicandro de Colofón es el primero que habla de venenos. Galeno, en su tratado de los *Antídotos*, dice que los únicos autores que se han atrevido á explicar los venenos, han sido Orfeo, llamado el Teólogo, Horus, Mendesio el joven y algún otro.

Dioscórides es el primero que escribió un libro acerca de los venenos y sus antídotos. Después trataron del mismo asunto Plinio en Roma, y Aecio y Pablo de Egina en el bajo imperio. Los árabes escribieron mucho sobre venenos. Rasis, Mesue, Avenzoar, Averroes y Avicena hablan de los venenos y sus antídotos.

En la época de Don Alfonso el Sabio (siglo XIII), la palabra hierbas era sinónimo de *veneno*, y así se decía *dar las hierbas*, que significaba envenenar.

La historia de la Italia en el siglo XIV es horrible, desde el punto de vista de los envenenamientos. Nadie estaba libre, entonces, de las asechanzas de un malvado. El nombre de la célebre Lucrecia Borgia ha pasado á la posteridad, indeleblemente unido á la historia de sus crímenes. Se persiguió en algunas ocasiones á los judíos, por haberles atribuído, aunque sin fundamento, el propósito de envenenar las fuentes públicas. En Europa comienzan entonces los estudios sobre los venenos, y se tienen algunos, aunque ligeros, rudimentos sobre su naturaleza.

Los siglos XVI y XVII ofrecen en sus anales un cuadro sombrío y aterrador en este concepto. La Toffana de Nápoles, que dió su nombre al agua que ha pasado á la historia, á la novela y al drama, es un ejemplo patente de la criminalidad de la época. Catalina de Médicis, Renato el Florentino y otros varios han dejado recuerdos tristísimos de sus maldades. En esa época había venenos, cuyos efectos no se manifestaban sino después de muchos años, produciéndose de un modo lento, pero implacable. Entonces también había príncipes y magnates que

poseían una llave con una punta imperceptible impregnada de un enérgico veneno. Cuando querían deshacerse de alguna persona, le mandaban abrir un armario, cuya cerradura estaba torpe, y forzosamente se pinchaban con aquella punta, que no tardaba en producir sus mortíferos efectos. Después se refinó más la maldad, y envenenaban con un par de guantes, con una flor, un abanico ó con cualquier otro objeto. Dícese que Clemente VII murió por haberse alumbrado con una bujía envenenada.

*
* *

Véanse algunos ejemplos de causas célebres, que ofrecen, á la par que curiosidad histórica, un notorio interés científico.

En el siglo xvii tiene importancia el proceso de la marquesa de Brinvilliers. Era el año 1651, cuando la joven Margarita d'Aubray, perteneciente á una de las más ilustres familias de Francia, se hallaba en un monasterio como educanda. Su enlace con el marqués de Brinvilliers, fué arreglo de familia y no resultado de mutuo amor de los contrayentes. Contaba la joven diez y seis años, cuando se vió transformada la modesta educanda en aristocrática y elegante marquesa. Una tarde se retiraba con dirección á su casa de campo, situada en los alrededores de París, cuando fué acometida por una turba de malhechores que intentaron robarla. Pero un valiente oficial, llamado Sainté Croix, en unión de varios soldados, lo impidió. La noble acción que acababa de ejecutar, su arrogante figura, su airoso porte, sus finos modales, su vistoso uniforme, su fantástica historia, fueron causa de que naciera entre ambos una simpatía, que no tardó en convertirse en amor culpable, lo cual fué luego motivo de sus crímenes. El marido ofendido y el padre de la marquesa pidieron y obtuvieron la prisión de Sainté Croix. Encerrado éste en la Bastilla, conoció allí á un tal Exili, italiano, cuyo calabozo estaba contiguo. Simpatizaron por la común desgracia, y este Exili (que había estado muchos años de practicante en una farmacia en Roma y fabri-

caba substancias venenosas), le reveló los procedimientos de preparación de muchos venenos. «Mirad, le decía: con pocas gotas del líquido que tengo en esta redoma se adormece un individuo, de cuyo sueño jamás despierta, y es imposible descubrir la causa de su muerte.» Estas ideas y los proyectos de venganza de Sainté Croix, fueron la causa de que al salir de la prisión desarrollara sus perversos planes. Alquiló una casa con nombre supuesto, y en ella estableció el laboratorio para la preparación de sus venenos. Continuaba sus inteligencias con la marquesa de Brinvilliers, y la hizo partícipe de sus secretos, obligándola á cometer varios envenenamientos y crímenes tan horrendos, que casi la pluma se resiste á describirlos. En vano quiso la marquesa, después de un tardío arrepentimiento, retirarse á un convento. Fué conducida á París y condenada á muerte, que sufrió en la plaza de Grève el 16 de Julio de 1676. Sus últimos momentos fueron interesantes. Primero se la condujo á la sala del tormento (cuyo procedimiento ha borrado, por fortuna, de los Códigos la civilización). Después, en un carro, la llevaron á la iglesia, donde hizo pública confesión de sus culpas. Ya en la plaza, el verdugo la cortó sus hermosos cabellos y derribó con la cuchilla su cabeza. Tuvo, sin embargo, partidarios y defensores en el pueblo, y hasta se promovió un motín para libertarla. Se recogieron sus cenizas y sus cabellos, y el pintor Lebrun trazó en su álbum las pálidas facciones de la criminal, cuyo dibujo hoy se conserva en el Museo del Louvre.

El veneno de que se valían la marquesa y Sainté Croix era el que se llamó *Polvos de sucesión*, ó sea el cloruro mercúrico, y no el azúcar de Saturno, mezclado con el anhídrido arsenioso, como se creyó.

Veamos ahora lo referente al envenenamiento de Carlos Lafarge, atribuído á su mujer María Cappelle. En el mes de Enero de 1840 falleció, de una manera rápida é inexplicable, Carlos Lafarge, rico propietario de algunas fábricas de hierro de Glandier, departamento de la Correce (Francia). Las cir-

cunstancias de la muerte hicieron concebir á los deudos la sospecha de que no había sido la ley implacable de la naturaleza, y sí la mano del crimen lo que había puesto fin á los días de Lafarge. Las sospechas y la denuncia, recayeron en la viuda, por los motivos siguientes: entre los esposos había una diferencia notable de costumbres y educación. La señora, educada en el gran mundo, llena de hábitos y exigencias aristocráticas, no simpatizaba con la ruda franqueza de su esposo, sólo acostumbrado á tratar con los obreros de sus fábricas. Las primeras manifestaciones de la tormenta aparecen en una fatal carta, que la señora, llamada María Cappelle, escribió á su marido, con motivo de un viaje que hacía contra su voluntad. En este documento le confesaba que amaba á otro, que la perdonase; pero que la educación y los sentimientos habían levantado entre ambos una barrera insuperable. Esta carta llenó de amargura al desgraciado Lafarge, y aun cuando la señora se arrepintió después de haberla escrito, y aun la rasgó en su presencia, haciendo las mayores protestas de fidelidad, la paz del matrimonio se quebrantó desde entonces. Sin embargo, el olvido parecía haber tendido su manto sobre aquellas desdichas conyugales, y Lafarge hizo testamento en favor de su señora. Tuvo su esposo que hacer un viaje para asuntos particulares, y parece ser que existió la más tierna correspondencia entre ambos, en términos que madame Lafarge dirigía á su esposo cartas apasionadísimas lamentándose de su ausencia. Vuelve Lafarge al hogar doméstico, y á los doce días cae enfermo, con síntomas probables de un envenenamiento. Parece ser que la señora había comprado arsénico blanco en casa del farmacéutico Eyssartier. La carta en que le pedía el arsénico decía: «Me hallo devorada por las ratas; he probado á destruirlas con nuez vómica y yeso, y no lo he conseguido. ¿Queréis ó podéis confiarme un poco de arsénico? Contad con mi prudencia.» A los pocos días repitió el pedido, pero acompañado de una receta del Dr. Bardon, porque el farmacéutico se negaba á dispensarlo.

La enfermedad de Lafarge se hacía cada vez más insistente; tenía violentos y frecuentes vómitos, y aun cuando había muchos que querían cuidarle, entre ellos su madre, María Cappelle no permitió que asistiera á su esposo otra persona que ella, alejando del aposento á los individuos de la familia. Algunos declararon haberla visto añadir unos polvos blancos á los caldos que administraba al enfermo, que iba de día en día empeorando, hasta que el 14 de Enero del año referido expiró. Acto continuo, tomaron cuerpo las sospechas de culpabilidad sobre su esposa; al día siguiente, el procurador del Rey se personó en la casa, y ordenó la autopsia del cadáver; las vísceras se colocaron en frascos, y se procedió á su análisis, que parece ser no se hizo con gran escrupulosidad. Sin embargo, se adquirió el convencimiento de que la muerte había sido producida por el arsénico. El 25 de Enero fué presa y procesada María Cappelle. En general, la opinión pública le era favorable; en la cárcel se captó las simpatías de los presos. Su distinción, su pálido semblante, sus negros y ondulantes cabellos, su lánguida mirada, la hacían extraordinariamente simpática, y no le restaron belleza las penas y las lágrimas, y hasta los presos la tenían cierto respeto, guardando silencio en torno de su celda, porque *durmiera la señora*, como ellos decían. El día señalado para la vista de tan célebre causa en Tolosa, fué un verdadero acontecimiento; la ciudad fué invadida por una multitud anhelante de emociones, y las fondas se llenaron de forasteros. Desde las cinco de la mañana se estacionaron los curiosos en las cercanías del Tribunal, cuyas puertas no se abrían hasta las ocho. Elegantes damas, letrados con sus togas, personas de todas las clases sociales, pugnaban por ocupar los asientos en una sala que contenía más de tres mil personas. Penetró la acusada, cuya palidez resaltaba todavía más con los negros crespones del luto que vestía. Concedida la palabra al acusador, manifestó la culpabilidad de la acusada, terminando por pedir para ella la pena de muerte, cuya frase produjo una sensación terrible en el audi-

torio. Pero la defensa impugnó el análisis químico hecho por los peritos, como defectuoso, y en su consecuencia lo verificaron otros, aunque sobre vísceras ya muy alteradas, y no hallaron el arsénico. En vista de esta discordia, pidió la acusación otro tercer análisis, que lo practicaron Orfila, Devergie y Chevallier. Llegaron dichos peritos á Tolosa, practicaron el trabajo, y dijo el gran Orfila que en el cuerpo de Lafarge existía arsénico, que no procedía de los reactivos, ni de la tierra próxima al féretro, ni tampoco de la pequeña cantidad que podía existir normalmente en el cuerpo humano. Expuso todos los procedimientos empleados para llegar á tan terminantes conclusiones. El defensor, M. Paillét, alegó, entre otras cosas, la dificultad de los análisis; las impurezas de los reactivos; si el aparato de Marsh, empleado para estos reconocimientos, puede tener toda la exactitud que los químicos le asignan; que Lafarge pudo tomar el arsénico de otras manos que de su mujer; rechaza la autenticidad y veracidad de varios testigos, etc., y que faltaban motivos que la indujeran á cometer el crimen. Pero le contestaron, respecto á lo primero, que los datos de la química son abrumadores, y en cuanto á lo demás, también impugnaron sus apreciaciones.

Llega el momento del veredicto: el Jurado tarda una hora en deliberar. Se declara culpable á la acusada, por mayoría de votos, pero con circunstancias atenuantes. El Tribunal condenó á María Cappelle á trabajos perpetuos. Al notificarla la sentencia, fué presa de un síncope; sus negros cabellos, en pocas horas se tornaron blancos, y enfermó de una hipertrofia del corazón. Encerrada en una celda de Montpellier, entregábase á veces á las expansiones de la poesía (porque también escribió versos), reflejándose en ellos la más tierna melancolía, algunos de los cuales los han coleccionado. Por último, el Emperador Napoleón III la concedió el indulto, y volvió á verse libre el 1.º de Junio de 1852. Pero sólo sobrevivió algunos meses á su libertad; la infeliz se hallaba sentenciada á muerte, de un modo irrevocable, por la voluntad de Dios, pues rindió

el último suspiro á los seis meses. Una muestra de los versos que compuso, y publicaron los periódicos en una Memoria que escribió en la cárcel, y tituló *Horas de prisión*, son los siguientes:

¿En tu álbum, mi dulce Flavia,
quieres que versos te escriba;
mi voz triste, acaso ignoras
que, ajada y amortecida,
no tiene en el Universo
ni un eco que la repita?
No busques, pues, de mi alma,
llamas que rayos despidan.
Estrellas—¡ay!—refulgentes,
soles de mejores días.
El espíritu sucumbe,
si el corazón se aniquila.
Yo ya estoy en el sepulcro,
donde acaban mis desdichas.

Parece que recuerdan los del ilustre Campoamor, que dicen:

«Mi alma rendida,
¿á quién dirás que adora?
A la muerte, la sola poseedora
de todos los descansos de mi vida.»

Esta causa fué también notable por una discusión habida entre Raspail y Orfila. Defendía aquél, que era posible que el arsénico encontrado en el cadáver de Lafarge procediera del terreno en que fué inhumado. También hubo contestaciones respecto á la facilidad de cometer errores con los reactivos, si no se separa bien de las vísceras la materia orgánica para la investigación de venenos minerales.

*
* *

Dos años después del acontecimiento de Lafarge, ocurrió la muerte de Enrique Lacoste, cuya causa alcanzó igual celebridad. En 1843 había en Riquepeau un hotel, habitado por Enrique Lacoste, rico propietario, cuyo capital procedía de herencias de familia. Tuvo la peregrina y fatal idea de casarse á los sesenta y siete años, con una joven de veintiuno (hija de su sobrina). Matrimonio desigual, que en un principio no fué desgraciado, á pesar de que la mujer, Eufemia Verges, se dijo que para casarse tuvo que romper, muy contra su voluntad, unas relaciones amorosas con un joven. El 16 de Mayo de 1843, después de una excursión á la feria de Riquepeau, se sintió Enrique Lacoste acometido de violentos dolores y grandes vómitos, y á los pocos días murió.

Al pronto, nadie sospechó ni calificó de violenta aquella muerte. Presentó madame Lacoste un testamento en que se la instituía heredera universal de su marido, que poseía una gran fortuna. Empezó á vivir con lujo, y la maledicencia á murmurar, primero en voz baja y luego á voces, que Lacoste había muerto envenenado. Formóse proceso, y se hizo la exhumación de los restos de Lacoste; se extrajo el cadáver y la tierra de alrededor del féretro, y se sometió todo ello á un análisis, por los Sres. Bouton, doctor en medicina, y los farmacéuticos Lindange y Pons, y encontraron el arsénico en las vísceras. El análisis se repitió por Pelouce, Devergie, y Flandin y Danger (que eran entonces los químicos de más renombre), y encontraron el arsénico, principalmente en el hígado. De aquí la opinión expresada en la frase de Orfila, que para combatir los envenenamientos era necesario hacer vomitar al hígado. Se dictó auto de prisión contra madame Lacoste. El 10 de Julio compareció ante el Tribunal de Gers. La sala, completamente llena de público el día de la vista, contempla á la acusada, vestida de rigoroso luto y oculto el rostro por un velo. El procurador del Rey lee la acusación, en la que declara que la mujer de Lacoste envenenó á su marido cuando supo que había testado á su favor, y hasta la acusó de sospecha de adulterio.

En esta causa es interesante la declaración de los químicos. El Dr. Pelouce presentó el tubo con el espejo metálico del arsénico extraído del hígado; los anillos del tubo del aparato de Marsh y las manchas de arsénico en diferentes cápsulas. Dijo Pelouce que la sensibilidad de este aparato era extraordinaria, y se revelaba con él la existencia del arsénico aun después de transcurridos muchos años, y aun cuando la descomposición de la materia animal fuera completa. La defensa, encomendada á una de las lumbreras del foro de Francia, en aquella época, M. Alem, se esfuerza en probar la inocencia de madame Lacoste, fundándola en sus antecedentes irreprochables, y además, que no era fácil probar que había sido madame Lacoste quien administró el arsénico á su marido; que éste había tomado varias dosis de licor de Fowler (arsénico potásico), para un herpetismo crónico que padecía; que había divergencia en el dictamen de los químicos, y que, por último, una serie de circunstancias fortuitas la condenaban en apariencia, pero que no podía demostrarse fuese ella la envenenadora.

El Jurado, después de largo debate, pronunció un veredicto absolutorio, que la opinión pública aplaudió.

Veamos ahora lo referente al envenenamiento de Gustavo Fougnes por el Conde de Bocarmé, perpetrado con la nicotina, y que llamó mucho la atención, por haber recaído en una de las principales familias de la aristocracia belga, y ser un fratricidio con toda las circunstancias agravantes.

A fines del año 1850, residía en un castillo de Bitremont, resto de las antiguas moradas feudales, un aristocrático matrimonio, los Condes de Bocarmé. La pingüe fortuna de aquella casa se había mermado de un modo extraordinario. La Condesa tenía un hermano, llamado Gustavo Fougnes, de complexión delicadísima, é inválido á consecuencia de la caída de un caballo, que le produjo la fractura de una rodilla, por lo cual tuvieron que amputarle la pierna. Esta operación le ocasionó trastornos en su salud, de tal suerte, que su vida ofrecía pocas probabilidades de duración, y esta circunstancia, así

como la de permanecer soltero, hizo concebir á los Condes la esperanza de una herencia que subsanase las grandes pérdidas de su quebrantada fortuna. Pero de pronto acarició el enfermizo Gustavo proyectos de matrimonio, con lo cual se desvanecía toda esperanza de herencia. El Conde pensó desde luego en impedirlo, y acarició en su mente proyectos criminales. El 20 de Noviembre, fué atraído el desdichado Gustavo Fougnes al castillo de Bitremont, con pretexto de una entrevista necesaria para el arreglo de varios asuntos de familia. Llegó y fué bien recibido, y permaneció en el castillo hasta el anochecer, en que, momentos antes de su partida, se oyeron en el comedor extraños ruidos y gritos lastimeros, á los que acudieron los criados, encontrando agitado y convulso al Conde, que salía del aposento, y tendido al desdichado Gustavo, que acababa de expirar. Si la causa de la muerte fué un crimen ó instantánea apoplejía, hubieron de decidirlo los tribunales. El aspecto de los labios del cadáver indicaba que se había introducido por la boca un líquido corrosivo. Las declaraciones de los criados fueron comprometedoras para el Conde. Desde hacía mucho tiempo, había adquirido grandes cantidades de tabaco, y comprado aparatos destilatorios, utensilios y reactivos para realizar trabajos químicos, convirtiendo en laboratorio una de las habitaciones del palacio. Tenía un frasquito con un líquido, que dijo ser agua de colonia especial, y el eminente químico Stás reconoció como nicotina. Después de estos indicios, se encontró de una manera indudable este alcaloide, descubierto por Reimann y Poselt en 1809, con cuyo veneno dió muerte el Conde á aquel desventurado, sin respetar su desgracia y su falta de salud. Parece ser que el Conde estudió química orgánica y asistió á algunas de sus cátedras, en una escuela industrial, con objeto de que la ciencia le sirviera de medio para consumar el crimen.

Los debates del proceso ofrecieron notables episodios, dignos de llamar la atención de los hombres de ley, interviniendo como perito, además de Stás, el gran Orfila. Tratándose de

un veneno, hasta entonces desusado, imaginóse el criminal que no había de alcanzarle el castigo. Mas no fué así, pues fué condenado el Conde de Bocarmé á la última pena. Recibió con serenidad la fatal nueva, y marchó al patíbulo con resignación. Se interesaron muchas personas por el indulto, que no se alcanzó, pues lo horrible del crimen no permitió que se ejerciera la regia prerrogativa. De todos modos, llamó la atención, por la elevada categoría social de las personas que en este asunto intervinieron.

*
* *

El envenenamiento de Parsons Cook en Inglaterra en 1856, atribuído á Willian Palmer, fué con la estriknina. Palmer y Cook eran amigos, y estando el primero arruinado, realizó el asesinato de Cook para robarle. Lo verificó con la estriknina, alcaloide descubierto por Pelletier y Caventou en 1818, que se procuró con engaños en una farmacia. Fué Palmer condenado á muerte, y la ejecución se verificó el 14 de Junio de 1856.

Referiré ahora de un modo brevísimo la causa de Lapommerais, que llamó extraordinariamente la atención, por haber sido un médico el criminal que efectuó el envenenamiento de su señora, de su suegra y de otra persona, por medio de la digitalina, glucósido descubierto en 1844 por Homolle y Quevenne, en la planta llamada digital purpúrea.

Eduardo Couty Lapommerais era un médico francés, casi desconocido hasta el hecho que le dió tan triste notoriedad. Nació en Neuville aux Bois en 1830, de familia distinguida; hijo de un médico de bastante crédito, se graduó de doctor en 1854. Poseído de gran vanidad y deseo de riqueza, no reparó en los medios para conseguirlo. Se hizo homeópata, y adquirió un título nobiliario, con el fin de procurarse una clientela aristocrática. Empezó negocios bursátiles, que le salieron mal, y se casó con una joven de cuantiosa dote. Se supo que había adquirido medio gramo de digitalina en casa del farmacéutico

Menier, y después de una comida á que asistió su suegra, vióse ésta atacada de violentos vómitos, y á los pocos días murió. Se apoderó muy pronto Lapommerais de toda la fortuna de su suegra, que era de alguna consideración, pero que no tardó en derrochar y verse arruinado. Llamado como médico en 1858 á casa del pintor Pauw, le hizo sucumbir, y se convirtió en amante de su viuda. Procuró que ingresase en una sociedad de seguros sobre la vida. Para obtener un beneficio más inmediato, propuso á madame Pauw que simulase una enfermedad, para que la compañía aseguradora creyera se hallaba en inminente peligro de muerte, y era ocasión de proponerles la anulación del contrato, mediante una suma determinada. Accedió á ello la interesada, sin considerar lo que tenía este acto de delincuente, y consiguió que Lapommerais le transfiriera las pólizas á su favor, instituyéndole su legatario universal. Ya en posesión de estos documentos, concibió la idea de deshacerse de su víctima. Para simular una enfermedad, dijo que se había caído de una escalera, y consultó con algunos médicos, que propusieron planes que no se siguieron. Hizo Lapommerais que guardase cama y tomase madame Pauw una bebida, á consecuencia de la cual murió á las pocas horas. Dijo aquél, que había sido á consecuencia de un ataque de colerina, pero no tardó en sospecharse que había sido producida por un veneno. Ordenada la autopsia y practicado el análisis, se vió que la muerte había sido producida por la digitalina. Recién descubierto este cuerpo, creyó asegurada su impunidad, por no estar divulgadas sus reacciones. Pero no logró su intento, y fué condenado á la pena de muerte, que sufrió el jueves 9 de Junio de 1864. Antes de morir dió al sacerdote que le auxiliaba un mechón de sus cabellos, con destino á su familia, y entregó su cabeza al verdugo, dejando el triste recuerdo de un extraviado que había profanado la ciencia.

En España no han dejado de menudear los crímenes por envenenamiento, y yo he actuado muchas veces como perito, para informar en casos químico-legales; pero no han sido de

esos que por sus circunstancias llamaran extraordinariamente la atención pública, por lo cual no se menciona caso particular determinado.

*
* *

La serie de espantosos crímenes, muy someramente expuestos en los ejemplos anteriores, ponen de manifiesto el refinamiento de la maldad humana, pero demuestran á su vez el gran poder de la ciencia que, con sus valiosos medios, convierte á la química, más que en auxiliar de la justicia, en verdadero juez de estos asuntos.

No puede sustraerse á su acción el delito, por más que discurre procedimientos para asegurar su impunidad. Han supuesto alguna vez los criminales que, atravesando el veneno varios organismos, podrían desaparecer sus huellas. Aquello de regar una legumbre con una disolución de ácido arsenioso; á los tres días, hacerla comer á un conejito; muerto éste, se le extraían los intestinos, que arrojaban á un basurero, y eran picados por una gallina, que moría al día siguiente, y arrojado su cadáver á un estanque donde hay anguilas que comen de aquella gallina. Poco después, sirven en la mesa de un espléndido banquete la anguila, que produce la muerte. Otras veces, hacían el experimento con una sal de estriknina, y resultaba lo mismo.

Pero todo esto es puramente novelesco. La química descubre el veneno, aunque haya atravesado muchos y variados organismos. No basta que haya caído la losa del sepulcro sobre la víctima, ni que haya varias veces secado el sol las flores que en torno suyo hayan nacido, para que la ciencia descubra el crimen en gran número de casos.

Son, pues, problemas químicos los que hay que resolver en los envenenamientos, poniéndose de manifiesto la pericia práctica y los conocimientos teóricos de los que intervienen en estos delicados asuntos, y sus aseveraciones están revestidas de

una exactitud matemática en todos sus detalles. Por eso, los grandes toxicólogos han sido también grandes químicos.

De aquí, pues, las condiciones que debe reunir el perito químico, cuales son: guardar secreto, ser inaccesible á súplicas y amenazas, no pecar de ligero, ser muy circunspecto, conservar como comprobante alguna porción de lo que se ha analizado, quedarse con copia de los informes que emite y cuidar mucho de que, mientras realiza las operaciones, solamente intervenga él ó persona de toda su confianza.

Además, la química enseña no sólo á investigar y descubrir los venenos con el reactivo sensible hasta lo maravilloso, sino que es también un gran auxiliar en la terapéutica, ó sea en el tratamiento del envenenado, y socorros que pueden prestársele en momentos angustiosos, en que la vida depende de la prontitud y celeridad con que se le auxilia, y en que el retraso ó adelanto de un minuto es bastante para que se pierda ó se salve una existencia.

En España, este servicio químico-legal ha sufrido diversas transformaciones. La ley de Sanidad, en su art. 94, dice que habrá una Comisión de facultativos forenses, compuesta de tres profesores de Medicina y dos de Farmacia, encargada de reconocimientos y análisis judiciales. Después se encargó este servicio á los catedráticos de Toxicología en la Facultad de Medicina. En 1862, en el Reglamento de médicos forenses, se dice que, cuando haya sospechas de envenenamiento, podrá el Juez recurrir á uno ó más doctores ó licenciados en Farmacia, que tengan establecido laboratorio, ó cuenten con medios suficientes para practicar el análisis.

Luego se encargó á diferentes profesores, y por diversas causas fué acumulándose el trabajo, sufriendo gran retraso con tal motivo la administración de justicia.

En 21 de Junio de 1873 se publicó un decreto en que se confiaban estos delicados cargos á dos doctores en Farmacia, Medicina ó Ciencias físico-químicas, que se modificó, aunque no esencialmente, por un Real decreto de 1.º de Noviembre de

1875. Por último, lo que en la actualidad está en vigor es el Real decreto de 11 de Julio de 1886, creando tres laboratorios de Medicina legal, para prestar ese servicio en toda la nación, establecidos en Madrid, Barcelona y Sevilla.

De todos modos, aunque los crímenes de los envenenadores aterran, por la forma traidora y encubierta con que se realizan, sirve de gran consuelo el poderío de la ciencia que los descubre y persigue hasta en sus últimos asilos. ¡Gloria á unos conocimientos que prestan á la sociedad tan valiosos servicios, que jamás serán bastante enaltecidos y venerados!

DR. JOAQUÍN OLMEDILLA Y PUIG,

Catedrático de la Universidad Central,
Académico de la Real de Medicina
y Correspondiente de la de la Historia.

LAS CORTES DE ISABEL II

CRÓNICAS PARLAMENTARIAS

(Continuación)

D. RAMÓN DE CAMPOAMOR Y CAMPOSORIO.—CONJURA
PARLAMENTARIA

Poco tiempo le duró á O'Donnell la Presidencia del Consejo, pues en 12 de Octubre siguiente (1) le sustituyó el Duque de Valencia, que inauguró unas Cortes, hechas á su imagen y semejanza, en 1.º de Mayo de 1857. Estas ofrecen la particularidad de que no asistió la Reina á la apertura, sino que el Gobierno, *por comisión*, fué el encargado de realizar y presidir la ceremonia, leyendo Narváez el discurso de la Corona.

El Congreso quedó constituido el día 9, y fué elegido Presidente Martínez de la Rosa. En estas Cortes aparece como Diputado el esclarecido poeta D. Ramón de Campoamor. La primera vez que habló en sesión fué el 8 de Mayo, al tratarse de la aprobación del acta del Conde de Almodóvar, que había sido elegido por el distrito de Serranos, en la provincia de Valencia.

Impugnando el proyecto de contestación al discurso de la Corona, defendió con entusiasmo á la prensa (2). «El proyecto

(1) De 1856.

(2) 26 de Mayo de 1857.

de ley de libertad de imprenta—decía—leído aquí por el señor Ministro de la Gobernación, es, en mi concepto, un proyecto de ley de encarcelación de la imprenta.» Esta afirmación produjo rumores en diversos sentidos, de tal manera, que el Presidente tuvo que poner orden.

«Se dice por ahí que el Sr. Ministro de la Gobernación (1), en sus conversaciones oficiales y semioficiales, expresa que su proyecto de ley se puede reducir á un solo artículo: *Se suprime la libertad de imprenta*. Tiene razón S. S.; ese es su proyecto, esa es su última esencia, esa es la quinina de su proyecto. Siento decir, señores, que he extrañado muchísimo que los señores que componen la Comisión de contestación no hayan tenido una palabra de reprobación para condenar el estado en que se encuentra hoy la prensa, y que probablemente se hará peor en el porvenir. La razón que tengo para esto es, señores, que habiéndose leído aquí el proyecto del Sr. Ministro de la Gobernación, la Comisión no ha tenido por conveniente darse por entendida de tal proyecto, que, en mi concepto, considerado literariamente, es una extravagancia; considerado políticamente, es una abominación, y en su origen, índole y tendencia, una mezcla informe de odios insidiosos, recriminaciones y miedos pueriles.»

Aquí le llamó dulcemente al orden el melifluo Presidente, como decía Madoz, y Campoamor pidió al Congreso benevolencia por su poca costumbre de hablar en aquel recinto, retirando todas las palabras que no fueran propias del decoro del Congreso. Pero continuó diciendo:

«Yo, señores, que no pertenezco á la raza de las Elenas de nuestras discordias, y no digo esto para hacer cargo á nadie después de las palabras que acaba de pronunciar el Presidente del Consejo; yo, que no soy de los Jeroboanes políticos, yo maldigo en el porvenir, yo entrego á la execración de la Historia, yo abandono á las burlas de la posteridad, al partido

(1) Necedal.

político que apruebe, que siquiera admita á diseusión semejante monstruosidad.» (*Murmullos prolongados.*)

Martínez de la Rosa amenazó al público de las tribunas con echarlo á la calle si no guardaba orden.

«Yo, que aprecio en poco las glorias de este mundo; yo, que miro con desdén todos los honores humanos, hay un honor y una gloria que no quiero renunciar nunca. Esa gloria, ese honor, es mi reputación de periodista, de escritor público, grande ó pequeño, bueno ó malo.

.....

»¿Cómo querrá creer el Congreso que ha sido recogido un periódico, más de una, más de dos y más de seis veces, porque en él se había llamado *simpático* al Ministro de la Gobernación? Pidiendo explicaciones al Fiscal de Imprenta, decía que allí se cometía la figura que en retórica llamamos *ironía*. No se le ha podido llamar Ministro *respetable*, porque decía el Fiscal que esto era un *epigrama*. Los escritores públicos, señores, hoy están imposibilitados de poder hacer uso de las tres cuartas partes del Diccionario de la Lengua.

»Esta previa censura del Gobierno, y del Fiscal, en su nombre, no se ejerce sólo, señores, cuando se trata de las personas, sino cuando se trata de las cosas. ¿Cómo querrá el Congreso creer que á los periódicos de la oposición no se les permite poner ningún texto en latín, porque dice el Fiscal que él no lo entiende, y que ahí puede ir envuelta una idea *subversiva*?

»Es decir, que tras el absurdo gubernamental de hacernos aprender latín, viene el absurdo oficial de no permitirnos hacer uso de él. Si dura mucho tiempo así este estado de la Prensa, acabará por hacer odiosos hasta los Evangelios.

Un Diputado, interrumpiendo.—Los Evangelios están muy altos.

—Es una metáfora—contestó Compoamor sin vacilar.

.....

»Si la simpaticidad, si la respetabilidad del Sr. Nocedal es una cosa subversiva, que se nos diga sobre qué cosas podemos

escribir con libertad; que se nos dé el Credo, y una vez que lo sepamos, permítasenos hacer comentarios favorables sobre el Credo. (*Rumores.*) Hablo de comentarios favorables.

»Yo, en nombre de todos los periodistas españoles, cuya representación no tengo, pero cuya delegación me tomo en ausencia suya, hago un trato con el Gobierno de S. M. y con los señores de la Comisión...

El Presidente.—Usía es un Diputado de la Nación, y nada más; aquí no puede S. S. más que manifestar sus propias opiniones.

Campoamor.—Yo puedo mentalmente tomarme los poderes que guste, usurpación moral que creo que hasta ahora no ha sido castigada por ningún Código. (*Risas.*)

»Yo hago un pacto con el Gobierno y la Comisión: yo les cedo todas las libertades, les cedo todas las garantías, sin reservarme otras que el poder escribir con libertad sobre algo, que el poder hacer comentarios sobre cualquier asunto en que me sea permitido escribir.

»Con esa garantía les cedo la Constitución de 1845; les cedo el acta adicional de la Unión liberal; les cedo la Constitución de los progresistas, todo lo cedo si en cambio me conceden la facultad de escribir y hacer comentarios sobre algo. ¿Sabe el Congreso, sabe el país por qué hago ese cambio? Lo hago porque el escritor público es la viva voz de todas las Constituciones, pasadas, presentes y futuras. Hago ese cambio, Sr. Marqués de Pidal (1), porque el escritor público es el verdadero Diputado, no elegido como nosotros, por 100 ó 200 votos, sino que cuando el escritor público llega á formar la opinión pública, es el elegido de los pueblos por un gran sufragio universal. Comparadas con el escritor público todas las Constituciones, todos los Códigos, no son más que papeles mojados que el Gobierno archiva cuando quiere; comparados con el escritor público, todos los Congresos no son más que teatros... (*Rumo-*

(1) Ministro de Estado.

res en las tribunas; murmullos entre los Diputados. Se oye decir: que se escriban esas palabras. Momentos de confusión. Martínez de la Rosa agita la campanilla, y dice colocándose los lentes:

—Si S. S. continúa hablando en ese sentido, le retiraré el uso de la palabra.

—Todas esas representaciones—repitió Campoamor—no son más que espectáculos públicos, cuyas llaves guardan los Gobiernos en su bolsillo para cerrarlos cuando les acomoda. *(Y se sentó.)*

Nocedal le contestó en nombre del Gobierno, y D. Domingo Moreno á nombre de la Comisión. No pudieron disimular el horror que les había inspirado las genialidades de Campoamor, y emplearon un tono grave y serio, escandalizados de que se hubieran mentado en el discurso los Santos Evangelios.

—No tengo inconveniente—terminó diciendo Campoamor—en sustituirlos por mis obras ó por las disertaciones jurídico-canónicas que puedan escribir los Sres. Moreno y Nocedal. No ha sido mi ánimo abusar de una palabra de que sólo me he valido en sentido metafórico.

Este era D. Ramón Campoamor á los cuarenta años.

* * *

Ocurrió un incidente muy curioso. El 11 de Julio (1), el Presidente puso á discusión el dictamen de la Comisión correspondiente sobre la reforma de los artículos 14 á 18 y 28 de la Constitución de la Monarquía, relativos á la formación del Senado, en la que se introdujeron modificaciones de importancia. Todas tenían cierto carácter restrictivo, pero una, sobre todo, llamó notablemente la atención de los elementos liberales. Se daba asiento en aquel alto Cuerpo legislativo á los títulos de Castilla que disfrutasen 100.000 reales de renta, y á fin de per-

(1) De 1857.

petuar la dignidad de Senador en sus familias, los Grandes de España podrían constituir vinculaciones sobre sus bienes en la forma y en la cantidad que se determinaría por una ley especial. Es decir, la resurrección de los mayorazgos.

Y vamos al incidente curioso. González de la Vega y D. Andrés Borrego, que tenían pedida la palabra en contra, la renunciaron, y D. Cipriano del Mazo protestó de que no se había impreso y repartido el dictamen con tiempo suficiente para que se enterasen los Diputados, tratándose de un asunto grave, cual era el de la reforma de la Constitución.

Narváez se percató que había una conjura para dejar sin discusión, por lo menos, la totalidad del proyecto, y, mal templado, se puso en pie, y dijo:

«Señores: desde que el Gobierno representativo existe en España, no se ha presentado un espectáculo más desagradable, más contrario al régimen constitucional, que el que está dando en este momento el Congreso de Diputados. El Presidente del Congreso nos dijo, al empezar las sesiones en esta legislatura, que las Cortes, que el Gobierno representativo no morirían sino por sus propios excesos, y eso, señores, va desgraciadamente á verificarse.

.....

»¿A qué vienen esos indignos artificios para imposibilitar que siga la discusión para exacerbar las pasiones y desautorizar al Parlamento? Pues qué, ¿no sabemos lo que se ha hablado fuera de aquí, los juicios que se han formado, los manejos que se han puesto en juego, y hasta las intrigas, preciso es decirlo, de que se ha querido echar mano para que no haya discusión?»

No cabe duda que había conjura, y que se salieron con la suya en lo de que se aprobase la totalidad sin discusión; pero fuese por lo que fuera, ya para el articulado volvieron las oposiciones sobre su acuerdo, y tomaron parte en la discusión.

Canga Argüelles aprovechó la coyuntura para tachar de liberal al Gobierno del Duque de Valencia, y terminó un discurso de franco ultramontanismo diciendo: «Que la religión

vuelva á vivir en estrecho lazo con la política, y entonces, y sólo entonces, España se habrá salvado.»

González Brabo defendió elecuentemente al Ministerio, y en lo que respecta á la cuestión religiosa, dijo: «Pero, señores, de esa bandera de Jesús, del catolicismo, se está haciendo una bandera de partido; del catolicismo, de los sentimientos religiosos, se está haciendo una idea de partido, y yo me levanto contra eso, y digo que es un sacrilegio. (*Muestras de aprobación.*)

.....

»Cese eso de llamarse católicos unos, y dejar á los otros con no sé qué calificación. ¿Cuál es la que nos cumple y se nos debe apropiarse? ¿Va S. S. á misa, profesa la religión católica, cumple con los deberes que ésta impone, más y mejor que cualquiera de los que se sientan aquí, ya pertenezca al partido moderado, al conservador, al progresista ó de cualquiera otra especie? ¿O es que se pretende hacer de la organización eclesiástica una base ó un sistema para la dominación y para el poder?... Dejemos á los sentimientos íntimos de la conciencia, á los sentimientos religiosos, en paz; dejémoslos en el templo que se les tiene levantado en los corazones verdaderamente cristianos, y no rebajemos estos sentimientos y principios; no manchemos estos sentimientos haciéndolos instrumentos de nuestras ambiciones personales y políticas.»

Así se expresaba un Diputado de la mayoría, uña y carne del Duque de Valencia, siendo Ministro de la Gobernación D. Cándido Nocedal (1).

Campoamor, á pesar de llamarse él mismo moderado, empleaba tonos muy violentos contra la situación.

«El Gobierno de S. M.—decía—debe tener entendido que desde que ha empezado esta batida contra la prensa, batida que se va á continuar contra la libertad de la palabra, desde ese día nos hemos enajenado la opinión pública; la opinión pú-

(1) Quien, al andar del tiempo, fué el *leader* del clericalismo.

blica está ya frente al Gobierno de S. M. Yo bien sé que, en definitiva, el triunfo en esta lucha será de la imprenta, á la que se quiere aprisionar, porque la imprenta será eternamente inaprisionable. El Gobierno de S. M., después de haber agotado toda la artillería de su razón, se conoce que ya va empezando á usar de la razón de su artillería.»

Y dijo otra porción de cosas más, con poco método, quizá, pero que por su amenidad entretendrían agradablemente á la Cámara.

Nocedal, que era un buen orador, le contestó, como ahora se dice, tomándole el pelo. Véase la muestra:

«El voto de censura del Sr. Campoamor, es una cosa que nosotros sentimos mucho, que nosotros deploramos; es una cosa sumamente dolorosa para nosotros; pero al cabo no es una de esas grandes calamidades, no es una losa tan pesada que con ella no pueda vivir el Gabinete actual.» Dijo también que el discurso de Campoamor, con sus retruécanos, sus antítesis y sus culteranismos, era preciso traducirlo al castellano liso y llano para entenderlo. A esto le contestó el autor de las *Doloras*, que cuando Nocedal dejase de ser Ministro, si no tenía otra ocupación más lucrativa, no le aconsejaba que se metiera á traductor, porque iba á ganar poco dinero.

En estos dimes y diretes se pasaron cuatro días, pues el mismo D. Antonio Benavides, individuo de la Comisión, declaró que la reforma de la Constitución no se había discutido, y que la Comisión correspondiente no había tenido necesidad de despegar sus labios para defender el dictamen. El día 14 se aprobó, y el 15 de Julio, por no haber suficiente número de Diputados en Madrid, se suspendieron las sesiones.

Aquella conjura formidable que amenazaba derrumbar al Ministerio, y que puso de tan mal humor el día 11 al Duque de Valencia, quedó reducida á que Campoamor dijera cuatro cuchufletas en su discurso.

LOS 130.000 CARGOS DE PIEDRA.

LA GUERRA DE AFRICA.

En las tertulias, en los cafés, en los entreactos de las comedias que se ejecutaban en el *Principe* y la *Cruz*, á la salida de misa de las Calatravas, tomando el sol por las aceras de la calle de Alcalá, y en el Retiro, junto al estanque grande, no hablaba la gente de otra cosa que de la acusación, próxima á presentarse en el Congreso, contra el ex-Ministro de Fomento D. Agustín Esteban Collantes, con motivo de cierto expediente en que figuraban, sólo nominalmente, por desgracia, 130.000 cargos de piedra.

El 4 de Marzo de 1859, siendo el General O'Donnell Presidente del Consejo de Ministros, D. Saturnino Alvarez Bugallal y otros Sres. Diputados, presentaron una proposición de ley para exigir responsabilidades al citado Esteban Collantes, por el concepto que acabamos de mencionar. El caso era grave, porque estos asuntos, por muy claros que se pongan, y nunca adquieren completa diafanidad, suelen dejar sin esclarecer minucias de concepto, que la malicia del vulgo no se muestra propicia á desechar.

Bugallal (1), ante la expectación de la Cámara, pronunció el discurso de acusación en tonos mesurados, pero contundentes y terribles, haciendo una detallada relación del expediente, y deduciendo, impasible, las responsabilidades gravísimas que contra el ex-Ministro resultaban, ateniéndose á las palabras del novel Diputado, pues, si no estamos equivocados, este era el primer acto político realizado por Bugallal.

El caso fué del modo siguiente:

Con fecha 28 de Agosto de 1853, expidió Esteban Collantes (2) una Real orden concebida en estos términos:

(1) 16 Marzo.

(2) Había sido Ministro de Fomento, desde 1.º de Agosto de 1853 á 17 de Junio de 1854, durante los Gabinetes presididos, respectivamente, por el General Lersundi y el Conde de San Luis.

«Atendiendo á la conveniencia de tener acopiado un buen número de cargos de piedra con que poder ocurrir en casos urgentes á las reparaciones que son necesarias en las carreteras de la provincia de Madrid, y especialmente en las que conducen á los Sitios Reales, S. M. la Reina (q. D. g.) ha tenido por conveniente resolver que proceda V. I., sin pérdida de tiempo, á la adquisición de 130.000 cargos de piedra, con el expresado objeto, nombrando una persona de su confianza que se encargue de recibirlos y medirlos, y disponiendo queden acopiados en sitios seguros para darles la aplicación que convenga.» Tras larga tramitación, constaba, sí, que se habían abonado por los cargos de piedra 975.000 reales; pero los cargos de piedra no aparecían por ninguna parte, y quedó demostrado plenamente que no habían existido nunca. La falsedad, el delito era, pues, incuestionable; lo que se necesitaba esclarecer era la connivencia entre el ex-Ministro y los autores del engaño.

Pasada la proposición de ley de Bugallal á una Comisión compuesta de los Sres. Goicoerrotea, Duque de Villahermosa, Rivero Cidraque, D. Miguel Zorrilla, Monares, García Miranda y Elduayen, emitió dictamen, en 5 de Abril, aceptando la acusación en estos términos:

«El Congreso de los Diputados declara que ha lugar á exigir la responsabilidad al Ministro que fué de Fomento D. Agustín Esteban Collantes, á virtud del expediente relativo á la contrata de 130.000 cargos de piedra, mandada verificar por Real orden de 28 de Agosto de 1853, y á llevar su acusación ante el Senado con arreglo á la Constitución y al Reglamento.»

Esteban Collantes pidió al Congreso que se le oyera, y el 12 de Abril, día en que se puso á discusión el dictamen transcrito, el *soi disant* procesado fué admitido en el salón de sesiones, sin ser Diputado, y se le colocó frente á la Presidencia, entre los últimos escaños, donde se le tenían preparados un sillón y una mesa. Concedida que le fué la palabra, habló mucho y habló bien.

«No es un interés político—decía,—no es un interés de partido, no es un interés aislado el que me trae á este sitio; es el interés de mi familia, es la honra de mi familia, es mi propia honra, que me está diciendo que venga, que soy inocente; y si tuviera que subir las gradas del cadalso, también las subiría con la frente erguida, como he subido por esas gradas, porque nada tengo que temer; pero como representantes del país, tenéis derecho á que venga aquí, y aquí estoy á dar todo género de explicaciones, á decir la verdad, á pedir justicia, á preguntar mi inculpabilidad, y á probarla.»

.....

«Esclárense todas las dudas de modo que se acalle la acción de la calumnia, y quede yo en el lugar que me corresponde. No crean los Sres. Diputados que yo rehuyo el juicio; no le he rehuído jamás; hay una diferencia, sin embargo, y en esto no debéis formar cuestión de cuerpo en modo alguno. Yo he querido siempre el juicio imparcial de los encargados de administrar justicia; vosotros queréis el juicio de la pasión y de la ira. Yo quiero jueces, y vosotros me dais enemigos políticos para que fallen; yo quiero pruebas, y vosotros me respondéis con la conciencia dura y empedernida de adversarios.»

Defendiendo la Real orden, que era un punto en que se fijaban sus acusadores, exclamaba:

«Pero se dice: la Real orden se dió para el acopio de materiales; pues si en lugar de haberse hecho la contrata falsa, se hubiese hecho verdadera, si se hubiera acopiado la piedra, y la piedra estuviera en el Canal, se habría acabado ya el expediente, y los escándalos y la responsabilidad del Ministro; aquí, pues, señores, lo que falta no son formalidades, lo que falta son las piedras; lo que hay que buscar, pues, es por culpa de quién no están allí las piedras. Por eso este es un delito común, ajeno á la política.»

Y no cabe duda que la política fué parte integrante de la acusación, dejando á salvo las responsabilidades que al cronista no le es dado depurar.

Después de la defensa que de sí mismo hizo Esteban Collantes, habló Elduayen en nombre de la Comisión; y si duro é inexorable resultaba el discurso de Alvarez Bugallal, aún adquirió mayores grados de despiadada inexorabilidad la acusación de Elduayen, sin dejar resquicio alguno donde cupiera un átomo de benevolencia.

Después se procedió á la votación, que, según disposición del Reglamento del Congreso, en este caso había de hacerse por bolas; las blancas significaban la aprobación del dictamen; las negras eran favorables al acusado. Colocáronse dos urnas: una sobre la mesa del Sr. Presidente, donde se depositaban las bolas que decidían la votación; y otra en una mesa, en el centro del salón, para recoger las bolas sobrantes. Un Secretario iba llamando por lista á los Diputados, y éstos recibían las bolas de manos de Martínez de la Rosa, quien, dado su carácter, pasó indudablemente un mal rato.

Verificado el recuento, resultaron 178 bolas blancas y 66 negras.

El Congreso mantuvo la acusación.

Sería largo referir los trámites posteriores, que salen fuera del círculo de estas crónicas parlamentarias.

*
* *

Alto, seco de carnes, tan sereno en el Parlamento como en el campo de batalla, de incorrecta, pero fácil palabra, era el General O'Donnell, por su figura y por sus condiciones morales, un tipo que se salía de lo común y corriente, lo mismo entre los Generales que entre los políticos. Ciento ochenta y siete Diputados habían tomado asiento en el salón; las tribunas estaban cuajadas de gente; en el rostro de todos se dibujaba la ansiedad de que se hallaban poseídos, cuando el General O'Donnell (1), puesto en pie, notificó al Congreso, entre salvas de aplausos, que estaba declarada la guerra al imperio de Ma-

(1) 22 Octubre 1859.

rruecos; y reseñando á la ligera las causas que habían motivado esta determinación del Gobierno, dijo: «Nuestras relaciones con el Imperio de Marruecos, respecto de nuestras posesiones en Africa, se dividían en dos clases: las unas hacían referencia á la plaza de Ceuta, y las otras á nuestros presidios menores de Alhucemas, Melilla y el Peñón. En estos últimos, por los tratados existentes con el Emperador, no tenía éste responsabilidad alguna de los hechos que cometían las tribus guerreras y semisalvajes que los rodean; y así es que, según ellos, el Gobierno español estaba autorizado para rechazar con el mortero y el cañón, es la expresión que usa el artículo del tratado, toda agresión por parte de los moros; pero en Ceuta, desde el tratado de 1845, al señalar los límites que tenía la plaza, y designar un campo neutral, se había establecido una autoridad de los marroquíes con una fuerza de lo que allí llaman moros de rey, que eran los que cuidaban y vigilaban para impedir todo acto de agresión contra la guarnición de la plaza.

»En Agosto último fué cuando los moros, sea los que estaban de guarnición, sea los que permitió la guardia que se acercaran, vinieron sobre nuestro territorio, y echaron abajo la piedra en que estaban puestas las armas de España, que servía de límite entre el campo marroquí y el español.

»El Gobernador de Ceuta, por la mañana conferenció con el cabo que mandaba el *Serrallo*; este se disculpó, y el Gobernador dió cuenta á nuestro Cónsul en Tánger, al mismo tiempo que al Gobierno de S. M., del hecho acaecido.

»Pero aquel día ya se cometieron más actos de hostilidad, y se hizo fuego sobre los centinelas de la Compañía de *Mogataces* que se estableció en los límites de los dos campos.

»Mientras venían las reclamaciones al Gobierno de S. M. se presentaron ya en número considerable, pues no bajarían de 500 ó 600, y atacaron las fuerzas de la guarnición que salieron de la plaza hasta llegar al límite de los dos territorios para defender el nuestro; hicieron fuego sobre ellas y se batieron: hubo, pues, este acto más considerable de agresión.»

Contó luego O'Donnell el pormenor de las negociaciones diplomáticas realizadas para conseguir del Sultán de Marruecos la reparación que el honor de España exigía por el incalificable atentado de los moros, y puso de relieve el propósito que éstos tenían, siguiendo su inveterada costumbre de dar largas y más largas, á fin de que, pasando tiempo, se enfriasen los ánimos y se olvidase la cuestión.

El Gobierno pedía: Satisfacción del agravio: Que el Bajá de Tánger y Tetuán viniese al frente de Ceuta á restablecer las armas de España en el mismo sitio en que fueron quitadas: Que tropas del Sultán habían de acompañar al Bajá y saludar al pabellón español, en desagravio de las ofensas que se le habían hecho: Que los reos del delito, á quienes el Gobierno marroquí debería conocer, vinieran al frente de la plaza de Ceuta á sufrir el castigo en el mismo sitio en que había corrido la sangre española. Sin rechazar las condiciones, el Ministro del Sultán no asintió á ellas, y O'Donnell, conceptuando que la concesión de nuevos plazos para obtener contestaciones evasivas menoscababa la dignidad nacional, declaró que quedaban rotas las relaciones con el Imperio de Marruecos. Terminó el General su discurso con algunas frases patrióticas, y se sentó en medio de una salva de aplausos con que le ovacionó la Cámara y el público de las tribunas.

Acto seguido, los Diputados Bernar, Borrajo, García Miranda, Martín de Herrera, Adelardo L. de Ayala, Yáñez Rivadeneira y Florentino Sanz presentaron la siguiente proposición: «Pedimos al Congreso se sirva declarar que ha oído con la mayor satisfacción las palabras del Gobierno de S. M., y que éste puede contar con el firme y decidido apoyo del Congreso de los Diputados para defender la dignidad española y los altos intereses de la Nación.»

Ayala apoyó la proposición brevemente felicitando al Gobierno, y Calvo Asensio, Diputado progresista, leyó una carta de varios periodistas, representantes de la prensa española, asociándose al entusiasmo que por la guerra demostraba el

Congreso. Firmaban la carta, entre otros, Carlos Rubio, Núñez de Arce, Llano y Persi, Pedro Antonio Alarcón, Asquerino, Francisco de Paula Montemar, Tubino, Roberto Robert, Marcoartú, Francisco de Paula Madrazo y Ramón de Campoamor.

González Brabo, representante del partido moderado, púsose también de parte del Gobierno en esta cuestión. «Pero, señores Diputados—decía,—el Gobierno español, compuesto hoy de personas con quienes no siempre estamos de acuerdo en opiniones políticas, con quienes nos unen recuerdos de antecedentes y comunidad de ideas, tiene además de esto su manera especial y personal de resolver las cuestiones, y, por lo mismo, no puede exigir, porque lo exigiría en vano, que al tiempo de darle nosotros, como le damos, un apoyo patriótico, un apoyo franco, renunciemos para lo futuro, para el día en que se presente la cuestión ya terminada y resuelta, á examinar todo lo que haya ocurrido.»

Olózaga estuvo más benevolente con O'Donnell. «Hoy es día—dijo—de dar al Gobierno todo nuestro apoyo: es día de que digamos nosotros, adversarios políticos del Sr. Presidente del Consejo de Ministros, que ni sus mayores amigos particulares, ni políticos, ni de familia, ni nadie le verá con más placer que nosotros llevar la honra de España al Africa y volver de ella triunfante. Y, mientras llega ese momento, no saldrá de los labios nuestros nada que pudiera mortificarle si lo oyera, porque ni sería noble en su ausencia, ni sería patriótico el intento de debilitar su prestigio, ahora que va á ponerse al frente del Ejército español. (*Grandes aplausos.*)

»Es día de decir al Sr. Ministro de Hacienda, que por su uniforme indica bien el objeto de su venida (1), que cuente con todo cuanto pueden votar los representantes de la Nación; pues si deber nuestro es escatimar todo cuanto se pueda en las

(1) Era D. Pedro Salaverria. Los Ministros, para leer proyectos de ley en el Congreso, visten de uniforme.

cantidades del presupuesto ordinario, sabe también S. S. que el pueblo español da con gusto cuanto se necesite para que vuelva á ocupar el puesto que entre las naciones de Europa le corresponde. Vea la Europa en el entusiasmo nacional y en el aspecto que presenta en este momento el Congreso de los Diputados revivir todo el espíritu patrio de que es capaz la Nación española.» (*Grandes aplausos.*)

O'Donnell dió las gracias á todos, y dijo: «Si hay faltas en la guerra, la responsabilidad será mía; si hay triunfos, la gloria será para el Ejército.» (*Aplausos unánimes de Diputados y tribunas.*)

La proposición de que hacemos mención al comienzo de estos párrafos fué aprobada por los 187 Diputados que se hallaban presentes en la Cámara.

Esta es, en la historia parlamentaria del Congreso de los Diputados, una de las sesiones más solemnes de las celebradas en aquel recinto. No queremos desvirtuar el buen efecto que al lector le haya producido, dándole á conocer los proyectos de Salaverría para subvenir á los gastos extraordinarios que iba á ocasionar la guerra. Se recargaron todas las contribuciones, y santas pascuas.

LOS PARTIDOS LEGALES.—PRERROGATIVAS DEL CONGRESO.
EL LÁPIZ ROJO DEL FISCAL DE IMPRENTA.—UN «LAPSUS LINGUÆ»
DEL GENERAL O'DONNELL.

Con motivo de haber declarado oficialmente el Gobernador de Cádiz que estaba fuera de la ley el partido democrático, D. Nicolás María Rivero dirigió una interpelación al Gobierno (1) censurando la declaración de la citada autoridad. Como jurisprudencia en contrario contó que en 1849, habiendo él y sus amigos pedido autorización para celebrar una junta,

(1) 3 Diciembre 1860.

les concedió el permiso el Conde de San Luis, entonces Ministro de la Gobernación, diciéndoles: «El Gobierno que preside el Sr. Duque de Valencia tiene gran satisfacción en que el partido democrático éntre en las condiciones de los partidos legales, dentro de la Constitución del Estado, y, como tal, que discuta, pelee y contienda con todas la fuerzas que están dentro de la Constitución.» «Por entonces—añadió—se formó en Málaga una causa á los individuos que constituyeron en aquella ciudad el partido democrático, y habiendo acudido en un suplicatorio al Ministro de la Gobernación, se mandó sobreseer aquella causa, y recayó ejecutoria por la Audiencia de Granada. Adujo otros casos que podrían servir para formar la jurisprudencia del asunto, dándole de camino un recorrido al Gobierno, especialmente á O'Donnell y á Posada Herrera, este último, Ministro de la Gobernación.

Le contestó Posada Herrera haciendo el deslinde de lo que son partidos legales, y dijo: «Los partidos que reconocen los poderes legítimos, discuten sólo sobre el ejercicio de la autoridad pública; en nombre de estos mismos poderes, estos partidos son legales. Los partidos, por el contrario, que niegan la legalidad de los poderes legítimos, ya la nieguen de hecho, ya de derecho, bien abiertamente y á las claras, bien con reticencias de varios géneros, estos partidos que se disputan el ejercicio de la autoridad, no en nombre del poder público, sino que disputan á este poder público las condiciones de existencia del poder mismo, no son ni pueden ser legales. En España, señores, todo partido que no reconozca las bases esenciales de nuestra Constitución, que son la Reina Doña Isabel II, las Cortes, formadas por el Congreso y el Senado, y la religión católica, no cabe dentro de las condiciones de la legalidad existente.» El discurso de Posada Herrera se redujo á glosar esta idea, con buena forma, porque sabía decir las cosas.

Rivero, que tenía una oratoria más apasionada, y en ocasiones verdaderamente fogosa, hubo de preguntar al Ministro si le consideraba á él como un faccioso, á lo que contestó Po-

sada con un signo afirmativo, lo cual produjo gran excitación en la Cámara, tributando la tribuna pública una ovación al Diputado demócrata.

Explicó Posada su afirmación, diciendo que se refirió únicamente á las doctrinas; pero de ninguna manera á la persona del Sr. Rivero, y sentó, como conclusión, que «La doctrina democrática, como fórmula filosófica, es absurda y contradictoria, conduciendo lo mismo á la anarquía que al despotismo, ya se la considere como instrumento político ó como medio de gobierno».

De entonces acá ha variado el concepto de los partidos legales.

* * *

«S. M. la Reina (q. D. g.), siguiendo los impulsos de su fe, religiosidad y piadoso ejemplo de sus predecesores, ha determinado trasladarse en público, y con toda solemnidad, al Santuario de Nuestra Señora de Atocha, con el fin de implorar los divinos auxilios por el feliz término de su embarazo; y deseando S. M. que asistan á tan religioso acto ó tengan representación en el mismo, las personas y Corporaciones que expresa la adjunta nota, se ha dignado prevenirme que me dirija á V. E. para que haga las correspondientes invitaciones, con advertencia de que los convidados deberán hallarse en la citada Real Iglesia el día 26 del corriente, á las dos de la tarde.» Esta comunicación fué dirigida por el Mayordomo mayor de S. M. á la Presidencia del Consejo de Ministros, y O'Donnell la trasladó á los Sres. Diputados Secretarios del Congreso, con la siguiente coletilla: «De Real orden lo traslado á VV. EE. para su conocimiento, con inclusión de la nota que se cita, á fin de que se dé por ese Cuerpo Colegislador cumplimiento á dicha soberana resolución.»

Las palabras subrayadas parecieron depresivas al Diputado D. Mariano Ballesteros, y preguntó á la Mesa (1) si estaba

(1) 28 Enero 1861.

dispuesta, en nombre del decoro y de la dignidad del Congreso, á rechazar las comunicaciones que fueran redactadas en tales términos, haciendo entender al Gobierno que el Parlamento no dependía de la Presidencia del Consejo de Ministros, ni debía usar la palabra soberano, porque tratándose de los Cuerpos Colegisladores, no hay sobre éstos soberanía ninguna, sino la que reside en ellos con la Corona. La argumentación era contundente, y O'Donnell tuvo que dar la razón á Ballesteros, confesando que había sido un error de Cancillería, y que de haberlo advertido lo hubiese rectificado en el acto.

Otro incidente ocurrió, sobre el que hubo de llamar la atención de la Cámara el Sr. Millán y Caro: uno de los individuos de la Comisión designada para representar al Congreso en el acto religioso que se verificó el 26 de Enero en la iglesia de Atocha, con motivo de la publicación oficial del embarazo de S. M. la Reina (1). Parece que la citada Comisión, en que iba el Presidente del Congreso, Martínez de la Rosa, y entre otros Diputados, menos conocidos hoy, Cánovas del Castillo y Vicente Barrantes, fué detenida á su regreso por los agentes de la fuerza pública, obrando en virtud de órdenes recibidas que prohibían en absoluto por el Prado la circulación de carruajes detrás de la comitiva Real, sin tener en cuenta las prerrogativas de los Cuerpos Colegisladores.

O'Donnell dió todo género de satisfacciones á la Cámara, y manifestó que cuando el oficial que mandaba la fuerza de la Guardia civil, que fué la que impidió el paso, se enteró de lo que representaba aquella Comisión, la dejó pasar, suspendiendo el cumplimiento de la orden. «Por lo demás—decía O'Donnell,—hay otro inconveniente, y es, que si bien las Comisiones, tanto del Congreso como del Senado, van precedidas de maceros, como quiera que éstos se diferencian muy poco de los del Ayuntamiento; que, por otra parte, los coches que conducen á los individuos de la Comisión no llevan ninguna librea

(1) Que dió á luz á la Infanta D.^a Pilar en 4 de Junio siguiente.

particular que los diferencie de los demás, pues son coches de alquiler, con las libreas que esta clase de carruajes suele gastar, lo cual no me toca á mí en este momento aprobar ó desaprobar, nada tiene de extraño que los delegados de las autoridades y de la fuerza pública los confundan con otras Corporaciones, los desconozcan, y no les guarden los honores y consideraciones á que tienen derecho. De todos modos, el Gobierno asegura al Congreso que adoptará todas las disposiciones convenientes para que no vuelva á repetirse el hecho ocurrido el otro día, hecho que el Gobierno es el primero en lamentar, y que le ha causado un profundo sentimiento.»

Recordamos el mal aspecto que ofrecían los coches de alquiler en aquella época, incluídos los que llamaban *de abono* por no llevar número, y nada tiene de extraño que el guardia civil de servicio les impidiera el paso, sin saber que en el fondo de un desvencijado *landeau* iban D. Francisco Martínez de la Rosa y D. Antonio Cánovas del Castillo, crepúsculo vespertino el uno, y aurora el otro de dos grandes épocas políticas de nuestra Historia.

*
* *

En Abril de 1861 se remitió bajo sobre á muchas personas significadas por sus ideas liberales, una exhortación impresa, tomada de un libro del P. Claret, y acompañada de dos estampas, una que representaba la Virgen, y otra el infierno, en la margen de la cual estampa segunda, un devoto anónimo había puesto varios letreros para significar que el sujeto á quien se remitía estaba condenado al fuego eterno por las ideas que profesaba. El periódico titulado *El Clamor Público*, que se vió favorecido con un ejemplar, lo publicó, mejor dicho, lo imprimió en uno de sus números, añadiendo algunos comentarios con irreprochable templanza; pero el Sr. Fiscal de Imprenta, cuyo criterio, ajustándose al del Gobierno, era esencialmente reaccionario, tachó con su lápiz rojo todo el artículo, lo mismo el párrafo del P. Claret que los comentarios de *El Clamor*, y

prohibió su publicación. El objeto del Fiscal, dada la inofensiva sátira del periódico, bien se trasluce que era el de no dar publicidad al asunto: sin embargo, no logró su propósito.

Figuerola interpeló al Ministro de la Gobernación (1) sobre el asunto, y leyó en plena sesión el artículo, pidiendo que constase en el *Diario de Sesiones*, á lo que se accedió por el Presidente, pudiendo verlo allí el curioso lector si tuviese interés en conocerlo. El anónimo periodista que lo escribiese no pensaría que su modesto trabajo iba á alcanzar tanto honor, ni el Fiscal de Imprenta supondría que iba á ser inconscientemente causa de la notoriedad al tacharle con su lápiz rojo.

*
* *

D. Manuel Ruiz Zorrilla, D. Pascual Madoz, D. Cipriano Segundo Montesino, D. Pedro Calvo Asensio y otros, deseosos de decir cuatro frescas al Gobierno, presentaron una proposición (2) concebida en estos términos: «Pedimos al Congreso se sirva declarar que el Ministerio presidido por el General O'Donnell ha seguido en los negocios interiores una marcha política distinta de la que hacían esperar sus actos de oposición á los Gobiernos anteriores.» Como O'Donnell tenía una mayoría numerosa y disciplinada, ya sabían los firmantes de la proposición que al llegar á votarse ésta quedarían derrotados; pero su objeto, como el mismo Ruiz Zorrilla lo dió á entender, no era otro que el de sacar á la luz los trapos del Ministerio y poner de relieve sus actos de marcada reacción.

Cerca de cuatro horas duró la discusión, que se redujo á un discurso, respectivamente, y las rectificaciones necesarias, de Ruiz Zorrilla y Posada Herrera, sin que lograsen convencerse uno al otro, y aburriendo, de seguro, á los compañeros de la Cámara y al público de las tribunas.

(1) Posada Herrera, 5 de Abril de 1861.

(2) 8 Abril 1861.

Unicamente al final resultó algo movida la sesión por una palabra que se le escapó al Presidente del Consejo. Ruiz Zorrilla, queriendo evitar la molestia de la votación, retiró la proposición que le había servido de pretexto para pronunciar un discurso de cargos al Ministerio; y O'Donnell, al contestarle, dijo:

«Lo sabía; sabía que S. S., que podría reunir entre sus amigos unos 40 ó 50 votos, retiraría la proposición, porque, en el estado de la Cámara, no quería quedar en el *ridículo* que es consiguiente.»

Oír la palabra *ridículo*, y levantarse Sagasta como movido por un resorte, fué todo obra de un instante, increpando con aquellos arranques de fogosa oratoria que él tenía, la despectiva manera con que trataba al partido progresista el Presidente del Consejo de Ministros. Este intentó quitar importancia á la frase; pero en la turbación producida por la inesperada acometida de Sagasta, y no queriendo á su vez confesar el *lapsus lingue* ante el Parlamento, replicó que no retiraba la palabra, explicándola con una argumentación sin fuerza ni lógica. Replicó Sagasta, Ruiz Zorrilla intervino en este nuevo debate, apoyando á su amigo, y el incidente hubiera tomado serias proporciones, á no haberlo terminado con un campanillazo prolongado, el Marqués de la Vega de Armijo, que actuaba de Presidente.

ULTRAMONTANISMO.—UN DESPLANTE DE D. MODESTO LAFUENTE.

MUERTE DE MARTÍNEZ DE LA ROSA.—LA LEGISLATURA

DE 1862 Á 1863

D. Leopoldo O'Donnell, Conde de Lucena y Duque de Tetuán, era el inventor y jefe del partido llamado *la unión liberal* (1). Por esta época se hallaba en todo su esplendor la in-

(1) *Sociedad de socorros mutuos*, añadían los periodistas maliciosos.

fluencia de Sor Patrocinio en Palacio, y los temperamentos ultramontanos encontraban simpática aquiescencia entre los altos empleados palatinos; por eso D. Leopoldo, en el discurso de la Corona con motivo de la apertura de Cortes, el 8 de Noviembre de 1861, dedicó uno de los primeros párrafos al Santo Padre, en estos términos:

«El Santo Padre, objeto siempre de tierna y profunda veneración para todos los católicos, excita mi constante interés y mi filial solicitud. He procurado que los Gobiernos de las naciones colocadas bajo su santa dirección se reuniesen, á fin de investigar los medios de darle en sus Estados la paz y la seguridad necesarias para ejercer con independencia las augustas funciones de su sagrado poder.»

Este párrafo se reprodujo casi con las mismas palabras, y glosado en idéntico sentido, por la Comisión en el proyecto de contestación al discurso de la Corona, firmando el proyecto don Modesto Lafuente, Coello y Quesada, Romero Ortiz, Ayala y Cánovas del Castillo. No podían pedir más, á algunos de los firmantes, los ultramontanos de entonces, y, sin embargo, quedaron descontentos. Aparisi y Guijarro, neocatólico recalciante, quiso añadir ciertos conceptos más categóricos en favor de la cuestión religiosa; pero O'Donnell no admitió la enmienda: tenía siempre preparadas esas dos velas tan conocidas que suelen encender los políticos en determinadas circunstancias.

*
* *

No era D. Modesto Lafuente un hombre de carácter enérgico y de resoluciones decisivas en los asuntos parlamentarios, sino que movía su voluntad hacia el lado que el viento la impulsaba. Y prueba de ello es un caso, en que se determinó á no abrir la sesión, por falta de Sres. Diputados, obedeciendo á sugerencias de espíritus díscolos, que nunca faltan en todas las corporaciones.

Veamos lo que nos cuenta D. Modesto, el 11 de Enero de 1862, al abrir la sesión de aquel día:

«Desde que por tercera vez ocupó este puesto, y desde que, por la lamentable enfermedad del dignísimo Sr. Presidente, me incumbe el abrir las sesiones, todos los días recibía intancias vivas de los Sres. Diputados para que abriera la sesión á las dos, como está acordado. Contestábales yo que no había suficiente número, y me replicaban que entrase en el salón y abriese la sesión, y si no había número, citara para otro día.

»En la sesión última, algunos señores hicieron la observación de que convendría cumplir el acuerdo del Congreso, comenzando á las dos, y aun se dirigió alguna inculpación á la Mesa, diciéndose: *Creo que el Congreso tiene acordado que se abra la sesión á las dos de la tarde; creo que es un acuerdo tomado por el Congreso; y si ese acuerdo se ha tomado, ¿por qué el Sr. Presidente no abre la sesión á las dos de la tarde? No es mi ánimo el dirigirle un cargo; es simplemente una súplica. ¿Por qué no abre la sesión á las dos de la tarde? ¿Qué podría suceder? ¿Que no hubiera número bastante de Sres. Diputados? Levante S. S. la sesión; ya ha habido ejemplos de esa naturaleza, y la lección ha servido.*

»Yo, que en los días anteriores me había retraído, por respeto á los Sres. Diputados, de tomar esta medida, ayer creí que no podía dispensarme de hacerlo. Vine al Congreso; se me dijo:—¿Por qué no abre usted la sesión?—Porque no hay número—contesté.—Pues hágalo usted constar.—Debo añadir que por una gran casualidad no estaban aquí los Sres. Secretarios, que sólo se retrasaron algunos minutos, cuando siempre son puntualísimos (1). Así lo hice observar, pero no bastó; y entrando en el salón, manifesté que venía para hacer ver que no podía yo abrir la sesión sin haber número. El que se cerraran las puertas del salón, y se apuntaran los nombres de los concurrentes, es lo que se ha hecho en parecidas ocasiones.»

D. Román Goicoerrotea protestó del acto, pero en términos

(1) Subieron á la Mesa para desempeñar el cargo de Secretarios los Diputados Lasala y González de la Vega.

duros y severos, diciendo, entre otras lindezas, que no quería hablar mientras ocupase el sillón de la Presidencia el Sr. Lafuente, quien inmediatamente se levantó, dejando el puesto á Monares. «Aquí se ha faltado—decía—á la mayoría, á la minoría y al Gobierno. El Sr. Martínez de la Rosa (1), con sus honradísimas y respetables canas, á pesar de ser solicitado tantas veces para ello, no se ha creído en el caso de hacer lo que hizo ayer el Sr. Lafuente. ¡Qué diferencia entre el señor Martínez de la Rosa y S. S.»

Lo grave fué que, como se mandaron cerrar las puertas mientras se sacaba la lista de que se ha hecho mención, se reunieron más de cuarenta Diputados que no podían entrar en el salón de sesiones, y armaron al protestar, aun con mesura, su miajita de escándalo, casi sin darse cuenta.

La cosa no pasó á mayores; pero lo cierto es que Lafuente no estuvo acertado, y que, desde luego, no le quedarían ganas en lo sucesivo de realizar otro acto presidencial para imponerse á la Cámara.

*
* *

Los albaceas testamentarios de Martínez de la Rosa, D. Juan T. Comyn y D. Pablo Aguilera y Cabanillas (2), dirigieron una comunicación al Congreso, con fecha 7 de Febrero de 1862, manifestando que el Presidente de aquel alto Cuerpo había dejado de existir en el día de la fecha, á las seis menos diez minutos de la tarde. De esta comunicación se dió cuenta en sesión del día 8, dedicando sentidas frases al finado, D. Modesto Lafuente, O'Donnell, el Marqués de Pidal, Olózaga y González Brabo. Se levantó la sesión en señal de duelo, acordando los Sres. Diputados reunirse el lunes (3) 10, á las cinco de la tarde, es decir, después de la hora del entierro. Se re-

(1) Presidente del Congreso.

(2) Padre de nuestro amigo D. Alberto Aguilera y Velasco.

(3) Era sábado.

unieron, en efecto, para enaltecer las grandes cualidades de Martínez de la Rosa, dando tregua á los debates parlamentarios.

«Y otra cualidad tenía también—dijo Olózaga,—que á mí me hacía estimarle, que lo hacía muy querido en estos bancos (1), y yo creo que en todos los del Congreso. Por su edad, por su categoría, por sus cualidades morales y de toda especie, estaba llamado Martínez de la Rosa á ocupar un lugar muy distinguido en el otro Cuerpo Colegislador, y parece que no una vez sola, sino muchas, fué rogado para esto. Agradecemosle, señores, que quiso permanecer siempre con nosotros, y que prefirió este Cuerpo, á pesar del respeto que tenía, y todos tenemos, al otro. Él había nacido á la vida pública en el Congreso de los Diputados, y él consideró siempre á éste como heredero de las Cortes de Cádiz. Aquí vivió y aquí murió.»

El Congreso acordó suspender las sesiones por ocho días.

El lunes 10 de Febrero, con un día desapacible, con un frío glacial, del que conservamos hondo recuerdo, se verificó el entierro de Martínez de la Rosa, saliendo el féretro á las doce en punto de la mañana, desde la casa mortuoria, calle de las Rejas, núm. 2, y recorriendo las calles de la Bola, Bailén, Plaza de Oriente, calle Mayor, Puerta del Sol, Carrera de San Jerónimo, Paseo del Prado y camino que conducía al cementerio de la Sacramental de San Sebastián.

Al pasar el entierro por delante de Palacio, salió del Regio Alcázar S. M. el Rey D. Francisco de Asís, con toda su servidumbre, y se colocó detrás del carro fúnebre, con el Infante D. Sebastián, O'Donnell, el Ministerio, el Patriarca de las Indias y los Jefes superiores de Palacio.

Los restos mortales de Martínez de la Rosa iban encerrados en una caja negra, galoneada de plata: las cuatro cintas de la caja las llevaban Madoz, Olózaga, Mayáns y el Conde de Villahermosa. Se tributaron al finado los honores de Capitán

(1) Los de la oposición progresista.

general que muere en plaza con mando en jefe, y recibió sepultura, á las dos y veinte minutos, en el panteón núm. 59 del patio de San Pablo.—R. I. P.

* * *

Aunque las hay más cortas, no deja de ser notable en este sentido la legislatura de 1862 á 1863, pues los dos períodos en que se divide duraron breve espacio de tiempo: el primero, desde 1.º de Diciembre de 1862 á 7 de Febrero de 1863, y el segundo, desde 9 de Abril de dicho año 1863 á 6 de Mayo siguiente.

La mayoría estaba dividida. Había presentado el Gobierno, presidido por el General O'Donnell, un proyecto de ley de Ayuntamientos, con el que no se hallaban conformes muchos de los Diputados hasta entonces amigos del Gabinete, y fuera que disintiesen del criterio ministerial ó que buscasen pretexto para exteriorizar su oposición, el caso es que á poco de abrirse la legislatura, O'Donnell se percató de que en un momento dado podría sufrir una derrota parlamentaria: trató de hacer una conciliación con los disidentes, pero no pudo ser, y el día 6 de Febrero (1), habiendo sacado á relucir con habilidad algunos Diputados el fracaso de la conciliación, se puso en claro la desunión de la mayoría, por lo cual el día 7, el Ministro de Estado, General Serrano, leyó en el Congreso el Real decreto de suspensión de sesiones.

Aunque no se había dado la ocasión de que perdiera una votación el Ministerio, el efecto moral estaba hecho, y el Gobierno, por lo tanto, derrotado; así fué que presentó la dimisión el 2 de Marzo, encargándose el Marqués de Miraflores de la Presidencia del Consejo de Ministros, y presentándose á las Cortes el 9 de Abril siguiente.

Era Miraflores una buena persona, amable, transigente,

(1) De 1863.

deseoso de aunar voluntades, como Martínez de la Rosa, de quien había tomado ejemplo, y vino al poder animado de los mejores deseos, sin prejuicios, ni enconos, ni rencores; pero vino también sin carácter, que es la falta más grave de cualquier político, en cualquier partido. Un espíritu dominante se impone siempre, y Miraflores no sabía imponerse, fiándolo todo á su persuasión y á las buenas componendas.

El 9 de Abril, como hemos dicho, se presentó á las Cortes, explicando su entrada en el poder, que fué por efecto de las circunstancias, pues habiendo presentado O'Donnell la dimisión con carácter de irrevocable, tuvo él que encargarse de formar Ministerio, para librar á la Reina del compromiso en que se hallaba. Su programa no era de reformas, propiamente dichas, sino de reorganización, y pretendía desarrollar una política *liberal-conservadora*, como más adelante lo intentó con éxito D. Antonio Cánovas del Castillo.

La mayoría, en sus dos grupos, le ofreció su apoyo, pres-tándosele en los primeros momentos; pero el Marqués no pudo vigorizar la disciplina del partido, y se vió obligado á suspender las Cortes en 6 de Mayo siguiente. Ni un mes cabal consiguió tenerlas abiertas. Por Real decreto de 12 de Agosto de 1863 se disolvió el Congreso.

Y el caso es que Miraflores estaba animado de buenos propósitos. Una de sus pesadillas era la inestabilidad del personal de la Administración pública, pues Ministro que entraba removía por completo los empleados de su departamento, perjudicando con este trasiego el buen servicio.

«Nosotros—decía el Marqués—no hemos aceptado el principio de remoción de empleados, porque en nuestro sistema entra el deseo vivísimo de que los empleados hombres públicos se circunscriban al menor número posible; que los empleados se consideren servidores del Estado, y no servidores del Ministro que puso su firma en el nombramiento.»

Dos días antes de cerrarse las Cortes hubo un incidente que merece mención. Por temor á motines y disturbios, pues los

ánimos estaban muy excitados, se suspendió la procesión cívica del Dos de Mayo, pretextando el estado del tiempo, que no resultó tan malo como el Gobierno deseaba, y Calvo Asensio dirigió una interpelación al Ministro de la Gobernación, con este motivo, dando á entender que la supresión de la procesión cívica había tenido por causa corresponder á las corrientes de simpatía que demostraba hacía el Gobierno español el Emperador de Francia, Napoleón III.

Quizá también fuera este uno de los factores que influyeran en el asunto; pero sin ningún linaje de duda, el principal fué el temor de conmociones populares en sentido liberal.

Olózaga, que estaba enfermo, se levantó de la cama para tomar parte en la discusión, y dijo que él, cuando muchacho, con otros de su edad, llevados de su espíritu patriótico, estuvo ayudando á sacar tierra para formar la cimentación del monumento al Dos de Mayo, y que luego, padre de familia, queriendo educar á sus hijos en el santo amor de la patria, los llevaba á oír misa todos los años, en aquel día memorable, ante el monumento de la Lealtad.

Se acostumbraba á entoldar la carrera que seguía la procesión cívica desde la iglesia de San Isidro, donde se celebraban las honras fúnebres por los héroes del Dos de Mayo, hasta el Campo de la Lealtad en el Prado, y la operación del entoldado se hacía con uno ó dos días de antelación al de la fiesta, por su mucha dificultad. Esta vez no se colocó el toldo, sin que la lluvia de los días anteriores hubiera hecho presumir que haría mal tiempo en el de la fiesta, pues el 2 de Mayo no llovió hasta por la tarde, en que cayó un chaparrón, pasajero, al decir de Calvo Asensio.

Se quiso echar la culpa al Corregidor de Madrid, Duque de Sexto, pero éste se había curado en salud sometiendo por completo la cuestión del ceremonial y de la suspensión al Excelentísimo Ayuntamiento, y los Sres. Concejales fueron los que acordaron que no saliese la procesión ni se colocara el toldo. El Duque supo sacudirse las pulgas con oportunidad.

El Gabinete Miraflores duró hasta los comienzos de 1864, y á mediados de año volvió Narváez á hacerse cargo del Poder. El Duque de Tetuán y el Duque de Valencia eran los que tenían fuerza para constituir Ministerios estables, con el intermedio del Marqués de Miraflores; por eso, al publicar Manuel del Palacio su *Viaje al interior de la política*, lo tituló: *De Tetuán á Valencia, haciendo noche en Miraflores*.

CARLOS CAMBRONERO

(Continuará.)

EL RETRATO COMO DOCUMENTO HISTÓRICO

El estudio del retrato como documento histórico, como manifestación artística y como elemento precioso de toda ornamentación, aunque considerado desde estos tres aspectos desde las épocas más remotas y á través de todas las civilizaciones, se ha hecho en nuestro tiempo de la mayor importancia, por la predilección que le otorgan todos los instrumentos de la moderna cultura social y hasta los privilegios de las adquisiciones más esplendentes del saber, de la industria y de las artes. Los modernos coleccionistas los atesoran, tanto por lo que representan en la gallarda competencia de las artes suntuarias, cuanto por los recuerdos que de cualquier modo y época que sean indispensablemente evocan, aumentando su interés el magisterio, que en el mayor número de ellos han puesto el pincel y el buril, el lápiz y el cincel. En dos órdenes, sin embargo, de la vida general, el retrato alcanza una supremacía que ninguna otra manifestación del arte puede disputarle: en los recuerdos de la intimidad doméstica y en el vasto estadio de la Historia. Toda colectividad humana se resume en una familia, más ó menos numerosa, mas dotada de los mismos exclusivismos del afecto de la sangre, y toda familia humana exalta su orgullo en las grandes figuras que la ennoblecen. Apenas se registra asociación alguna de hombres civilizados que en la consagración de sus fastos, domésticos los

unos, nacionales ó simplemente de agrupación ó de clase los segundos, carezca de sublimes personalidades á quienes representar: Llámense estatuas ó bustos, relieves ó monumentos; llámense medallas ó camafeos, monedas ó sellos; llámense pinturas murales ó lienzos, tablas y cobres, estampas ó miniaturas, todo lo que representa el rostro, en que el arte perpetúa la vida de un sér que hizo indeleble su memoria por las aureolas de la virtud, por los triunfos del valor ó por la admiración debida al saber y al talento, todo se constituye en elementos que inducen á la conservación más exacta de sus efigies, en cuyos rasgos fisonómicos el espíritu humano se complace en dilatar la existencia moral de aquellos seres de predilección cuyo conjunto para cada familia forma la dignidad de la estirpe, para cada pueblo la glorificación de su historia, para la humanidad en masa los astros fulgentes de los que, con la grandeza del genio, llevaron á cabo obras insignes é impercederas de adelanto ó de redención. La historia, al fin, aspira por todas partes á fundar el archivo de ellos para mostrarlos al ejemplo y al estímulo de las generaciones nuevas, no tanto para su culto como para su educación.

Aunque moderna esta tendencia, el culto del retrato se remonta á las fuentes de toda civilización. ¿Qué importa que en las pinturas murales que nos han dado á conocer las excavaciones de las grandes ruinas, y sobre todo las de Herculano y Pompeya, no haya hasta aquí aparecido documento alguno de esta consagración en las efigies de los grandes varones que florecieron en los pueblos antiguos á que dichas reliquias pertenecen? Griegos y romanos nos dejaron los nombres de sus Fidias, de sus Zeuxis de Heraclea, de sus Farrasios de Éfeso, de sus Apeles y de sus Timantes; encumbrados por su habilidad en el arte del retrato, y sobre todo el busto y la estatua mármorea, los más duros metales y las piedras preciosas más duras, conservadoras de sagradas efigies humanas, nos patentizan la grandeza de este culto de las imágenes históricas en aquellos pueblos que se hallan á la cabeza de toda la civiliza-

ción universal. En las nebulosas galerías de las oscuras catacumbas, los primeros atletas de la fe cristiana trazaron, aunque toscamente, algunas efigies de los sublimes mártires de la redención humana; y aunque se exageren las imperfectas artes de las edades medias, en ellas la iconografía sagrada, la iconografía real, la iconografía civil, plantean los prolegómenos del arte nuevo en las figuras de sus altares, en las ornamentaciones de sus templos, en sus sepulcros guardados en las naves de sus iglesias, en el sello Real de metales varios pendiente del diploma de la Cancillería regia, y en el sello de cera que formaliza toda alta documentación, y en la moneda corriente, que poco á poco acredita su legitimidad con la figura de los reyes y señores, de los prelados y hasta de las ciudades.

La diplomática española registra dos casos justificantes de esta tendencia, que se hacen dignos de todo estudio y consideración. Un rey de Aragón, Ramiro I, que reinó del año 1035 al 1063, suscribía los diplomas que emanaban de su autoridad, con un tosco dibujo en cuadro de su rostro y cabeza. Tal puede verse, entre otros diplomas de su tiempo, en la *Carta dotal* por él suscrita el año 1036, en su primer matrimonio con Gilberta, á quien dió á Atarés con sus tierras. Este documento de nuestro Archivo Histórico Nacional procede de los *diplomas reales del Monasterio de San Juan de la Peña*, y ocupa el número 39. El 49 del mismo *Cartulario* se halla suscrito en la misma forma, por el referido monarca. En Castilla también suscribió algunos documentos, haciendo preceder la firma de su propio retrato, el rey D. Alfonso IX, siendo príncipe, un poco más de un siglo después, como aparece en otros diplomas del mismo Archivo Histórico Nacional, por mí citado ya en mi opúsculo sobre *las firmas de los Reyes Alfonsos*.

La tendencia á hacer aparecer el retrato del monarca puede verse comprobada en las monedas del reino de Aragón, desde los *dineros* del mismo Sancho Ramirez, por los años 1063 á 1094; en los de Pedro I, de 1094 á 1104; en los de Alfonso I, de 1104 á 1134; en los de Alfonso II, de 1162 á 1192; en

los de Pedro II, de 1196 á 1213, y así sucesivamente, como atestigua el Sr. D. Manuel Vidal Quadras y Ramón, en su *Catálogo de monedas y medallas* que le pertenecieron, publicado en Barcelona el año 1892, y en las del Condado de Barcelona, D. Joaquín Botet y Sisó, en su libro *Les monedes catalanes*, impreso en dicha capital en 1908; la serie de las monedas que ostentan bustos de sus príncipes, empieza con los *dineros* de Jaime I, de 1213 á 1276, y de Alfonso III, de 1285 á 1291, y llega hasta los de Felipe V, abundando mucho en toda la moneda del tiempo de la ocupación francesa, bajo Luis XIII; pero no en el de la ocupación francesa, de 1808 á 1814, ni en la de los reinados subsiguientes de Fernando VII é Isabel II. En la moneda del antiguo reino de Navarra, la cabeza coronada del Monarca, que arguye su retrato, aunque diminuto, tosco é imperfecto, comienza en el reinado de Sancho VII, en los años de 1194 á 1234; en la de los reyes de León y Castilla; en los *coronados* de Alfonso X, de 1252 á 1284, y en las *doblas* de D. Pedro el Cruel, de 1350 á 1368; empezando á ser más frecuente en toda clase de moneda, hasta abarcarlas casi todas, principalmente la de los metales nobles, el oro y la plata, desde Carlos V y Felipe II hasta nuestro tiempo. En la misma relación pueden considerarse los contenidos en toda clase de sellos, por el mismo tiempo, así los de plomo ú otro metal, como los de cera.

Hay, sin embargo, en los últimos siglos de la Edad Media, desde el onceno en adelante, otro género de retratos, en los que el arte impera menos que la exactitud en las facciones; estos son los contenidos no sólo en los grandes sepulcros monumentales, sino en las simples losas que cubrían las sepulturas abiertas en las naves de los templos bajo el mismo piso, y sobre cuyos relieves discurría el público que asistía á los oficios cotidianos de las iglesias. Aunque esta parte del retrato, por lo que tenía de monumental, ha sido ya bastante estudiada, no lo ha sido lo suficiente para poder puntualizar por fechas cuándo empezó y se desarrolló esta costumbre, de cuyos her-

mosos testimonios están llenos todos los templos de la Península que se derivan de aquellos remotos tiempos. No obstante, con la facilidad de los medios que proporciona, la fotografía los busca y reproduce por todas partes, y el *Archivo Nacional del Retrato en España* no tardará mucho en poder realizar los trabajos críticos y de investigación que han de dar perfecto conocimiento de estos tesoros históricos y artísticos en nuestra nación, pues hasta ahora solamente nos son conocidos los de mayor relieve artístico ó los de mayor importancia histórica hasta nuestra edad contemporánea.

Conviene consignar aquí, que en los tiempos en que la pintura y los procedimientos gráficos no nos han conservado retratos efectivos, hay que afirmár que los hubo. ¿Son retratos muchas de las estatuas y bustos que han llegado hasta nosotros en la civilización clásica en Grecia y Roma? ¿Lo son los de las medallas de su tiempo como las de las familias consulares? Pues donde el cincel grabó, en cualquiera forma que lo hiciera, hubo antes dibujo, y donde hubo dibujo, hubo retrato. Con las estatuas yacentes en los sepulcros de la Edad Media sucede lo mismo.

Es indudable que *el retrato* histórico ó artístico, como hoy se aprecia, no nació virilmente en Europa hasta el final del siglo xv y los principios del xvi. Júzguense como se quiera, los progenitores del retrato moderno en nuestro continente llámanse en Alemania Alberto Durero, de Nuremberga; Lucas Cranach, de Franconia, y Hans Holbein, de Aupsburgo, aunque la vida de éste y sus facultades artísticas las consumió en Inglaterra. En Italia imponen su verdad y su genio Leonardo de Vinci, en Florencia, á quien siguen Tiziano, en Venecia, y Rafael de Urbino y Pablo Veronés, en Roma. En España saltan de la imitación y el contacto en Italia, Juan de Juanes, en Valencia, Sánchez Coello y Pantoja de la Cruz, en la corte de Madrid. Los Países Bajos amamantan después á Antonio Moro, á Van Dyck, á Rubens y á Rembrant, y Francia sigue á todos con su Poussin, con su Mignard y con su Rigaud. Desde la

época feliz del renacimiento clásico en las artes, el retrato se constituye en monumento vivo de la Historia, y el retrato se fija no sólo en la tabla, el lienzo y el cobre, sino en el grabado, bajo todas sus formas, al agua fuerte, en dulce, sobre planchas xilográficas y de todas las maneras imaginarias; brota la medalla con una perfección que ha de erigirse en modelo permanente para todos los tiempos futuros, y la estatuaria lo inmortaliza en obras que son la admiración de los siglos.

Conforme los medios plásticos se perfeccionan y se multiplican, el retrato se multiplica y se perfecciona también, y las colecciones que de ellos comienzan á hacerse en las residencias de los Monarcas y de los Príncipes de toda jerarquía, abren el camino á lo que en breve se convierte en Museos ostentosos, generales y públicos. De su cuna flamenca trajo Carlos V á España estas aficiones, reuniendo ya en sus alcázares de Toledo, de Madrid y del Pardo las imágenes de sus más ilustres antepasados, así en sus Estados imperiales, como en las varias coronas que habían confluído á formar la unidad de su trono en España. De la corona de Aragón, sobre todo, los monumentos de este género, que recibió por herencia de aquel Alonso V, capaz de representar en sí la gloria universal del siglo que alcanzó, si inmediatamente no hubieran sobrevenido después el militar y el político de los Reyes conquistadores de Granada y descubridores del Nuevo Mundo, y el artístico del Papa León X y de los Médicis, no fueron, sin embargo, más que el prólogo de lo que en su tiempo y en su persona se habían de encarnar después. Pasan de mil las imágenes del Emperador que han quedado de su época á la posteridad en todo linaje de obras artísticas, y su excelso hermano el Infante D. Fernando, que heredó de él la corona imperial de España, llevó á su castillo de Inspruck algunos centenares de tablitas de un mismo tamaño con los retratos de los hombres más eminentes é ilustres que desde su infancia conoció, contándose entre ellos muchos de los conquistadores del último baluarte de los árabes en la Península, la mayor parte de los que llevaron las armas y el gobierno

de España por las provincias de Italia ó acompañaron al Gran Capitan á sus épicas campañas en el reino de Nápoles, y hasta algunos de los que en el Nuevo Mundo fueron de los primeros en seguir los temerarios pasos de Cristóbal Colón. Esos retratos han sido transferidos de su primera estancia á los Museos imperiales de Viena, en época reciente, y aunque todavía inexplorados por los eruditos y los artistas de España, ofrecen un archivo vivo de nuestra Historia nacional, que algún día el empuje que el espíritu moderno de investigación presta á todas las facultades, conducirá indudablemente á hacer en pro de nuestra propia cultura histórica el estudio que reclaman y la reproducción que se impone por medio de la fotografía.

Desde luego ocupó el retrato un lugar preferente en la mansión de los Monarcas españoles, y ya desde el siglo XVI nos certifican Gonzalo Argote de Molina y el doctor Diego Pérez de Mesa, éste, al describir el palacio del Pardo en las inmediaciones de Madrid, en el libro de sus ampliaciones á las *Grandezas de España*, de Pedro de Medina, que en aquel Real Sitio, cuyo magnífico palacio fué obra del Emperador, su padre, formó Felipe II el primer *salón de retratos* que entre nosotros ha existido, en el que no sólo reunió todos los que de familia y aun de sus ministros, como el del secretario Cobos, tenía su augusto progenitor, sino los que él trajo de Inglaterra, los cuales, uno por uno, el ya citado Pérez de Mesa describió y especificó perfectamente. Aunque ni Pérez de Mesa ni Argote de Molina transcriben las imágenes gráficas de estos retratos de la colección de Felipe II en el Pardo, siendo la edición de las *Grandezas de España*, en que su catálogo se publicó, del año 1575, sólo la antecede la publicación, en 1568, de las *Imagines quorundam Principum et illustrium virorum*, editada en Venecia en dicho año, *Bolognini Zalterii formis*. Hasta 1596 no se dió á la estampa la misma colección de retratos de la obra titulada PAULI IOVII, NOVOCOMENSIS EPISCOPI NUCERINI, *Elogia virorum bellica virtute illustrium septem libris, jam olim ab authore comprehensa, et nunc ex ejusdem Musæum ad vivum*

expressis imaginibus exornata (Petri Pernœ typographi, Basil. Opera ac studio). Siendo todavía muy posteriores, es decir, de 1598, así las *Effigies Regum et Principum, eorum scilicet, quorum vis ac potentia in re nautica seu marina præ cæteris spectabilis est: quibus propter materiæ affinitatem adjectæ sunt et imagines præstantissimorum heroum quorum virtus ac solertia in expeditionibus nauticis præcipue claruit*, grabadas *summa diligentia et artificio*, por CRISPINO PASSO ZELANDO (Coloniæ Agrippinæ, anno 1598), como la otra colección, *Cardinalium XII pietate, doctrina, rebusque gestis maxime illustrium imagines et elogia*, dedicadas el mismo año por TEODORO GALLAEO al Príncipe Alberto, hijo del Emperador Maximiliano II, Archiduque de Austria, Cardenal de la Iglesia Romana, Arzobispo de Toledo y Gobernador por el Rey Católico de las provincias belgas (Anticupœs: 1598). Ya estas colecciones, del mismo modo que las *Effigie naturali de i maggiori Principi et piú valerosi capitani di questa età con l'armi loro*, de ANDRÉS VACCARIO (Roma 1599), se dieron la mano con el *Libro de verdaderos retratos de ilustres y memorables varones*, que el pintor preceptista FRANCISCO PACHECO ejecutó en Sevilla en este último año de 1599, el cual lleva á todos los demás que se han citado, y aun á los que se publicaron después, durante todo el siglo xvii, la incuestionable ventaja de que mientras que los retratos que acompañaron á los *Elogios* del Obispo de Nocera, Paulo Jovio, y la mayor parte de los otros eran *imaginarios* y de pura fantasía de sus dibujantes; los de Pacheco fueron todos tomados del natural, no habiendo salido para ejecutarlos ni de la esfera del tiempo en que los hizo, ni del círculo de los hombres eminentes que de cerca conoció y trató en las mismas Academias literarias, para las que en su propio estudio los congregaba.

Reconocida en nuestro siglo de oro la importancia del retrato, no sólo como recuerdo de afectos íntimos y propiedad y destreza del arte, sino hasta como documento histórico de incomparable autoridad, los Austrias reinantes en España les

consagraron ya desde Felipe II un verdadero culto, que Felipe IV afinó mucho más, cuando, al proyectar su palacio del Buen Retiro, consagró la principal de sus salas á verdadero *museo histórico*, primero en su género que se formaba en Europa, en el que las obras de Diego Velázquez de Silva, de Vicente Carducho, de Félix Castello, de Eugenio Caxés, de José Leonardo y de Fray Juan Bautista Mayno, al representar las acciones bélicas en que el valor español seguía imponiéndose en todos los campos de batalla á que nos conducía la universal conflagración de Europa contra nuestro poder, hacía que cada caudillo de aquellas acciones, cada capitán y hasta en lo posible cada soldado fuera el retrato fiel del personaje que representaba. Obediente á esta idea, no fué sólo Velázquez el que, como soldado, se retrató á sí mismo en su famoso cuadro de la *Rendición de Breda*.

Fué, sin duda, un hecho desfavorable para la conservación de tan ricas colecciones iconográficas las frecuentes mudanzas de local que experimentaron, en las cuales unos retratos, no teniéndolo consignadas en el propio lienzo, perdieron la tradición del nombre de los que representaban; otros sufrieron inevitables deterioros, y muchos su pérdida total. De los que Felipe II reunió en el palacio del Pardo, sin duda, subsisten todavía algunos procedentes de las colecciones Reales en nuestro Museo del Prado, pero pertenecen los más á ese considerable número de los que en los *Catálogos é inventarios* se consignan como de personajes desconocidos, sin que hasta ahora el estudio y la erudición hayan encontrado modo de identificarlos y reconocerlos. Ya bajo Felipe III, gran número de los cuadros que constituía la colección primitiva pasaron al Alcázar de Madrid y á otros sitios Reales. Felipe IV, cuya afición á los buenos cuadros de los grandes maestros, le animaron á encarregar á D. Alonso de Cárdenas, embajador de España en Londres, adquirir muchos y á bastante altos precios de la almoneda del rey Carlos I de Inglaterra, y luego en sus expediciones á Italia, á Velázquez, que adquirió buen número de

ellos, así en Roma y Venecia, como en otras ciudades de Italia, acabó de sacar del palacio del Pardo lo que mejor le pareció para Aranjuez, la Casa de Campo, el Buen Retiro y hasta la Zarzuela. Bajo Carlos II se hizo una nueva concentración de obras maestras de pintura en el Palacio de Madrid; mas Felipe V y su segunda mujer, D.^a Isabel de Farnesio, dieron á muchos nueva colocación en su recién construído palacio de la Granja de San Ildefonso, para sufrir nuevos traslados bajo Carlos III, con motivo de la ornamentación interior del nuevo Palacio construído sobre el solar del antiguo de Madrid. Entretanto, unas veces los incendios, otras los regalos, con frecuencia muchas de aquellas obras de tanto interés artístico é histórico, ó se enajenaban ó desaparecían, como sucedió bajo las llamas, en 1671, en el palacio del Escorial, y en 1734 en el Alcázar viejo de Madrid, ó bien con las dádivas de la reina D.^a Mariana de Austria á su privado Fernando de Valenzuela, y con las del rey Carlos IV á su valido el príncipe de la Paz. Los que Valenzuela se llevó volvieron á incorporarse al tesoro artístico de los Palacios Reales, por las providencias de D. Juan de Austria y la diligencia de Juan Carreño de Miranda, encargado de su recuperación. Los que el príncipe de la Paz se llevó á su galeria particular, siguieron la suerte disparatada de todos los demás bienes que le fueron embargados después de su caída, y hecha de ellos general almoneda, hoy se encuentran dispersos, unos en la National Gallery de Londres, otros en la Ermitage de San Petersburgo, muchos en el Louvre, y algunos en los Museos de Viena, de Dresde y de Berlín. Entre estos cuadros hay algunos preciosísimos retratos.

A semejanza de los Reyes, las casas de los Grandes, las salas capitulares de los Obispos, muchas casas conventuales de las Ordenes monásticas opulentas, las Universidades y otros establecimientos análogos, hicieron también sus colecciones iconográficas de los deudos esclarecidos, de los varones eminentes en dignidad y de los hombres superiores en saber, en valor y en virtud. Todavía la casa ducal de Villahermosa cons-

tituye un verdadero Museo de familia, como la de Alba, la de Medinaceli y algunas otras. En la Biblioteca del Escorial puso el mismo Felipe II las imágenes de los grandes sabios de su tiempo, encargándolos él mismo á su pintor de Cámara Alonso Sanchez Coello. Y aunque muchas de estas viejas colecciones se han disipado, ya por la extinción de las órdenes religiosas después de 1834, ya por la ruina de la mayor parte de las grandes casas nobles, ya por la disminución de fortuna de los cabildos catedrales y de las mismas Universidades, otros cuerpos del Estado y otras asociaciones civiles imitan costumbre tan culta y bella, y el retrato siempre se singulariza y se conserva como reliquia de admiración y ejemplo, como testimonio de alto valer y como documento perdurable de la historia. La opulencia los solicita para el ornamento de sus palacios. La codicia los persigue para los lucros de la especulación. Y cuando en el retrato se junta á la superioridad de la ejecución artística, y al nombre afamado del pincel que lo desempeñó, la aureola de la figura que representa, bañada por el brillo de una gran reputación, en cualquiera esfera de la vida general, el que lo posee lo considera como una joya, cuya posesión parece hasta prueba de cultura y de ilustración.

Entretanto, la Historia, que siempre trabaja, que siempre investiga, que siempre depura juicios y hechos, que siempre eleva nombres y define categorías en la inmensa ampliación que se ha impuesto á sus estudios, busca el retrato como un testimonio más de su fe. Por todas partes le adivina, le busca, le colecciona, le compara y define su autenticidad. Y como son insuficientes todos los medios del más opulento Estado para llegar á la posesión de lo que, por una parte, es infinito, y por otra, está tan disperso, tan querido y tan apreciado, donde al retrato, como documento de la Historia, se le reconoce todo el valor intrínseco que tiene, se forman *Juntas de Iconografía*, que, como la creada en España por el Real decreto de 19 de Octubre de 1906, ya que no puede fundar un Museo de las proporciones que esta especialidad exige, se satisface con estable-

cer un *archivo* de reproducciones fotográficas, en las que, ya bajo el orden artístico, ya bajo el puramente histórico, puedan practicarse todos los estudios á que el retrato se presta. ¿Y dónde está el retrato, se dirá, para determinar el radio de acción de estas reproducciones? Cuando en 1855, D. Valentín Carderera emprendió la publicación de su *Iconografía española*, en estampas litografiadas, no se limitó, como los autores de los *Retratos de españoles ilustres* de 1791, que en hermosas láminas grabadas fueran estampadas en la Calcografía nacional por su excelente estampador D. Lázaro Gayguier, á la simple copia de los retratos en lienzo que de los personajes reproducidos poseían algunos particulares; Carderera dilató el radio de su acción á la estatua, al mausoleo, al monumento; pero todavía para el estudio fundamental del retrato, como arte ó como historia, esto era insuficiente. En el Real decreto de 13 de Agosto de 1876, que creó otra *Junta de Iconografía* en todos sus caracteres distintos de los del Decreto de 1906, el simple encargo que se le confiaba era el de *inventariar y recoger en lo posible retratos de españoles ilustres*, sin otra clasificación. Pero el Instituto nacido de la última de estas disposiciones oficiales, en su misma exposición de motivos, después de determinar que es evidente que lo mejor sería poder formar colecciones auténticas de retratos notables por su mérito como obras de arte ó por su interés histórico, ya por adquisición del Estado, ya por donación de sus poseedores, imponiendo á la Junta la misión de investigarlos donde se encuentren, sean pertenecientes á Institutos ó Corporaciones oficiales ó de propiedad particular, de inventariarlos, de reproducirlos y de archivarlos, hace comprensiva la esfera plena de esta investigación á todos los monumentos iconográficos, de cualquier clase y condición que sean, en estatuas, bustos, relieves, medallas, monedas, camafeos, piedras grabadas, pinturas al fresco, al temple, al óleo, grabados, estampas, miniaturas y, en una palabra, toda obra, parte ó fragmento de obra, cualquiera que sea el modo ó procedimiento por que esté ejecutada, donde la

representación de la figura humana arguya que corresponde á una individualidad que se ha distinguido para el digno objeto de la investigación del saber ó del arte.

El espíritu que el legislador de esta Junta ha querido infundir en los vocales á quienes ha sido confiada la ejecución de sus mandatos, es el mismo de que el digno encargado de la *Sección de estampas y de Bellas Artes* de la Biblioteca Nacional de Madrid, D. Angel M. Barcia, parece hallarse imbuído, cuando en el prólogo por él escrito al *Catálogo de los retratos de personajes españoles*, que publicó primero en la *Revista* del Cuerpo de Archiveros Bibliotecarios, á que pertenece, y después en volumen aparte (Madrid, 1901), decía: «Figuran aquí todas las estampas que aparecen como retratos, aunque sean *apócrifos ó enteramente imaginarios*; porque aun en este caso, no pocas veces presentan algún interés y pueden ser útiles, ya por la indumentaria, ya por la inscripción, la firma de sus autores, ó al menos para conocer cómo en determinadas épocas se ha representado aquel personaje; por esto catalogo como retratos las estampas de esculturas, miniaturas de códices, etc., en las que sería desatino querer encontrar verdadero parecido en los sujetos que representan. En general, puede decirse que es inútil buscar retratos de personajes de la Edad Media anteriores al siglo xiv; que de este siglo y el siguiente sólo puede recurrirse á los bustos sepulcrales y á alguna que otra rara escultura decorativa; que en el siglo xv puede hallarse algún retrato pintado, pocos, y en el último tercio del siglo algunos grabados.» De toda esta confesión, sólo aquí conviene consignar que en la opinión de persona de tanta autoridad en la materia como el facultativo Sr. Barcia, en toda colección técnica, archivo ó museo de retratos, los *apócrifos*, los puramente *imaginarios*, hay que reunirlos, dándoles tanta importancia como á los más conocidamente auténticos. ¿Cómo, de otra manera, podrían hacerse eficaces cotejos para definir bien la autenticidad? Cuando en 1892 escribí yo mi libro sobre los *Retratos de Colón*, de que di un avance en número extraordinario de la *Ilus-*

tración Española y Americana, después de haber explorado en todos los Museos públicos de Europa y en el mayor número de los libros publicados sobre Colón en los dos Mundos los retratos que por tales se tenían, los hice reproducir con abundancia y los hice publicar hasta el derroche. Los norteamericanos que vinieron á la Exposición Universal con que en Madrid se celebró la fiesta del IV Centenario del descubrimiento de América, habían hecho un trabajo análogo; pero ellos con un fin negativo y yo con un fin crítico. Yo demostré que había retrato *auténtico* de Colón, y el que yo definí, como tal ha sido admitido así por todo el mundo. Sin el cotejo que presenté á los ojos de todos los inteligentes, no habría podido hacerse aquella depuración. Vea, pues, el Sr. Barcia, para qué sirven en las colecciones técnicas los retratos apócrifos ó enteramente imaginarios.

Imaginario es el tipo del retrato de *Cervantes*, y admitido universalmente como tal, puede contarse en la categoría real de la mayor autenticidad, y es posible que en las iconografías extranjeras se den con otros nombres superiores casos idénticos, sin que haya crítico alguno que se atreva á discutirlos.

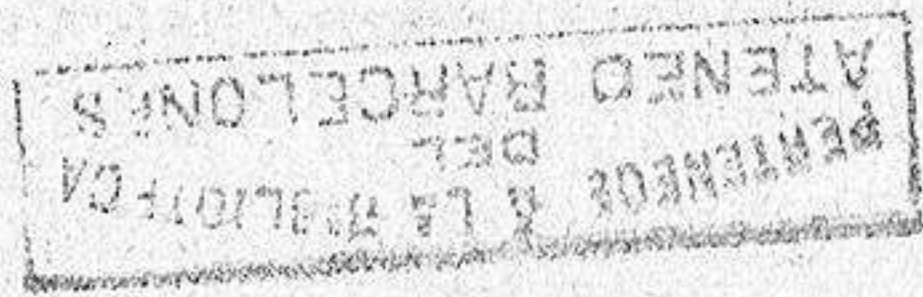
Es insigne la obra de ofrecer al campo de la Historia un archivo documental, en la reproducción del retrato, como la practica la Junta establecida por el Real decreto de 19 de Octubre de 1906. No por haber tenido yo el encargo de hacer prácticas esas reproducciones, durante los tres meses del pasado verano, es decir, durante Julio, Agosto y Septiembre últimos, he de ponderar el fruto de esta labor graciosa, que nos imponemos en pro de la dilatación de la cultura nacional; pero ha de serme lícito lisonjearme de haber presentado en la primera sesión del otoño, como resultado de la comisión que me dió cerca de *dos mil reproducciones fotográficas*, equivalentes á *mil retratos auténticos de españoles ilustres*, en todas las esferas en que se conquiste el honor de este adjetivo, quedando representados en ellos todos los medios artísticos por los que el retrato se produce y se conserva: la moneda, la meda-

lla, el sello, el busto, la estatua, el bajorrelieve, el sepulcro, el monumento conmemorativo, el dibujo, el lienzo, el grabado, la litografía, y á los que necesariamente van en gran parte adjuntos los nombres de todos nuestros grandes artistas antiguos y modernos, como Juan de Juanes, Teodoro Felipe de Liaño, Alonso Sánchez Coello, Juan Pantoja de la Cruz, Vicente Carduccho, el Greco, Eugenio Caxés, Bartolomé González, Juan Bautista Mayno, Francisco Pacheco, Diego Velázquez de Silva, Juan Bautista Mazo, José Leonardo, Zurbarán, Bartolomé Esteban Murillo, Félix Castillo, Claudio Coello, Luis Carreño de Miranda, Palomino, Goya, Maella, Esteve, Carnicero, todos los López, todos los Madrazo, Aparici, Esquivel, Gutiérrez de la Vega, Albo, Gimeno, Casado, Gisbert, Fortuny, Sanz, los Palmaroli, Carderera, Calixto Ortega, Villegas, Rosario Weis, Rosales, Pradilla, Domínguez, Villoda, los dos Ribera, Piquer, Ponzano, Walmitjana, García Hispaleta, Germán Hernández, Bartolomé Maura, Sánchez Pescador, Emilio Sala, los dos Beulliure, Querol, Marinas, Galbán, Maureta, Sorolla, Suárez Llanos y otra multitud.

Así he servido á mi patria, y mi recompensa se reduce á mi propia satisfacción.

JUAN PÉREZ DE GUZMÁN,

De la Real Academia de la Historia.



EL PAÍS DEL PLACER

NOVELA

XXVII

Selden, al ver entrar á Lily, no pudo reprimir un movimiento de sorpresa; pero esperó en silencio á que ella hablase, la cual permanecía también silenciosa, asaltada por una oleada de recuerdos.

Tras un largo rato, Lily empezó á hablar:

—He venido á decirle que lamentaba la manera que tuvimos de separarnos... lo que le contesté aquel día en casa de Mrs. Hatch.

Las palabras afluían espontáneamente á sus labios, y Selden contestó:

—También yo lamenté que nos separásemos de aquella manera; pero tal vez tuve yo la culpa de lo ocurrido... Felizmente, había previsto el riesgo que corría...

—¿De modo que le era á usted igual?—interrumpió ella, en un relámpago de su antigua ironía.

—Lo que pasaba era que estaba dispuesto á sufrir las consecuencias—corrigió él con buen humor.—Pero ya hablaremos de todo esto más adelante. Siéntese al lado del fuego... Tiene usted aspecto de cansancio... siéntese en esa butaca, hágame el favor.

Ella no pareció oírle.

—Quería hacerle saber que dejé á Mrs. Hatch inmediatamente después de haberle visto á usted—dijo Lily, como si continuara su confesión.

—Sí, sí, ya lo sé—asintió él, un poco confuso.

—Y que lo hice porque usted me dijo que lo hiciera. Antes de su visita, había empezado á ver que me sería imposible continuar con ella... por las razones que usted me dió...; pero no quería admitirlo..., no quería dejarle ver que comprendía lo que significaban mis palabras.

—¡Ah! Si... hubiera podido dejar á usted el cuidado de encontrar una puerta de salida... no me abrume usted con el remordimiento de haber actuado de oficioso.

El tono ligero de Selden, en el que, si sus nervios hubieran estado más tranquilos, hubiera reconocido ella el esfuerzo que hacía para franquear un paso difícil, contrastaba con el apasionado deseo que tenía Lily de ser comprendida.

—No, no era eso—dijo...—Yo no he sido ingrata.

Pero el poder de expresarse le faltó por completo; tuvo un temblor en la garganta, y dos lágrimas resbalaron lentamente por sus mejillas.

Selden se adelantó y la tomó una mano.

—Está usted muy fatigada. ¿Por qué no se sienta y me deja que la instale cómodamente?

Avanzó una butaca, hizo sentar á la joven y la puso un almohadón en la espalda.

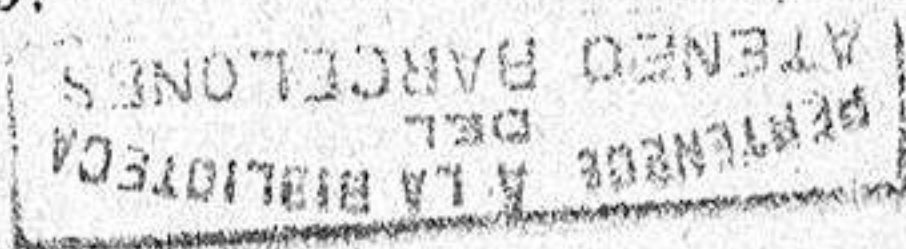
—Y ahora permítame que la haga té; ya sabe usted que mi hospitalidad puede siempre llegar hasta ahí.

Ella movió la cabeza, y corrieron otras dos lágrimas. Pero no lloraba fácilmente, y el largo hábito de dominarse triunfó, aunque todavía estuviera demasiado temblona para poder hablar.

—Verá usted, no necesito más que cinco minutos para hacer que hierva el agua—siguió diciendo Selden, que hablaba como quien se dirige á un niño apenado.

E. M.—Noviembre 1910.

8



Estas palabras revivieron en ella la visión de aquella otra tarde en la que hablaron los dos ante la mesa de té, bromeando sobre el porvenir de ella. Había momentos en que aquel día parecía más alejado que cualquier otro acontecimiento de su vida; y, sin embargo, podía siempre recordarle hasta en sus menores detalles.

Hizo un ademán de negativa.

—No; tomo demasiado té. Prefiero permanecer aquí quieta... Es preciso que me vaya dentro de un momento—añadió con incoherencia.

Selden estaba ante ella, apoyado en la chimenea. La situación iba siendo por todos conceptos embarazosa; una situación de este género no puede salvarse sino por una pronta explosión de sentimientos; y, de parte de Selden, el impulso determinante faltaba todavía.

Este descubrimiento no turbó á Lily como hubiera podido hacerlo en otra ocasión; había traspasado esa zona de reciprocidad, propia de las personas distinguidas, en donde toda demostración debe ser proporcional á la emoción que la provoca, y en donde el exceso de sentimiento es la única generosidad que se condena. Pero la sensación de aislamiento la volvió á sobrecoger con una mayor fuerza cuando se vió para siempre rechazada del sér íntimo de Selden. Ella había ido á verle sin proyecto bien definido; pero la esperanza que vagamente concibiera se manifestó al mismo tiempo que agonizaba.

—Tengo que marcharme—repitió, haciendo un movimiento para levantarse de su butaca.—Pero puede ser que no le vuelva á ver en mucho tiempo, y quería asegurarle que no he olvidado nunca las cosas que me dijo usted en Bellomont, y las cuales, á veces, en los momentos en que menos parecía acordarme de ellas, me han ayudado, me han librado de ciertos errores... me han impedido llegar á ser realmente lo que muchas personas me han creído.

En la fisonomía de Selden se había efectuado un cambio. Al aire de alerta había sucedido una expresión, desprovista

aún de emoción personal, pero que acusaba una grata comprensión.

—Celebro lo que usted afirma; pero, en realidad, nada de lo que yo le dije ha podido contribuir en nada... Solamente usted ha podido hacer algo; solamente usted lo podrá siempre... Y, puesto que es así, ¿qué le importa á usted lo que piensan los demás? Esté usted bien segura de que sus amigos la comprenderán siempre.

—¡Ah! No me diga usted eso... No me diga que sus palabras no han hecho nada. Me parece que me rechaza usted, que me abandona, sola, sola con los otros.

Se puso en pie; su voz recobró la fuerza, miró á Selden gravemente, y añadió:

—Una vez... dos veces... me ofreció usted una salida para evadirme de mi vida, y yo la rechacé... porque era cobarde. Después he visto mi error... he visto que no podría jamás ser feliz con lo que me había satisfecho antes. Pero era demasiado tarde: usted me había juzgado... comprendí. Era demasiado tarde para la felicidad... pero no para hallar una ayuda en el pensamiento mismo de lo que había perdido... De este solo pensamiento he vivido: ¡no me lo quite usted ahora! Hasta en mis peores momentos, ese pensamiento ha sido como una lucécita en medio de las tinieblas. Hay mujeres que son bastante fuertes para valer algo por sí mismas; yo necesitaba ser sostenida por la fe de usted en mí. Sin usted, tal vez hubiera podido resistir á una gran tentación, pero las pequeñas me hubieran abatido... Y luego, recordaba... recordaba que usted me había dicho que una vida semejante no podía satisfacerme; y no me confesaba sin vergüenza que me satisfacía... Eso es lo que usted ha hecho por mí... eso es lo que quería agradecerle. Quería decirle que no he olvidado nunca, y que he procurado... he procurado con todas mis fuerzas...

Se interrumpió bruscamente. Sus lágrimas corrían de nuevo, y, al sacar su pañuelo, sus dedos tocaron el paquetito oculto entre los pliegues de su blusa... Se sonrojó vivamente,

y las palabras expiraron en sus labios. Después alzó los ojos mirando á Selden, y prosiguió con voz alterada:

—He procurado con todas mis fuerzas... pero la vida es difícil, y yo soy un sér completamente inútil. Apenas se puede decir que tenga una existencia independiente... ¿Qué hacer cuando se comprende que no se puede vivir sino en un lugar? Preciso es ó volver á él, ó rodar por ahí... ¡y no sabe usted lo duro que es esto!...

La sangre se manifestó por fin en la piel morena de Selden, pero su emoción se tradujo en un aumento de seriedad.

—Usted tiene algo que decirme... ¿Quiere usted casarse?—dijo bruscamente.

Los ojos de Lily no se turbaron, pero formóse lentamente en ellos una mirada de asombro, como si se sorprendiese interrogándose á sí misma. Tras una pausa, replicó, con una débil sonrisa:

—Siempre me ha dicho usted que sería preciso parar en eso, más ó menos pronto.

—¿Y se encuentra ya usted en el caso?

—Tendré que encontrarme pronto en él. Pero antes tengo que hacer otra cosa. Hay alguien de quien tengo que despedirme... No es de usted... nosotros estamos seguros de volvernos á ver... sino de la Lily Bart, que usted ha conocido. La he tenido conmigo todo este tiempo, pero ahora vamos á separarnos... y se la he traído, voy á dejarla aquí... Cuando me vaya ahora, no saldrá conmigo: no le molestará á usted, no ocupará sitio.

Lily se acercó á Selden y le tendió la mano, siempre sonriente, y sintió vibrar en la de Selden el sentimiento que no había aún asomado á sus labios.

—Lily... ¿no puedo yo ayudarla?—exclamó él.

La joven le miró dulcemente.

—¿Recuerda usted lo que me dijo un día? ¿Que no podía ayudarme sino amándome? Pues bien... usted me amó un momento, y esto me ha ayudado. Siempre me ha ayudado. Pero

ese momento ha pasado... Yo le dejé pasar. Y hay que continuar viviendo. Adiós.

Miráronse ambos con una especie de solemnidad, como si se encontraran en presencia de la muerte. Algo, en verdad, yacía muerto entre ellos: el amor que ella había matado en él y que ella no podía hacer ya que resucitase. Pero algo vivía entre ellos, y brotaba en ella como una llama imperecedera: era el amor que el amor de aquel hombre había despertado, la pasión del alma de ella por el alma de él.

A la luz de esta llama, todo lo demás parecía y se desprendía en ella. Comprendía ahora que no podía irse y dejar á su antiguo «yo» con él: aquel «yo» debía continuar viviendo en compañía de Selden, pero debía continuar perteneciendo á ella.

La solemne pausa fué larga. Por fin, dijo Selden:

—Lily, no hable usted así. No puedo dejarla marchar sin saber lo que tiene usted intención de hacer. Las cosas pueden cambiar... pero no mueren. Usted no puede jamás desaparecer de mi vida.

Ella contestó á su mirada con ojos iluminados:

—No, lo veo ahora. Seamos siempre amigos. Entonces me sentiré segura, suceda lo que quiera.

—«¿Sucedá lo que quiera?»... ¿Qué quiere usted decir que va á suceder?

Ella se volvió lentamente y se dirigió á la chimenea.

—Nada... por el momento... si no es que tengo mucho frío, y que antes de irme, le agradeceré que avive el fuego.

Arrodillóse en la alfombra ante las brasas. Asombrado por el cambio repentino de la voz de la joven, Selden echó maquinalmente unos leños. Al hacerlo, observó la delgadez de las manos y las angulosidades del cuerpo de Lily. Permaneció ésta arrodillada, algunos momentos, en silencio—un silencio que él no se atrevía á romper.—Cuando se levantó ella, creyó ver él que sacaba algo de su blusa y que lo dejaba caer en el fuego; pero apenas se fijó entonces en aquello. Sus facultades

parecían aletargadas, y buscaba en vano la palabra que rompiera el sortilegio.

Ella se le acercó, y poniéndole la mano en los hombros, —Adios—dijo.

Y, al inclinarse él, Lily rozó con sus labios la frente de Selden.

XXVIII

Cuando Lily se encontró en la calle, era ya de noche. Empezó á andar sin tener conciencia de lo que la rodeaba; pero una fuerte sensación de cansancio la hizo comprender que no podía seguir andando. Estaba cerca del parque Bryant, en donde recordó que había asientos. Entró y se dejó caer en uno de ellos, en la plena claridad de un foco eléctrico.

El calor del fuego había huído de sus venas; se dijo que no debía permanecer mucho tiempo sentada, expuesta á la humedad penetrante que subía del asfalto. Pero toda su fuerza de voluntad parecía haberse agotado en aquel último esfuerzo, y se encontraba sumida en la reacción de indiferencia que sigue á todo gasto desacostumbrado de energía. Además, ¿qué es lo que la atraía en su casa? Nada más que el silencio de su triste cuarto, aquel silencio nocturno, á veces más cruel que los ruidos discordantes para nervios fatigados; aquel silencio y el frasco de cloral al lado de su cama. El pensamiento del cloral era el único punto luminoso de la sombría perspectiva; Lily sentíase ya invadida por su influencia calmante. Pero inquietábale la idea de que la poción aquella empezase á perder su eficacia; no se atrevía á abusar de ella. El sueño que la había procurado en aquellos últimos tiempos, había sido más intermitente y menos profundo. ¿Se atenuaría poco á poco el efecto de la droga, como ocurre, á lo que se dice, con todos los narcóticos? Recordaba la advertencia del farmacéutico: no aumentar la dosis. Y temía hasta tal punto una noche de insomnio que continuaba

allí, con la esperanza de que el extremo cansancio reforzaría el poder deprimente del cloral.

De repente oyó cerca una voz:

—Perdóneme... ¿Está usted enferma?... ¡Oh! ¡Si es Miss Bart!

Lily miró; la persona que hablaba era una joven pobremente vestida, con un paquete bajo el brazo. Su rostro tenía ese aspecto de afinamiento enfermizo que producen á veces una mala salud y el exceso de trabajo.

—Usted no se acordará de mí—siguió diciendo;—pero yo la reconocería en cualquier sitio; ¡he pensado tantas veces en usted!... Todos los que me conocen saben de memoria el nombre de usted, respondo de ello... Yo era una de las muchachas del Círculo de Miss Farish; usted me ayudó á irme al campo cuando estaba enferma del pecho. Me llamo Nettie Struther. Me llamaba Nettie Crane, en aquella época, pero supongo que tampoco lo recuerda usted.

Sí; Lily comenzaba á acordarse... El episodio de Nettie Crane, arrancada á tiempo á la enfermedad, fué uno de los incidentes más satisfactorios de sus relaciones con la obra caritativa de Gerty. Quiso contestar, asegurar á la joven que no la había olvidado, pero se inclinó desfallecida.

—¡Miss Bart!—exclamó Nettie Struther...—¿está usted mal?... Apóyese en mí.

—No es nada... ya ha pasado—dijo por fin Lily, y luego añadió:—He sido muy desgraciada... he sufrido mucho...

—¿Usted? Yo siempre la veía á usted en medio de los esplendores... Algunas veces, en mis peores momentos, cuando me llegaba á preguntar por qué están tan malamente arregladas las cosas en este mundo, pensaba que usted, por lo menos, estaba á salvo de todo, y esto me parecía probar que había una especie de justicia en alguna parte... Pero no siga usted aquí sentada... hay una humedad terrible. ¿No se siente usted con fuerzas para andar un poco?

—Sí, sí... Me voy á casa—murmuró Lily levantándose.

Sus ojos permanecían fijos, con asombro, en la pobre figura que estaba á su lado. Había conocido á Nettie Crane como una de las víctimas formadas por el exceso de trabajo y por la anemia de los padres. Pero la débil envoltura de la joven parecía ahora llena de vida, de esperanza y de energía.

—Me alegro mucho de ver á usted—añadió Lily, esforzándose en sonreír con sus labios temblones.—Ahora me tocará á mí pensar en la felicidad de usted... y el mundo me parecerá menos injusto á mí también.

—¡Oh! Pero yo no puedo dejar á usted así... no está usted en estado de ir sola á su casa... Y el caso es que tampoco puedo ir con usted—gimió Nettie, acordándose de pronto de algo.—Mi marido está de servicio en el tranvía esta noche; es cobrador, y la amiga con quien he dejado á mi pequeña tiene que subir á su casa á las siete para preparar la cena de su marido... No le he dicho que tengo una niña... Cumplirá cuatro meses pasado mañana, y, al verla, nadie creería que yo he estado enferma nunca... Daría no se qué porque viera á mi hija, Miss Bart... Vivimos aquí cerca...

Miró á Lily con ojos suplicantes, y añadió en un momento de decisión:

—¿Por qué no tomamos el tranvía, y viene usted á mi casa mientras que arreglo á la niña? Podría usted descansar y después yo la acompañaré á su casa.

Aceptó Lily el ofrecimiento. La casita de Nettie resplandecía de limpia.

—Si no tiene usted inconveniente—dijo su dueña,—estaremos en la cocina; allí hay fuego y se está mejor. ¿Quiere usted que la prepare un poco de café?—siguió diciendo mientras que se ocupaba de los menesteres que requería su hija.—¿No? ¿Prefiere usted permanecer tranquila y descansar un poco?... ¡Qué gusto me da ver á usted aquí!... Lo he soñado tantas veces, que no puedo creerlo... Muy á menudo decía á Jorge: «¡Si Miss Bart pudiera verme ahora!... y leíamos su nombre en los periódicos con las descripciones de sus trajes y diversiones...

Hacía mucho tiempo que no leía nada acerca de usted, tanto que empecé á temer que estuviera usted enferma...

Se interrumpió para hacer unos mimos á la niña y acomodarla en su cuna. Después continuó:

—Cuando me socorrió usted, no solamente me encontraba enferma, sino que era también muy desgraciada... Verá usted... Conocí á un señor allí en donde estaba empleada... No sé si recuerda usted que yo era mecanógrafa en una gran casa de importación... y creí que aquel señor se casaría conmigo; me hizo la corte durante seis meses y me dió el anillo de boda de su madre. Pero sin duda era demasiado para mí: viajaba por la casa y había visto mucho mundo... Las muchachas que trabajan no están vigiladas como ustedes; no siempre saben guardarse á sí mismas. Yo no lo supe... y estuve á punto de morir cuando se marchó él y dejó de escribirme... Entonces fué cuando caí mala. Pero cuando, gracias á usted, me encontré mejor, volví á la vida, y cuando estuve otra vez en Nueva York, Jorge me empezó á rondar y me pidió que me casara con él. Al pronto me pareció imposible, porque nos conocíamos desde niños, y no ignoraba yo que él sabía mi historia. Pero, pensándolo, me dije que esto facilitaría la cosa. Yo no hubiera podido contar mi historia á otro hombre, y no me hubiera casado sin contarla; pero si Jorge me quería tal como yo era, no veía por qué no había de recomenzar mi vida... y la he recomenzado... Pero no pensaba yo charlar tanto, y marear á usted, que está tan rendida...

Lily la replicó afectuosamente, y negándose en absoluto á que Mrs. Struther la acompañara, se despidió, con la promesa de volver para conocer á Jorge y ver á la pequeña de día.

*
* *

Una vez en la calle, se dió cuenta de que se sentía más fuerte y más animosa; aquel pequeño episodio le había hecho bien. Era la primera vez que se encontraba con un resultado de su

fugitiva filantropía, y el asombro que experimentó ante la solidaridad humana alivió á su corazón del frío mortal que la oprimía.

Pero al franquear el umbral de su puerta sintió, por reacción, más profundamente su aislamiento. Era mucho más de las siete, y la luz y los olores que venían del entresuelo probaban manifiestamente que la comida de la casa había empezado. Se apresuró á subir á su cuarto, encendió el gas y se arregló. No quería seguir escuchándose por más tiempo, ni prescindir del alimento porque le fuera desagradable lo que la rodeaba. Puesto que era su destino vivir en una casa de huéspedes, había que adaptarse á las condiciones de esta existencia. Sin embargo, cuando bajó al comedor, se alegró al ver que la comida estaba casi terminada.

De vuelta á su cuarto, apoderóse de ella repentinamente una actividad febril. En todas aquellas últimas semanas había sido muy indolente y muy indiferente para poner en orden lo que la pertenecía; pero hoy empezó á examinar cuidadosamente el contenido de sus cajones y de su armario. Quedábanle todavía algunos magníficos trajes—restos de la última fase de su esplendor en la *Sabrina* y en Londres;—de cada pliegue se desprendía un recuerdo; se sorprendió al ver cómo la envolvía el recuerdo de su antigua vida. En último término apareció el traje Reynolds que llevó, la noche de los cuadros vivos, en casa de los Bry... Volvió á guardar los trajes, uno á uno, metiendo con cada uno de ellos algún rayo de luz, el eco de alguna risa, algún recuerdo del país del placer. Hallábase aún en un estado de extrema impresionabilidad; cada alusión al pasado vibraba á lo largo de sus nervios.

Acababa de guardarlo todo, cuando oyó llamar á la puerta, y la criada irlandesa le entró una carta. Lily se apresuró á abrir el sobre, cuya letra desconocía, y apareció ante su vista un papelito de color en medio de una carta. El papelito era un cheque que representaba el total del legado de Mrs. Peniston, y la carta explicaba que los ejecutores testamentarios ha-

bían arreglado los asuntos pendientes antes de lo que esperaban, y habían decidido anticipar el pago de la herencia.

Lily se sentó ante el pupitre colocado al pie de su cama, y extendiendo el cheque, leyó y releyó los «diez mil dólares» inscritos allí por la mano de un hombre de negocios. Diez meses antes, aquella suma le hubiera representado las profundidades de la penuria; pero su escala de los valores había cambiado en el intervalo, y ahora aparecían en cada rasgo de pluma visiones de riqueza. Como continuara mirando el cheque, sintió que el brillo de aquellas visiones se le subía á la cabeza, y, al cabo de un momento, guardó la fórmula mágica en el pupitre. Era más fácil pensar, sin tener delante aquellas cifras que danzaban ante los ojos, y Lily tenía mucho que pensar antes de dormirse.

Abrió su libro de cuentas y su cuaderno de cheques, y se sumió en cálculos tan ansiosos como los que prolongaron su velada en Bellomont, la noche en que resolvió casarse con Percy Gryce. La pobreza simplifica la teneduría de libros, y su situación económica era más fácil de establecer que entonces; pero no había aún aprendido á gobernar su dinero, y durante su corta fase de lujo en el Emporium, habíase de nuevo deslizado á hábitos de extravagancia que rompían el equilibrio de su reducido presupuesto. Un examen cuidadoso de su cuaderno, del libro de notas y de las cuentas por pagar, le hizo ver que, una vez saldadas éstas, apenas la quedaría con qué vivir en los tres ó cuatro meses siguientes; después, si persistía en su presente modo de existencia, sin ganar ningún dinero suplementario, tendría que reducir todos los gastos accidentales á cero. Se tapó los ojos estremeciéndose.

No era, sin embargo, la visión de la pobreza material lo que más la espantaba. Tenía el sentimiento de un empobrecimiento más profundo, de una inopia más íntima, á cuyo lado las condiciones externas se hacían insignificantes. Ciertamente era deplorable ser pobre, entrever una edad madura, mediocre é inquieta, que llevaba por grados, por un lúgubre pro-

greso en la economía y el sacrificio, hasta la absorción total en la vida mundana y colectiva de una pensión de familia. Pero había algo más deplorable todavía: era la soledad que se apodera del corazón, la sensación de sentirse arrebatada como un tronco desarraigado, vagabundo, para descender por el surco indiferente de los años. He aquí el sentimiento que la poseía en aquel momento, el sentimiento de que era algo efímero sin raíces, un objeto movedizo en la superficie vertiginosa de la vida. Y echando una ojeada retrospectiva, reconoció que en ningún tiempo había tenido relaciones directas con la realidad. También sus padres se vieron desarraigados, zarandeados por los torbellinos de la moda, sin existencia personal para ampararse contra los cambios de viento. Ella misma había crecido, sin que ningún rincón de tierra le fuera más querido que otro; no tenía ningún centro de primeras piedades, ninguna tradición grabada y animada, adonde su corazón pudiese volver, y de donde pudiera sacar fuerzas para sí y ternura para los otros.

Jamás se había ofrecido á Lily la visión de solidaridad. Tuvo de esto un presentimiento en los movimientos ciegos de su juvenil instinto; pero contra él prevalecieron las influencias disolventes de la vida que se llevaba en torno de ella. Todos los hombres y todas las mujeres que conocía se asemejaban á átomos que girasen lejos el uno del otro en una loca danza centrífuga; su primera visión, sobre la continuidad de la vida, la tuvo, aquella misma noche, en la cocina de Nettie Struther...

Se hacía tarde, y una inmensa laxitud la invadió de nuevo. No era la sensación del sueño próximo, sino una fatiga despierta, animada, una lucidez pálida en la que todas las posibilidades de lo futuro se proyectaban en sombras gigantescas. Asustábale la intensa claridad de esta visión; parecía haber atravesado el velo misericordioso que separa la intención del acto; veía exactamente lo que haría en los largos días de lo porvenir. Pensaba, por ejemplo, emplear el cheque que tenía en su pupitre en pagar á Trenor; pero prevía que una vez lle-

gada la mañana lo aplazaría, y se acostumbraría poco á poco á soportar aquella senda. Este pensamiento la aterrorizó; temblaba caer de la altura en que la había puesto el último minuto pasado con Lawrence Selden. ¿Pero cómo tener confianza en sí misma? Conocía la fuerza de los instintos adversos, sentía las innumerables manos de la costumbre que la tirarían hacia atrás, arrastrándola á algún nuevo compromiso con el destino. Experimentaba un deseo intenso de prolongar, de perpetuar la exaltación momentánea de su espíritu...

Se inclinó bruscamente, y sacando el cheque, lo metió en un sobre, en el que escribió las señas de su banquero. Después hizo un cheque á nombre de Trenor, lo puso sin una palabra de explicación en otro sobre, en el que escribió aquel mismo nombre, y puso los dos pliegos juntos sobre el pupitre. Después, siguió arreglando papeles y escribiendo, hasta que el silencio absoluto de la casa la advirtió lo avanzado de la hora. En la calle había cesado el rodar de los coches, y el ruido del metropolitano no se oía sino á largos intervalos en aquella profunda calma. En la misteriosa y nocturna separación de todos los signos exteriores que manifiestan la vida, sintióse Lily como sumida en su destino. Esta sensación hizo oscilar su cerebro; el terrible silencio y el vacío eran como símbolos de su porvenir; parecíale que la casa, la calle, el mundo, todo estaba desierto; que ella sola permanecía dotada de sentimiento en medio del universo inanimado.

Pero esto era un estado próximo al delirio; nunca había estado tan cerca del vértigo... Necesitaba dormir; recordó que no había pegado los ojos desde hacía cuarenta y ocho horas. El frasquito estaba allí, pronto á esparcir en ella su encanto mágico. Se desnudó á escape, no deseando ya otra cosa que el contacto de la almohada. Experimentaba una fatiga tan profunda, que pensaba dormirse en seguida; pero en cuanto estuvo acostada, entró en juego cada uno de sus nervios. ¿Y qué droga podía apaciguar aquella legión de nervios rebelados? La sensación de agotamiento hubiera sido dulce tras aquella fu-

riosa conmoción de actividad; pero la laxitud había huído de la joven como si la hubieran inyectado en las venas algún cruel estimulante.

Y todavía podía soportar esto; pero ¿qué fuerza le quedaría al día siguiente? Era preciso que tomase un baño de olvido, por corto que fuese. Alargó la mano, y contó las gotas que caían en el vaso; pero mientras que lo hacía, pensaba que aquellas gotas no tendrían poder contra la lucidez sobrenatural de su cerebro. Desde hacía ya mucho tiempo, había aumentado la dosis hasta el extremo límite, pero aquella noche sentía que era necesario aumentarla más. No ignoraba que corría un ligero riesgo al hacerlo: se acordaba de la advertencia del farmacéutico. Si el sueño acababa por llegar, sería tal vez un sueño sin despertar. Pero, después de todo, aquello no era más que una probabilidad por ciento: la acción del narcótico no se podía calcular, y la adición de algunas gotas á la dosis regular no haría probablemente otra cosa que procurarle el reposo que tan desesperadamente necesitaba...

A decir verdad, no examinó muy detenidamente la cuestión: el deseo físico de sueño era el único fenómeno que persistía en ella. Su espíritu se sustraía al resplandor del pensamiento tan instintivamente como los ojos se contraen en presencia de una luz deslumbradora; la oscuridad, la oscuridad, he aquí lo que necesitaba á toda costa. Se incorporó en la cama y bebió el contenido del vaso; después apagó la luz y se tumbó.

No se movía, acechando, con un placer sensual, los primeros efectos del soporífico. Conocíalos de antemano: la cesación gradual de los latidos, la grata proximidad del estado pasivo, como si una mano invisible hiciera sobre ella pases mágicos en las tinieblas. La lentitud misma y la vacilación del efecto aumentaban su fascinación: era delicioso inclinarse y mirar los negros abismos de lo inconsciente. Aquella noche, el narcótico parecía obrar más lentamente que de ordinario: cada una de las desordenadas pulsaciones hubo de ser calmada á su

vez, y pasó mucho tiempo antes de que Lily las sintiese extinguirse, como centinelas que se duermen en su puesto. Pero poco á poco apoderóse de ella un sentimiento de sumisión completa, y preguntóse lánguidamente qué es lo que había podido inquietarla y excitarla hasta tal punto. Veía ahora que no había razón para excitarse así: había vuelto á la visión normal de la existencia. El día siguiente no sería tan duro, después de todo; estaba segura de que tendría la fuerza de afrontarlo. No recordaba muy bien lo que la había asustado de aquel día siguiente, pero ya no la atormentaba la incertidumbre. Había sido desgraciada, y ahora era feliz; habíase sentido sola, y ahora la sensación de soledad había desaparecido.

Se movió una vez, y se volvió de lado; entonces comprendió por qué ya no se sentía sola. Era raro... pero tenía acostado en su brazo al niño de Nettie Struther; sentía la presión de la cabecita sobre su hombro. No sabía cómo se encontraba allí el niño, pero no la sorprendía gran cosa; no experimentaba más que un dulce y penetrante estremecimiento de calor y placer. Tomó una posición más cómoda, doblando su brazo para que le sirviese de almohada á la cabecita del niño, y continuó la respiración para no turbarle en su sueño.

Mientras tanto, pensó que había algo que tenía que decir á Selden; había encontrado la palabra que iluminaría la vida entre ellos. Trató de repetir esta palabra, que flotaba vaga y luminosa en la frontera de su pensamiento; temía no acordarse de ella al despertar... Con tal de que pudiera acordarse y decírsela, sintió que todo iría bien...

Poco á poco, la idea de la palabra se desvaneció, y el sueño comenzó á envolverla. Resistió débilmente; ¿no debía permanecer despierta á causa del niño? Pero este mismo sentimiento se perdió pronto en la sensación confusa de un amodorramiento apacible, á través del cual brotó de repente un sombrío relámpago de terror y de soledad.

Incorporóse otra vez, fría y temblorosa; por un momento,

le pareció que había soltado al niño. Pero no... se engañaba... la tierna presión del cuerpecito persistía en ella; el calor volvió á circular en sus venas, cedió, se durmió...

XXIX

La mañana siguiente amaneció dulce y brillante; flotaba una promesa de verano en el aire. La luz del sol enfilaba alegremente la calle de Lily, revocaba la fachada leprosa de la casa, doraba el enverjado despintado de su puerta, y hacía que se juntasen todas las glorias del prisma en los cristales de las ventanas.

Cuando un día así coincide con nuestro humor, hay como una embriaguez en su aliento, y Selden, que seguía con paso rápido la calle, todavía sucia á la hora aquella, sentía palpitar en él un juvenil espíritu de aventura. Había cortado las amarras que le sujetaban á las playas familiares de la costumbre, y se había lanzado á los mares desconocidos de la emoción. Todos sus antiguos métodos estaban abandonados, su carrera seguía por nuevos astros.

Esta carrera, por el momento, no tenía otro objetivo que la casa de Miss Bart; pero aquella miserable puerta habíase convertido de pronto en el pórtico de lo Desconocido. Al acercarse, Selden alzó los ojos hacia la triple fila de ventanas; preguntábase, como un niño, cuál sería la de Lily. Eran las nueve, y la casa, habitada por trabajadores, mostraba ya una fachada despierta. Recordó, después, haber observado que no estaba echada más que una sola persiana. Observó también que había un tiesto de pensamientos en una de las ventanas, y dedujo en seguida que aquella ventana debía de ser la suya; era inevitable que estableciese una relación entre ella y la única nota de belleza que hubiese allí.

Las nueve eran una hora muy temprana para hacer una visita, pero Selden no se preocupaba ya de sus ritos conven-

cionales. No sabía más que una cosa: que necesitaba ver á Lily Bart en seguida; había él encontrado la palabra que quería decirle, y esta palabra no podía esperar. Era raro que no se le hubiese ocurrido antes, que hubiera dejado marchar á Lily, el día anterior, sin ser capaz de pronunciarla. ¿Pero qué importaba, puesto que había lucido un nuevo día? No era una palabra de ocaso, era una palabra de aurora.

Selden tiró alegremente de la campanilla; pero, aun en su estado de absorción, le sorprendió ver que la puerta se abría tan pronto. Sorprendióle más aún el ver, al entrar, que le había abierto Gerty Farish—y que tras ella, en agitada confusión, se perfilaban otras varias caras de mal augurio.

—¡Lawrence!—exclamó Gerty con voz rara.—¿Cómo has podido llegar tan pronto?

Y la temblorosa mano que puso en él le pareció que en el acto le apretaba el corazón.

Observó las otras caras, vagamente asustadas é intrigadas á la vez. Vió la imponente figura de la propietaria que avanzaba hacia él con aire profesional; pero Selden retrocedió, alzando la mano, mientras que sus ojos miraban la escalera sombría, por la que tenía la certeza de que su prima quería conducirle.

Una voz en el fondo dijo que el doctor podía volver de un momento á otro, y que no se debía perturbar allá arriba.

Otra persona murmuró:

—Y es una suerte que...

Luego Selden sintió que Gerty le cogía suavemente de la mano, y que les permitían subir solos.

Subieron en silencio los tres pisos y siguieron el pasillo hasta una puerta cerrada. Gerty abrió la puerta, y Selden entró detrás. Aunque la persiana estaba echada, el irresistible sol derramaba el oro de una luz suave en la habitación, y Selden percibió una cama estrecha, á lo largo de la pared, y, en aquella cama, unas manos inmóviles y un rostro tranquilo, la imagen de Lily Bart.

Todo el sér de Selden negaba con ardor que fuese verdaderamente ella. La verdadera Lily se había apoyado, palpitante, en el corazón de él, algunas horas antes; ¿que tenía que ver con aquel rostro extraño é inmóvil que, por primera vez, no palidecía ni se animaba á su llegada?

Gerty, singularmente tranquila, también ella, con la sangre fría consciente de una persona que ha asistido á muchos dolores, permanecía junto á la cama, hablando con dulzura como si transmitiese un mensaje supremo.

—El doctor ha encontrado un frasco de cloral... dormía mal desde hace mucho tiempo, y habrá tomado por equivocación una dosis demasiado fuerte... No hay ninguna duda en esto... ninguna duda... no intervendrá el Juzgado... el doctor ha sido muy bueno. Le he dicho que tú y yo nos alegraríamos de que nos dejasen solos con ella... para examinar sus asuntos antes de que venga ninguna otra persona... Sé que eso es lo que hubiera ella deseado.

Selden apenas se enteraba de lo que oía. En pie, no apartaba los ojos de la cara dormida que parecía puesta como una careta delicada y sutil sobre las facciones vivas que él había conocido. Sentía que la verdadera Lily estaba todavía allí, cercana á él, pero invisible, no obstante, é inaccesible; y la tenuidad misma del obstáculo puesto entre ellos le convencía de una impotencia irrisoria. Nunca había habido entre ellos sino un ligero, un impalpable obstáculo, y, sin embargo, ¡él había permitido que aquel obstáculo los separase! Y ahora, aunque pareciese más frágil que nunca, se había hecho de repente tan duro como el diamante, y él, Selden, no podía hacer otra cosa que romper vanamente su vida contra semejante obstáculo.

Había caído de rodillas junto á la cama, pero Gerty le tocó. Levantóse, y quedó sorprendido ante la extraordinaria claridad que irradiaba el rostro de su prima.

—Ya comprendes lo que el médico ha ido á hacer. Ha prometido que no habrá molestias... pero claro está que las for-

malidades siguen su curso. Y le he rogado que nos dé tiempo para arreglar las cosas.

Él asintió con la cabeza, y ella dirigió una ojeada al cuarto pequeño y desnudo.

—No será largo—añadió ella.—No... no será largo.

Gerty miró otra vez á la cama, y se dirigió en silencio hacia la puerta. En el umbral se detuvo para decir:

—Abajo estoy, si me necesitas.

Selden hizo un movimiento.

—Pero ¿por qué te vas? Ella hubiera deseado...

Gerty meneó la cabeza con una sonrisa.

—No; esto es lo que hubiera deseado.

A través de su anonadamiento, hízose luz en el espíritu de Selden, y vió profundamente en las cosas ocultas del amor.

Se cerró la puerta, y se quedó él solo con la durmiente inmóvil que yacía allí. Su instinto le impulsaba á volver al lado de ella, á arrodillarse, á apoyar su cabeza palpitante en la mejilla inmóvil, en la almohada. Jamás habían estado tranquilos juntos; y ahora sentíase atraído por ella á las extrañas y misteriosas profundidades de la tranquilidad en que ella estaba.

Pero recordó la advertencia de Gerty; aunque el tiempo se hubiese detenido en aquella habitación, reanudaba ya implacablemente su marcha. Gerty había dado á Selden aquella media hora suprema; debía emplearla según sus deseos.

Miró en rededor. Había muy pocos muebles en la habitación. Sobre la pobre cómoda se extendía un tapete de encaje, y encima se encontraban algunos frascos y cajitas de cierres dorados, una borla de color de rosa, una bandeja de cristal con peinetas y alfileres; retrocedió ante la intimidad punzante de aquellos objetos.

No había ningún otro testimonio de la personalidad de Lily en aquella habitación, sino la escrupulosa limpieza que reinaba en todo. Sobre la mesilla de noche veíanse un vaso y el frasco vacío del cloral; también de estos objetos apartó Selden los ojos.

El pupitre estaba cerrado, pero encima había dos cartas, de las que se apoderó. La una llevaba las señas de un banquero, y, como estaba lacrada, Selden, tras un momento de vacilación, la puso aparte. En la otra leyó el nombre de Gus Trenor, y el sobre no estaba cerrado.

La tentación le asaltó brusca. Tambaleóse y tuvo que apoyarse en el pupitre. ¿Por qué había escrito á Trenor?... escrito, sin duda, precisamente después de haberle dejado á él la víspera. Este pensamiento profanaba el recuerdo de la última hora que habían pasado juntos; mofábase de la palabra que él había venido á pronunciar, y mancillaba hasta el silencio de reconciliación en que aquella palabra caía. Selden se sintió arrojado á todas las dudas, de las que había creído librarse para siempre. Después de todo, ¿qué sabía él de la vida de ella? Solamente lo que ella había querido mostrarle; poca cosa. ¿Con qué derecho—la carta que tenía en la mano parecía preguntárselo,—con qué derecho entraba hoy él en las confidencias de ella por la puerta que la muerte había dejado abierta? Su corazón gritaba que con el derecho de la última hora que habían vivido juntos, puesto que esa hora Lily misma le había entregado la llave. Sí... ¿pero y si la carta para Trenor había sido escrita después?...

Apartó aquella carta con un repentino terror, y, apretando los labios, abordó resueltamente el resto de la tarea. Después de todo, esta tarea sería más fácil, ahora que su participación personal se encontraba anulada.

Abrió el pupitre, y encontró un libro de cuentas, un cuaderno de cheques y algunos fajos de facturas y cartas arregladas con la precisión ordenada que caracterizaba todos los hábitos personales de Miss Bart. Recorrió primeramente las cartas, porque era lo más penoso de su tarea. Eran poco numerosas y sin importancia; pero entre ellas encontró, con una extraña palpitación de corazón, las líneas que él le escribió al día siguiente de la fiesta de los Bry.

«¿Cuándo puedo ir á verla?...» Estas palabras le abruma-

ron bajo el sentimiento de la cobardía que le alejó de ella en el momento mismo en que estaba á punto de alcanzarla... Sí, él había tenido siempre miedo de su destino, y era demasiado leal para negar ahora su cobardía; ¿no habían resucitado todas sus antiguas dudas solamente á la vista del nombre de Trenor?

Continuó el examen.

Con gran sorpresa, descubrió en todas las cuentas esta anotación, de mano de Lily: «Pagada.» Abrió el libro de notas, y vió que, la víspera por la noche, había sido inscrito un cheque de diez mil dólares, procedente de los ejecutores testamentarios de Mrs. Peniston. Así, pues, la manda se había pagado antes de lo que Gerty le hizo suponer. Pero, volviendo páginas, descubrió con asombro que, á pesar de esta reciente entrada de fondos, el balance estaba ya reducido á unos cuantos dólares. Una ojeada rápida sobre los talones de los últimos cheques, que todos llevaban la fecha de la víspera, le hizo ver que unos cuatrocientos ó quinientos dólares del legado se habían empleado en saldar aquellas cuentas, mientras que todo lo demás estaba comprendido en un solo cheque, con la misma fecha, á nombre de Carlos Augusto Trenor.

Selden apoyó los codos en el pupitre y se tapó la cara con las manos. ¿Explicaba el misterio el cheque, á nombre de Trenor ó no hacía más que profundizarlo? Al pronto, el espíritu de Selden se negó á funcionar, no percibiendo otra cosa que lo equívoco de una transacción semejante entre un hombre como Trenor y Lily Bart. Después, gradualmente, se fué haciendo luz en su cerebro; recordó antiguos rumores y alusiones, y, con las insinuaciones mismas, que temió en su tiempo comprobar, logró constituir una explicación del misterio. Era cierto, por lo tanto, que ella había aceptado dinero de Trenor; pero cierto también, como lo declaraba el contenido del pupitre, que aquella obligación le había sido intolerable, y que en la primera ocasión se había redimido de ella, aunque al hacerlo se encontrase frente á frente con la pobreza absoluta.

Esto era todo lo que él sabía, todo lo que era dable desen-

trañar de la historia; los labios mudos que veía allí, próximos, se negaban á confesarle más—á no ser que se lo hubieran dicho todo en el beso que pusiera sobre su frente.—Sí, él podía ahora leer en aquel adiós todo lo que su corazón aspiraba á encontrar; podía hasta sacar de ello el valor necesario para no acusarse de no haber estado á la altura de la ocasión que se había ofrecido.

Veía que todas las condiciones de la vida habían conspirado para tenerlos separados. Pero, por lo menos, él la había amado, había estado dispuesto á jugarse su porvenir sobre la fe que tenía en ella, y si el destino quiso que la hora favorable pasara, sin que de ella pudieran apoderarse, veía ahora que para ambos aquella hora se había salvado de la ruina de sus existencias.

Este amor de una hora, este triunfo fugitivo sobre ellos mismos, era el que les había librado de la atrofia y de la extinción; el que, en ella, se había vuelto hacia él en todas las luchas contra la influencia del medio, y, en él, había mantenido viva la fe que le llevaba persistente y reconciliado á la cabecera del mortuorio lecho.

Arrodillóse y se inclinó sobre ella, agotando hasta la hez de aquel último momento; y, en medio del silencio, pasó entre ellos la palabra que lo esclarecía todo.

EDIT WHARTON

FIN DE LA NOVELA

AÑORANZAS DE GRANADA

TRADICIONES INÉDITAS: EL ALBERCÓN DEL NEGRO—AINADAMAR—
EL CRISTO DE LOS FAVORES

Era allá, en el verano de 1875.

Desde Sevilla y Córdoba, cierta Comisión oficial habíame llevado á las márgenes pintorescas del Genil y del Darro, que tantos encantos y tan apacibles recuerdos tenían y siguen para mí teniendo; y como la parte principal de mi cometido entonces la constituía precisamente la Alhambra, á fin de estar más cerca de la morada incomparable de los Sultanes de Granada, desde luego me instalé en el *Hôtel de los Siete Suelos*, el cual era á la sazón acreditada propiedad del industrial Gadea, y residencia de no pocos *touristes* y aun veraneantes.

Para aquellos que conozcan la famosa ciudad de Boabdil, no creo necesario indicar que el expresado *Hôtel*, desde aquella fecha á acá muy modificado, se halla deliciosamente establecido al pie de las poéticas ruinas de la legendaria *Torre de los Siete Suelos*, en la parte alta de la empinada calle central de frondosos álamos que sube desde la *Puerta de las Granadas*, y va directamente y siempre en sombra, por aquel espléndido bosque de la Alhambra, hasta el denominado *Campo de los Mártires*, dando frente el dicho *Hôtel* al hermoso *Carmen* que en mis tiempos se llamaba *de Calderón*, como continuá llamándose, y al *Hôtel Washington Irving*.

Bajo el tupido pabellón hojoso, acariciado blandamente por la brisa, y formado no con grande arte en la porción más próxima á las mencionadas ruinas, en aquel lugar, transformado sin esfuerzo en jardín, y en mesitas aisladas y repartidas entre el follaje, tomaba al aire libre la población flotante de viajeros y *touristes* el almuerzo en animados grupos. Con el clásico *sombrero de catite*, ya harto raído, sobre las enmarañadas guedejas cenicientas; su alto y amojamado cuerpo, indumentado con el traje típico, en que no faltaban los botines de cuero; el rostro denegrado, surcado de arrugas que se entrecruzaban como las veredas en el monte, y adornado únicamente por las blancas y envedijadas patillas *de boca de jacha*; su *chivata* en la derecha mano; su perezoso andar; su extraña apostura, que debió de ser gentil en las lejanas mocedades, y su habla gutural y ceceosa, solía hacernos cuotidiana visita á semejante hora aquel gitano característico que debe ya haber muerto tiempo hace, aquel *Pepe Heréria*, como él pronunciaba su nombre, rey de los gitanos de la Alhambra, y solícito asediador de los concurrentes y comensales del *Hôtel de los Siete Suelos* y del de *Washington Irving*, quien, con aire truanesco y expresión maliciosa, pedía sólo algún *sigarrico*, si antes no se lo habían ofrecido, amén de las monedas que de limosna le daban compasivos y con frecuencia los viajeros.

Entreteníanos con la garrulería de su charla especial y pintoresca durante un rato aquel resto caduco de la pasada majeza gitanesca, que se jactaba de conocer, como nadie hasta entonces, los secretos y las maravillas de la Alhambra y de Granada entera, y nos contaba disparatados y estupendos lances de todos tiempos, barajándolos sin conciencia, y no siempre decorosos, los cuales forjaba torpemente con retazos más ó menos conocidos, siendo en ocasiones necesario atajar su lengua, que desbordaba al fin en insípidas obscenidades.

Uno de los días en que, como de costumbre, acudió á la hora del almuerzo el arqueológico rey de los gitanos *Pepe Heréria*, hablóse entre los comensales de las tradiciones y conse-

jas de la Alhambra, y, con justísima razón, fueron sobre todas ponderadas las que refiere el norteamericano Washington Irving, por su sabor oriental y la galanura y la fantasía de que hizo alarde en ellas aquel extranjero, á quien no igualan, ni con mucho, los tradicioneros granadinos.

Sonreíase al escucharnos el soberano de la gitanería alhambrena con aire de desdeñosa superioridad; y, al fin, no pudiendo contenerse, interrumpió la plática, exclamando:

—¿Ostés no conosen el *Albercón del Negro*? ¿Ostés no saben por qué se llama así, ni lo que allí pasó jace miles de años, cuando Granáa era de moros? ¿Lo dise alguno de esos caballeros que han mentao? ¿Lo sabe alguien? Pus yo lo voy á contá, porque lo sé lo mesmo que ostés el *Paere nuestro*; como que lo que pasó ayí, lo vido mesmamente quien se lo contó á uno de mis agüelos, y éste á sus chusqueles, y ansina desde entonces sa vinío roando la historia por la familia, guardá de tós como cosa propia. Jáganse ostés cuenta que lo van á vé tamién, en cuantico que yo se lo desplique.

Volvímonos todos hacia el gitano; y estimulándole con un buen vaso del vino que había encima de la mesa y un cigarrillo que encendió después con fruicción,

—Ea, pues, empiece usted—le dije.

Y sin más, con el incentivo de la propina que le valían siempre sus cuentos, *el señó Pepe Heréria* dió principio á su narración, la cual voy á extractar conforme la recuerdo al cabo de tantos años, aligerándola de detalles, que no creo necesarios, y limpiándola de las chocarrerías maliciosas con que la adornó aquel hombre.

EL ALBERCÓN DEL NEGRO

Hay con efecto, no lejos del *Cerro del Sol*, en los altos del *Generalife* y por cima del actual *Cementerio*, en la ladera de pequeña y pedregrosa eminencia de pobre vegetación salvaje, las ruinas de grande y rectangular depósito de aguas, el mayor

de cuantos en aquellos parajes son conocidos, pues mide nada menos que 40 metros de longitud, cerca de 18 de latitud y dos de fondo actualmente. Nombre lleva tradicional de *El Albercón del Negro*; y aunque en su estructura y apariencias nada de particular ofrece, cuéntase de él, con todo, que cuando en tiempos indeterminados, Granada era población musulme, y existía aún el magnífico *Palacio de Darlarosa* (*Dar-al-ârosa* ó *Palacio de la prometida*),—aquella espaciosa alberca, hoy en tal estado de ruina, constituía por sí una de las predilectas recreaciones del *Palacio*, y se mostraba de manera muy distinta de la actual, en medio de cultivados jardines deleitosos, y de tal suerte rodeada por copudos y frondosos árboles, que las ramas, estrechamente enlazadas, tejían sobre ella flotante bóveda de verdura.

Muy hermosa princesa, tan joven, tan perfecta y tan llena de hechizos, que no sino una de las eternas vírgenes del paraíso de Mahoma parecía, vivía alegre y contenta en la morada verdaderamente espléndida de *Darlarosa*, esperando el momento, tan anhelado como solemne, de sus bodas con el sultán granadino, quien, como parte de la dote, había regalado á la princesa, con sus encantados verjeles el *Palacio*, el cual tomó de su condición de prometida (*âros*), el nombre con que era conocido por las gentes.

Llamábase *Sorúr-as-samá*, *Placer de los cielos*, la prometida del sultán, y nunca llevó mujer nombre más propio. Hija única era de uno de los sultanes más poderosos del Africa, y al desembarcar llena de emoción poco tiempo antes en Algeciras, la suerte quiso que su prometido, el sultán de Granada, se hubiese visto obligado á marchar precipitadamente á la frontera, para combatir á los cristianos, que amenazaban invadir su reino, por cuya causa no pudo en persona recibirla como deseaba.

Las hadas bienhechoras, que concurrieron al nacimiento de la princesa, habíanla dotado de todas las perfecciones apetecibles del cuerpo y del espíritu; pero los astrólogos de la corte

de su padre, consultados al propósito, amargaron la alegría del sultán africano al nacer la bella *Sorúr-as-samá*, prediciendo sería víctima del amor de un hombre, si ántes no contraía matrimonio. Por esta razón, habíase criado encerrada como en un estuche, en los labrados aposentos de uno de los palacios más distantes de la capital, y allí, al cuidado de su ama *Fadhilat* (Virtud), creció ignorante del mundo la princesa, guardada por gran número de soldados y servidores de ambos sexos, á quienes estaba prohibido, bajo pena de la vida, ni alejarse del palacio, ni consentir en él la entrada á nadie.

No turbó acontecimiento alguno la dulce tranquilidad de los primeros años de *Sorúr*, y así llegó á abrir espléndido el capullo de aquella flor maravillosa de hermosura y gentileza, cuyo aroma nadie había podido aspirar aún; y cuando, concertadas paces entre el granadino y el africano, como prenda de amistad y de concordia, solicitó el primero del segundo la mano de la princesa, apresuróse éste á concedérsela gozoso, viéndose á su hija salvada así del peligro de la fatídica predicción, y acompañada de la fiel *Fadhilat*, de esclavas, y de eunucos y soldados, llegó la princesa al puerto de Algeciras en la ocasión citada.

Poco tiempo faltaba ya para que el sultán granadino regresara triunfante y cargado de botín á su corte, deseoso de conocer á la princesa, por quien sentía latir su corazón apasionado, y por quien suspiraba tiernamente. Háiale, entretanto, y como prueba de su cariño, enviado desde las fronteras ricos y numerosos presentes, que ella recibió conmovida, y entre los cuales figuraba una hermosa doncella cristiana, hecha en una expedición cautiva, y quien logró captarse cariñosa desde el primer momento las simpatías de *Sorúr*, tratándola como verdadera amiga.

Con ella, seguida de las demás esclavas, solía pasear libremente por los jardines y boscajes del *Palacio*, entregándose á inocentes juegos por las entoldadas arboledas y los macizos de flores que las embellecían saturándolas de aromas deliciosos.

Cierto día en que, como de costumbre, seguras de no ser por nadie vistas ni observadas, bajo el verde pabellón formado por los árboles sobre la hermosa alberca, se bañaban jugueteando entre las limpias aguas, que vertían en el estanque cuatro fieros leones de oro, artísticamente colocados en uno de sus frentes, y perseguían bulliciosas y entre alegres risas los pintados pececillos que se escurrían ligeros de sus manos,—quedóse de repente parada la princesa, contemplando las movidas aguas, fija en ellas con cierta especie de asombrado arrobamiento la mirada, y sin hacer caso de sus compañeras que, al verla así, con insistencia la llamaban, concluyendo por continuar sin ella en sus juegos.

Mientras la encantadora *Sorúr* perseguía nadando un pececillo, blanco y refulgente como plata fina, que la apartaba de sus esclavas, había advertido, sin hacerse cargo de ello no obstante, que las ondulaciones más ó menos violentas del agua, agitada por los movimientos incesantes de las nadadoras, cesaban de improviso y por completo en torno de su cuerpo, quedando tersas y transparentes en reposo como el cristal de un espejo, y en su fondo, poco á poco, vió dibujarse y perfilarse luego hasta adquirir consistencia y bulto sus contornos, primero el rostro, después la figura entera de un joven, tan hermoso como ella, cuyas ropas suntuosas no mojaba el agua, y cuyos ojos, cargados de un fluido extraño y poderoso, llenos de pasión, y fijos obstinadamente en la princesa, la envolvían como en una nube abrasadora, paralizándola y consumiéndola sin fatigas. Los labios de aquel joven maravilloso, se abrían sonrientes, y puesta de rodillas la figura, levantaba las manos en actitud de súplica, y pronunciaba dulces palabras de amor rastornadoras, que llegaban distintamente á los oídos de *Sorúr* á través de las aguas, como una música y una caricia arrebatadoras y jamás por ella presentidas.

En balde fué que la princesa, bajo la acción del encanto que la poseía, y hacía latir dulcemente su corazón con ansias no conocidas ni aun sospechadas, coloreando de rubor sus me-

jillas,—procurase una y otra vez sustraerse á la fuerza incontrastable y magnética de aquellas miradas persistentes; en balde, que, invocando el santo nombre de Mahoma, pretendiera agitar sus manos y sus pies en el agua, para huir de aquel paraje y romper el hechizo...

Las aguas permanecieron en torno suyo cristalizadas en bloque, y la visión continuó atrayéndola y dominándola. Quiso gritar y llamar á su esclava predilecta en su socorro, pero la voz no salió de su garganta; y lentamente, á la manera que el inocente pajarillo se precipita fascinado y sin conciencia en las abiertas fauces de la serpiente, fascinada á su vez, y sin poder hacer movimiento alguno, sintió *Sorúr* que su desnudo cuerpo se sumergía en las aguas cristalizadas, y que manos invisibles la arrastraban suavemente hacia la agradable visión que no habían cesado de contemplar sus ojos.

Cuando hubo llegado al fondo de la alberca, hallóse en los amantes brazos del hermoso joven; como un hierro candente, sintió sobre sus labios los labios ardorosos del mancebo, y en un espasmo de placer, para ella hasta aquel entonces desconocido, y en que correspondió inconsciente con las suyas, á las caricias apasionadas de la visión fascinadora, perdió la joya de la virginidad con el sentido, y quedó cumplida la fatal predicción de los astrólogos.

Entretanto, la esclava predilecta y las demás esclavas africanas, habían seguido jugueteando en las frescas aguas como náyades, creyendo que la princesa se hallaba entre ellas; pero echándola al fin de menos, nadaron sobresaltadas en todas direcciones, buscándola precipitadamente, y llenando el espacio, ya intranquilas, con sus voces aterradas.

De pronto, surgió de entre las aguas, al centro de la alberca, espesa nube de negro humo, que se fué con rapidez condensando, y de la que al cabo se desprendió la figura de un horrible y corpulento negro, la cual, corriendo sobre las aguas del estanque como sobre una alfombra, comenzó á perseguir con amenazadores ademanes y roncós gritos á las ame-

drentadas esclavas, obligándolas á saltar á tierra y correr desnudas como locas por los jardines, demandando, presas de terrible espanto, auxilio.

Lograron así librarse de la persecución lasciva del horrible negro las esclavas africanas; mas no tuvo tal suerte la cristiana cautiva, pues vencida por el pánico, desfallecida y sin alientos, caía paralizada al suelo, de donde la recogía entre gritos de placer el negro, lanzándose con ella entre los brazos dentro de la alberca, en cuyo fondo desaparecía.

Vanos fueron todos los esfuerzos que *Fadhilat* hizo desesperada para encontrar el cuerpo, por lo menos, de su señora, así que tuvo de su desaparición noticia; vanos, también, los de los eunucos y servidores, registrando los jardines y la alberca; y cuando al día siguiente llegaba ávido de amor el sultán de Granada á *Darlarosa*, con el ansia de conocer á *Sorúr as-samá* y celebrar sus bodas con ella; cuando esperaba disfrutar de los encantos de la princesa idolatrada, la horrible desgracia de que fué víctima en la alberca, le privó de sentido largo rato.

Derramando lágrimas del dolor más profundo, dió orden de desaguar el *albercón*, con la esperanza de encontrar el cuerpo de su bien amada; pero sólo se halló en él el de la cautiva cristiana, sin rastro alguno de su bella prometida...

Dominado por lo inconsolable de su pena, abandonó el sultán aquel *Palacio*, del que soñó hacer al lado de *Sorúr* un paraíso; y presa de invencible desesperación, á fin de que nadie pudiera gozar nunca en aquella mansión, de los placeres que él pensó disfrutar con la princesa, mandóla demoler y arrasar los hermosos jardines que la rodeaban, quedando abandonado y en seco el malhadado estanque para siempre.

Dió á éste, supersticioso el vulgo, nombre de *El Albercón del Negro*, que aún conservan sus ruinas; y se cuenta que, en las noches apacibles de primavera, cuando la luna envía sus sonrisas misteriosas á la tierra, y embalsama el ambiente el aroma de las flores, arrebatado por el viento desde el *Genera-life*, se ha visto salir del *Albercón*, asidos amorosamente del

brazo, á la princesa *Sorúr* y á su encantador, seguidos por el horrible negro á distancia, añadiendo las comadres que, si por acaso á aquellas horas pasó por allí alguna doncella, sobre ella se arrojaba el negro dando feroces aullidos, y la perseguía así por largo rato...

Pero Dios, como dicen los musulmanes, sabe la verdad de todo.

*
* *
*

A despecho de la palabrería del gitano, no hallaron mai hilvanada la relación los circunstantes, despojándola de detalles demasiado naturalistas, y de otras menudencias *ejusdem furfuris*, con que hubo de exornarla aquél á su antojo; y como la sesión había sido larga, despedimos al buen Pepe Heredia para el día siguiente, en que nos prometió otra muy sabrosa y desconocida historia, «que no anda en papeles», y él guardaba en el archivo de su feliz memoria.

Sin ofensa de nadie, repito que hasta ahora, las más lindas é interesantes leyendas ó tradiciones de Granada, son indiscutiblemente las contenidas en el libro *Tales of the Alhambra* ó *Cuentos de la Alhambra*, escritas en el primer tercio del pasado siglo XIX, por el norteamericano Washington Irving, las cuales he citado arriba, y de las que hizo esmerada versión directa y elegante edición en aquella ciudad, el año 1888, el erudito escritor y catedrático D. José Ventura Traveset; particularmente, las más bellas, á mi juicio, son la *Leyenda del Astrólogo árabe*, relativa á la llamada *Casa del Gallo de Viento* en el Albayzín; la *del príncipe Ahmed el Kamél*, ó *el peregrino de amor*, que nada tiene que envidiar á las narraciones de *Las Mil y una noches*, y se refiere en parte al *Generalife*; la de *las tres hermosas princesas*, ligada á la *Torre de las Infantas*; la *del Gobernador manco y el Soldado*, que se relaciona con el *Cerro del Sol*, y por último, la *de las dos discretas estatuas*, que es como todas un primor de fantasía, y está saturada de color local, también como todas.

En diversos días, el rey de los gitanos de la Alhambra contó diferentes tradiciones, y entre ellas la espantable de *Descabezado y el Lanudo ó Velludo*, de la que sacó cuanto provecho pudo Manuel Fernández y González, y que se relaciona con la *Torre de los Siete Suelos*, á cuyas ruinas estábamos tan inmediatos. Decíanla *Bib-al-godór*, ó *Puerta de los Pozos* los musulmanes, y era la principal entrada del recinto fortificado de la Alhambra, habiendo sido en 1836 demolida en parte. De buena fe, creían las gentes que «todas las noches, á las doce en punto, salían de la *Torre* un caballo sin cabeza y un perro, todo de lanas, sin cuerpo material alguno, que eran los guardianes de los tesoros escondidos por los moros en la expresada *Torre*, y que, con grande estrépito, recorrían toda la Alhambra, bajando hasta la ciudad algunas veces» (1).

(1) Con el título de *Tradiciones granadinas*, publicó D. José J. Soler de la Fuente, el año de 1849 en Granada, una colección de ellas, tales como *El Palacio del Emperador*, *El Santísimo Cristo de los Colegios*, *La Cuesta del Rey Chico*, *La Puerta* (el arco) *de las Orejas*, ya demolido, *El padre Piquiñote*, *La Torre de la Cautiva*, *La Cerca de D. Gonzálo*, *El Sacristán del Albayzín*, *El Señor de Castril*, *La Casa de Gallinas*, *La Sala de Comares*, *La Plaza de Bib-Rambla ó el Ciprés de la Reina*, *La escalera de la Chancillería*, *El laurel de la Zúbia*, *El algibe de la lluvia* y *La Torre de los Siete Suelos*. Esta última tradición, que inserta á la página 177, es muy distinta de la del *Descabezado y el Lanudo*, que refirió el gitano Heredia, declarando el Sr. Soler de la Fuente, que la que él publica, «está sacada de los papeles de una antigua casa... donde se conserva la historia de la causa seguida por los tribunales» en el siglo xvi.º, en la que se trata del asesinato de una dama y de sus siete hijos, perpetrado á impulso de terribles celos por cierto alcaide de la fortaleza de la Alhambra, casado con aquella dama, padre de las siete criaturas, y ejecutado públicamente; esta sangrienta leyenda guarda muchos puntos de contacto con la de la *Torre de la Mal-Muerta*, en Córdoba. Por lo demás, en la notable revista literaria que, con el título de *La Alhambra*, veía la luz en Granada de 1839 á 1841, y en la que escribieron muy insignes ingenios granadinos casi todos ellos, se insertaron la leyenda de *El laurel de la Reina*, de D. Nicolás de Paso y Delgado; la *Profecía del Muezzin*, de don Baltasar Lirola; *El Moro sabidor de Granada*, de D. José de Castro y

Siguieron después, la indispensable de *la Casa de Castril* en la *Carrera de Darro*; la *del Sacristán del Albayzín*, que se cuenta de distintos modos; la del *Ciprés de la Reina*, en el *Generalife*, relacionada con las supuestas manchas de sangre de la *Sala de los Abencerrajes* en el Palacio alahmarí; la del *Compadre Felipe*, alusiva al rey Felipe II, y otras muchas, que yo ya conocía ó he conocido luego, por haberlas leído en diversas colecciones, y que son, por punto general, de muy mediano interés, y han sido con bien poco arte escritas.

Del cúmulo de narraciones é historietas, más ó menos verosímiles y fantásticas, mejor ó peor aderezadas y pulidas, á que nos hizo pasar revista el *señor Pepe Heréria*, y que por lo general se refieren al período de la conquista de Granada, tienen por fundamento, las más, un hecho real originario, pero deformado, como punto de partida; las otras, son derivaciones de las famosas *Guerras civiles de Granada*, de Ginés Pérez de Hita, y no pocas, son anécdotas ó «casos», debidos al capricho y la imaginación de algún desocupado. No recuerdo sino muy pocas que no hayan sido sacadas «en papeles», según la frase del caduco gitano, y esto acontece con la de *El Albercón del Negro*, ya sucintamente relatada, como viene á ocurrir con la de *Ainadamar*, que tampoco he leído en colección ni parte alguna, y que no carece de condiciones poéticas; después de limpiarla bien de cuantas añadiduras de todo género hizo el narrador en ella, resulta así en extracto:

Orozco, marqués de Gèrona; *El Triunfo del Ave María*, *El Padre Piquiñote*, *La Torre de la Cautiva*, *Los dos pintores*, *El Sacristán del Albayzín* y *El Ciprés del Generalife*, de D. Luis de Montes; *El Campo de los Mártires*, de D. Nicolás Peñalver, y otros. Mi antiguo compañero y amigo Francisco de P. Villarreal, poco ha fallecido, publicó en 1888 *El Libro de las Tradiciones de Granada*, que no conozco, y años después, el doctísimo D. Lepoldo Eguílaz, dió á la estampa el *Hadits* (tradición) explicativo de las controvertidas pinturas de la Alhambra, que resultó muy sabrosa leyenda, aunque difiera de la interpretación que yo á las mismas había dado en 1891 al estudiarlas en mi discurso de recepción en la Real Academia de Bella Artes de San Fernando.

E. M.—*Noviembre 1910.*

10

AIN AD-DAMAÂ (LA FUENTE DE LAS LÁGRIMAS)

No se ha sabido nunca el tiempo; mas debió de ser años antes de que fuese últimamente fundado el reino de Granada por Al-Ahmar *el Magnífico*: allá, cuando fueron derrotadas en Alarcos las huestes de Castilla, ó, lo que es lo mismo, en los comienzos del siglo XIII^o. Ello es, que entonces, los terrenos en que estuvo la *Cartuja vieja* y hoy se levanta el *Noviciado de PP. Jesuítas*, los que ocupa la célebre *Cartuja*, y los de la finca denominada *Cercado de la dicha Cartuja*, donde hubo al parecer un cementerio romano, formaban extensa y rica posesión, con honores de *alquería*, entre productivos huertos y frondosos jardines asentada.

Era señor y dueño á la sazón de ella y de las gentes que allí habitaban, cierto príncipe poderoso, á quien ni los años ni el estudio de las ciencias á que se dedicaba, impidieron nunca correr con los suyos las tierras de los cristianos en primavera y en otoño, volviendo siempre cargado de riquezas y cautivos. Durante la última de sus correrías por el reino de Toledo, en que había sorprendido una población relativamente importante, la suerte quiso que cautivara á la esposa del alcaide, muerto en la refriega, y á un niño de corta edad, hijo de ambos y primer fruto del desventurado matrimonio.

Hermosa era la dama, de gentil apostura y singulares atractivos, que excitaron al príncipe desde el momento que se apoderó de ella. El largo camino hecho hasta llegar á aquel paraje, tan próximo á Granada, no había quebrantado la entereza de su ánimo, aunque sí la del cuerpo, y sus ojos no cesaron de derramar amargo llanto, más á causa de la muerte del idolatrado esposo y de la separación de su hijo, arrebatado cruelmente á su cariño, que de su triste cautiverio.

Cuando, repuesta de las fatigas corporales, fué días después llevada á la presencia del príncipe, su señor, mal cubríanla aún los despedazados restos del traje con que fué cautivada;

y sus ojos, hinchados y enrojecidos, su larga y rubia cabellera que le caía suelta sobre las espaldas, y su actitud doliente y afligida, por modo harto expresivo declaraban lo horrible del tormento que la torturaba implacable, por la muerte y la crueldad violenta de sus apresadores, separada de los dos únicos seres á quienes había su corazón entero consagrado.

Antes de que el príncipe, que la miraba silencioso y con deleite, hubiera pronunciado una palabra, arrojábase la mísera á los pies de aquel anciano, de larga y blanca barba y aspecto venerable, pidiéndole entre sollozos y entre lágrimas que el hijo de sus entrañas le fuera por caridad devuelto. Insensible escuchó el mahometano las reiteradas súplicas ardientes de la dama, como vió correr el llanto por sus demacradas mejillas; y en vez de las frases de consuelo que esperaba anhelante la cautiva, y de acceder humano á lo que de tal manera le pedía aquella madre infortunada, valor tuvo para desentenderse de todo, pretender cogerla entre sus brazos y requebrar de amores á la infeliz, prometiéndole incontables goces y venturas...

Rechazóle indignada y con horror la dama, huyendo de su lado; pero él insistió de tal manera en sus nada nobles propósitos, persiguiéndola por la estancia, que al fin provocó las iras de la hermosa jóven, las cuales estallaron en duras recriminaciones primero y tristísimos lamentos después, para terminar en ruegos insinuantes y ardorosos de mujer desesperada.

Todo fué, por desgracia, inútil; nada movió el corazón de roca de aquel hombre cruel, á quien recreaba sin duda la actitud desolada de su víctima. Cansado ya, sin embargo, de las lágrimas que derramaba aquella sin consuelo, hizola comprender, con acento breve y duro, que él era señor y dueño de la madre y del hijo, de cuya vida podía disponer á su antojo, amenazándola por último con dar la muerte á la inocente criatura, si ella no se prestaba á ceder voluntariamente á los deseos que le había significado, cuando á ello podía obligarla por la fuerza; dicho lo cual, y volviéndole la espalda, llamó á

dos de sus servidores, y mandó fuese encerrada la cristiana para que meditase.

Entre las arboledas y olivares frondosísimos de aquel feraz terreno, que surcaban abundosas acequias, alzábase cierta eminencia, de no grande elevación, en que arraigaban los olivos, sobre el que hoy denomina el vulgo supersticioso *Panderete de las Brujas*.

El acaso había dispuesto, años hacía, que, cazando el príncipe por estos sitios, apartados de su hermoso palacio, y persiguiendo una pieza herida, al verla desaparecer de repente, descubriera en la falda del montecillo estrecha y honda excavación, oculta por espesos matorrales, y en cuyo fondo se abría negro y reducido boquete, por el cual, sin duda, había el animal penetrado. Excitada su curiosidad, mandó impaciente hacer practicable el agujero, por donde había desaparecido la pieza, tropezando, lleno de sorpresa entonces, con larga y estrecha galería, formada de grandes piedras, hincadas en el suelo, la cual directamente le condujo hasta un recinto circular, abovedado y sin salida alguna, construído de lajas ennegrecidas, según pudo advertir á la luz de las antorchas que sus servidores llevaban.

Allí encontró, asombrado, la pieza por él herida, la cual se resguardaba medrosa detrás de un esqueleto humano, entero y recostado en el muro, en torno del cual, á manera de asientos, de trecho en trecho había diferentes piedras sin labrar, como había por el suelo, húmedo y resbaladizo, diversos objetos de que no hizo caso alguno.

Su ciencia no le dijo ni le pudo decir lo que era aquéllo; pero olvidando el propósito que hasta allí le había conducido, regocijóse del hallazgo, y después de reconocer minuciosamente el lugar, y de convencerse de que no había en él orificio ni salida de ninguna especie al exterior, que lo denunciara, regresó á su palacio el príncipe, disponiendo se colocase maciza puerta de hierro en la entrada de la galería, á fin de que nadie, sino él ó quien él dispusiera, pudiese penetrar nunca en

el misterioso recinto subterráneo, que todavía subsiste, al decir de las gentes (1).

Habíale en repetidas ocasiones servido ya para vencer la resistencia de las pobres mujeres que á su lascivia osaron resistirse, y allí dispuso fuera conducida y encerrada también como las otras, la cautiva desventurada, esperando triunfar de ella por tal medio; pero engañóle su torpeza, pues aquella lúgubre cámara funeraria, donde jamás penetró la luz del sol, adonde no llegaban los ruidos exteriores, ni las caricias de la brisa, ni las ráfagas violentas del huracán, si fué mudo testigo de las lágrimas y de los lamentos de la infeliz cristiana, que á voces pedía la muerte, al verse viuda, sin su hijo idolatrado y abandonada de todo en el mundo, fué también de la energía con que rechazó diariamente las proposiciones de su verdugo poderoso.

Cierta noche, noche hermosa de primavera, en que la luna brillaba esplendorosa en el azul espacio tachonado de estrellas, decidióse el tenaz y anciano príncipe á dar el último asalto á la fortaleza de aquella mujer, para él incomprendible; y haciéndola salir del sepulcro anticipado en que se marchitaba, propúsole de nuevo que cediese, en cuyo caso, le sería entregado su hijo.

Débil, extenuada y medio loca, la cautiva oyó en silencio lo que el príncipe le decía, sintiendo con horror que flaqueaba la fortaleza de su espíritu, ante la esperanza de abrazar y no separarse nunca del fruto de sus entrañas... Sus labios iban ya á pronunciar la fatal palabra, cuando vió flotar delante de sus ojos en el espacio el fantasma de su esposo bien amado, cubier-

(1) Llámase también la meseta sobre la cual se alza el montecillo á que aludo, *Golilla de la Cartuja*, y Gómez Moreno sospecha que dicha eminencia, «de origen artificial, á juzgar por su forma y disposición del terreno,... tal vez sea un *túmulo céltico*»; «todavía—escribe—no ha sido explorado; mas dicen las gentes de aquellas cercanías, que en su interior hay una habitación con poyos para sentarse» (*Guía de Granada*, 1892, página 354).

to de roja sangre; y lanzando un grito horrible, que turbó estridente el dulce reposo de la noche, cayó al suelo como herida de un rayo, repitiendo enérgica su persistente negativa.

¡Quién podría formarse y dar idea de la cólera que se apoderó entonces del inhumano príncipe! Valiéndose de las ciencias ocultas que profesaba, tendió ambas manos temblorosas sobre el cuerpo inanimado de la hermosa cautiva, y pronunciando horrible conjuro,

—Ya que prefieres—rugió,—á las delicias del amor con que te brindo, llorar separada para siempre del hijo á quien dices que idolatras, llorarás eternamente, y tus lágrimas correrán amargas hasta la consumación de los siglos!

Y con efecto: del cuerpo de la infeliz cristiana, que fué hundiéndose misteriosamente en la tierra, comenzó á brotar abundante raudal de aguas que, encauzado convenientemente, andando los tiempos, formó la *acequia de Ainadamar*, á la que han unido después los años la que, «naciendo por encima de Alfacár, abastece los barrios del *Albayzín* y la *Alcazaba*.»

*
* *

Es positivo que la narración ha perdido toda su frescura, toda su gracia, y aun algo de su interés al pasar por los puntos de mi pobre pluma, pues en realidad, me temo que por *brevis esse, obscurus fio*, como dice glosada la frase de Horacio; pero confío habrá de perdonárseme, á lo menos en gracia de la intención, y porque me sería ya imposible, después del transcurso de treinta y cinco años, reproducir la fantástica leyenda con las mismas frases y accidentes que la refirió Pepe Heredia, no todas ni todos del mejor gusto.

Bien que con el recelo de cansar á la postre la paciencia de los lectores, hoy, sobre todo, que no priva entre los intelectuales este género literario, pues si, como decía en 1829 Washington Irving, «el pueblo español tiene (tenía entonces) pasión oriental por contar cuentos», y era «por todo extremo

amante de lo maravilloso» (1), ya no ocurre en las grandes urbes ni en las pequeñas esto,—creo habrá de permitírseme, para concluir, el relato de otra leyenda ó tradición granadina, anécdota más bien, que asimismo contó el gitano, la cual tengo motivos para estimar que no ha sido hasta el presente publicada, y que se refiere ya á tiempos posteriores á la conquista. Tan posteriores, como que sospecho corresponde al siglo XVIII.º, si no es del XIX.º

*
* *

EL CRISTO DE LOS FAVORES

Hay en el llamado *Campo del Príncipe* en Granada una cruz de mármol, con su Crucifijo correspondiente, la cual dicen los autores fué allí colocada el año de 1682, aunque otros aseguran estuvo antes en *el Realejo alto*, detalle que importa poco. No es el piadoso monumento, como pudiera creerse, ningún prodigio de arte ni mucho menos; pero sí gozaba y aún goza de gran veneración, y parece ser un voto del vecindario.

Es común la anacrónica creencia, sin fundamento, de que fué erigida esta cruz para conmemorar la muerte del príncipe Don Juan, primogénito de los Reyes Católicos, y santificar aquel sitio, donde aseguran cayó del caballo que montaba, y perdió la vida tristemente; pero nada de ésto es verdad, ignorándose lo que la cruz conmemora, pues si bien son de advertir en la base de la misma algunas líneas grabadas, se hallan tan borrosas las letras, que ha sido imposible entender lo que declararon y decían.

Ello es, de cualquier modo que fuere, que tenía aquel Cristo fama de milagroso; que le miraban las gentes del barrio como á su amparador constante; que era su paño de lágrimas, y que

(1) *Cuentos de la Alhambra*, edición de 1888, pág. 145.

á la misericordia de aquella imágen recurrían en todas sus tribulaciones y más ó menos apurados trances, con fe inquebrantable de ser reconfortados y satisfechos. A Él acudieron doncellas menesterosas, que encontraron el reparo apetecido á sus personas; afligidos, que hallaron consuelo, y necesitados é infelices de toda catadura, que vieron cambiar su suerte con sorpresa, por lo cual era familiarmente llamado aquel Cristo, tan complaciente y tan bueno, *el Santísimo Cristo de los Favores*, pues muchos habían sido y eran los que tenía hechos á sus devotos de ambos sexos, y muchos esperaban todavía.

Cerca de allí, vivía un pobre zapatero, hombre ya entrado en años, viudo y por fortuna sin hijos; pero tan pobre, como trabajador cinco de los siete días de la semana, y tan ferviente devoto del Cristo milagroso como del mismo Baco, á cuyo culto, según costumbre del gremio, consagraba inalterablemente todos los lunes, día que se guardaba bien de faltar á la taberna, conforme se guardaba de faltar á misa los domingos y las demás fiestas de precepto al año.

Dispuesto á cumplir religiosamente las semanales prácticas, levantóse cierto lunes del miserable lecho, y con la faz risueña y llena de satisfacción, sonó la bolsa en que guardaba el fruto de sus cinco días de trabajo; y echándose al hombro la chaquetilla, salió canturreando de su tabuco, y regocijándose de antemano con el día de que iba á disfrutar con aquel dinero.

Toda la mañana la invirtió en recorrer los abundantes santuarios de la barriada, donde paladeó el rojo líquido, satisfecho de sí propio, y trago tras trago, apurando con deleite las azumbres de peleón, que no se sabía cómo podían caber en su cuerpo desmirriado.

La tarde la empleó de igual manera, sin cuidar de otra cosa que de regalarse y de sonar la bolsa; y cuando, borracho ya, las sombras del crepúsculo caían densas, y se avecinaba la noche,—dando traspiés, con la faja desceñida y arrastrando por el suelo, la chaquetilla bajo el brazo, y cantando con voz vinosa todas las coplas que sabía, procuró encaminarse el za-

patero á su casa para poner con el sueño alegre término á la jornada.

Mas, de repente, paróse en una calleja; sacó, como pudo, la bolsa, enjuta ya; sonóla junto á los oídos, y contento por el resultado, se dijo:

—Entavía hay monéa.

Y acordándose de que en una taberna, que no había visitado, vendían un clarete superior, que no era para todos los dias, allí se encaminó decidido, y allí acabó de regalarse con el vino codiciado.

Llegado el momento de pagar, sacó su bolsa con aire de potentado, introdujo los dedos en ella, y no encontró sino algunos roñosos maravedises, en cantidad insuficiente para abonar el gasto.

Arrimóse al mostrador mohino, y echando sobre él los maravedises, prometió solventar la deuda al día siguiente; mas el tabernero era hombre duro de corazón, y como el desdichado zapatero no era parroquiano, maltratóle de palabra, dióle de propina unos cuantos coscorrones, y llamándole cuanto había que llamarle, de un empujón que le hizo dar en el suelo, le arrojó á la calle.

Alzóse maltrecho y según Dios le dió á entender el pobre hombre; y como lo era de bien y honrado á pesar de su devoción al vino, lleno de tristeza, pero prometiéndose pagar el gasto, trató de orientarse para volver á su casa.

Tenía precisión de pasar por delante del milagroso Cristo; y al ver brillar entre las sombras el farolillo que alumbraba la imagen, todo compungido y lloroso, el zapatero, con verdadera fe, cayó ante la cruz de hinojos, y juntando, en actitud de súplica, las manos, exclamó:

—¡Zeñó! Tú que eres tan caritativo y tan bueno, Tú que eres tan misericordioso para tóo el mundo, ¿no podrías jacerme el favó de emprestarme los dineros que necesito pa pagar á ese tío lo que le debo? Mira, Zeñó, que este es el primer favó que

te pío, y qués un favó mú grande... Yo te devolveré el dinero en una misa y...

Y no pudo concluir su extraña oración, porque un golpe violento le tendió en el suelo. El guía de una recua de burros, al pasar por aquel sitio, le había dado un encontronazo con el serón, produciendo aquel resultado; mas el zapatero creyó otra cosa, y, enderezándose trabajosamente, volvió á ponerse de rodillas, diciendo:

—Zeñó, si no querías jaserme el favó que te he pidío, no había nesesiá de que me lo dijeras de ese modo... Zi no te fiabas de mí, no tenías pa qué sinificarlo ansina...

Y, levantándose, sin volver la cabeza, pero dando tropezones y rascándose los chichones que se había hecho, desapareció en las sombras, camino de su casa.

RODRIGO AMADOR DE LOS RÍOS

LA AMÉRICA MODERNA

La lucha de las dos Américas: polémica entre yanquis y cubanos. La oficina de las Repúblicas americanas en Wáshington. Tendencias norteamericanas en Africa y el recuerdo de Monroe.—El desarrollo agrícola en la Argentina. Extensión del cultivo; clases principales de cultivo; producción media por hectárea; presupuestos de una explotación típica; precios de los productos; exportación. El valor de las tierras laborables.—Hispanofobia é iberismo en Cuba. La crítica histórica y las cuestiones antropológicas.—La poesía mejicana y la rima eterna.—El Congreso internacional feminista de Buenos Aires. Su labor pedagógica.

En sus virulentas peroraciones, el Senador Tillman, de la Carolina del Sur, manifiesta, con harta frecuencia, un malévoloprurito de difamar á los pueblos de la América latina, ensañándose más particularmente con los de raza española.

Esto ha dado lugar á una respuesta del corresponsal de *El Economista*, de la Habana, en New-York, que conviene conocer, porque, como Tillman, piensan los norteamericanos de los cubanos, y como Susini, los cubanos de los norteamericanos.

Dice Susini:

«Aunque *El Economista*, en armonía con su título, se aparte de las lides políticas, consagrándose casi exclusivamente á las vitales cuestiones económicas, no por eso dejará de ser patriótico miembro de la Prensa habanera, y, como tal, de resentirse y protestar indignado contra las afrentas gratuitas á todo el pueblo de Cuba, emanadas de personajes extranjeros

que, por su alta posición oficial, debieran estar dotados de alguna cultura intelectual y esmerarse en no disparatar.»

«El famoso «Jingo» Senador Tillman, de la Carolina del Sur, se ha permitido declarar públicamente que la Isla de Cuba está habitada por una raza de degenerados MONGRELS (denigrante vocablo inglés equivalente á SATOS, «Híbridos», «Atravesados»), olvidando que la patria que dió el sér á José de la Luz Caballero, á Heredia, á Saco, á Poey, á Reinoso, á Plácido y á la Avellaneda, con relación al escaso número de sus habitantes, nada tiene que envidiarle, en la producción de personalidades insignes, á los Estados Unidos de Norte-América, con su heterogénea población de noventa millones de almas. Olvidando que los patriotas cubanos, á pesar de la inferioridad numérica, triunfaron á menudo en heroica contienda, que duró trece años, contra los soldados más valerosos y sufridos del mundo, es decir, los soldados españoles; olvidando que un puñado de esos mismos soldados españoles, hambrientos y mal pertrechados, tuvieron, cerca de Santiago de Cuba, en jaque á todo un ejército de yanquis, tan bien alimentados como provistos de formidable armamento, causándole además bajas relativamente enormes. Olvidando que en la Carolina del Sur, uno de los Estados más retrógrados de la Unión Norteamericana, no se cansan de llorar miseria y decadencia, atribuyéndolas á la abolición de la infame esclavitud, decretada y gloriosamente llevada á cabo, con el sacrificio de su vida, por el inmortal emancipador Abraham Lincoln, HACE MÁS DE CUARENTA AÑOS, y olvidando, por fin, que en la Carolina del Sur, en pleno siglo xx, aplican con escandalosa frecuencia la bárbara ley de Lynch, y QUEMAN VIVOS Á SERES HUMANOS; pero son tantas las cosas olvidadas por el Senador Tillman, que muy recientemente tuvo que recurrir á la ciencia médica para tratar de curarse de un severo ataque de afasia que, sin duda, culminará en idiotismo.»

*
*
*

Acaba de ser oficialmente inaugurado en Wáshington el nuevo edificio de la Oficina de las Repúblicas Americanas, habiendo asistido al acto, el Presidente Mr. Taft, el Cardenal Gibbons, el Senador Mr. Root, Mr. Carnegie, donante del edificio, Mr. John Barret, Director de la Oficina, y los miembros del Cuerpo diplomático.

Se pronunciaron discursos entusiastas sobre el porvenir de la institución, entre ellos el del Presidente Taft, quien declaró que ese acto era el más importante acontecimiento internacional que había tenido lugar en Wáshington en muchos años.

El Senador Root, quien durante su gestión como Secretario de Estado, logró estrechar las relaciones de amistad entre los Estados Unidos y los países hispano-americanos, pronunció un discurso en que declaró que el interés manifestado por el Gobierno era prueba de que la política de cordialidad para las Repúblicas latino-americanas, inaugurada por Mr. Blaine, ha llegado á ser permanente en los Estados Unidos, y que las buenas relaciones que han existido entre los miembros de la Directiva eran un signo de estabilidad para lo porvenir.

Después de hablar del significado y las ventajas que tenía esa oficina y de los beneficios que procuraría á las naciones americanas, haciendo de aquello un centro donde unos y otros puedan conocerse mejor, agregó:

«Pero por lo que es más importante este edificio es por su carácter simbólico, de recuerdo constante, de afirmación perpetua de unidad, de comunidad y de intereses y propósitos y esperanzas entre todas las Repúblicas. Este edificio es una declaración de fe, un convenio de deberes fraternales, una afirmación de fidelidad á un ideal.»

«Puedan los hombres venir á ver en lo futuro que aquí se ha plantado un jalón en el camino de la civilización americana hacia el reinado universal de la opinión pública, que condenará á todos aquellos que, por espíritu de lucha, codicia, ambición personal ó ansias de poder, perturben la paz públi-

ca, considerándolos enemigos del bien general de las Repúblicas americanas.»

El nuevo edificio ha costado un millón de dólares, contribuyendo Mr. Carnegie con setecientos cincuenta mil, y las veintiún Repúblicas americanas con el resto. Los críticos califican el edificio como uno de los más artísticos del mundo, ocupando uno de los sitios más dominantes de la capital de los Estados Unidos, sobre el parque del Potomac y el río del mismo nombre, dando frente á los terrenos que están un poco más allá de la Casa Blanca, cerca del monumento de Wáshington.

El orden arquitectónico del edificio, es clásico, combinando algo de la arquitectura española. Está construído todo de mármol blanco, y en las paredes están esculpidos los escudos, en colores, de todas las Repúblicas americanas, así como los nombres de sus héroes.

Una parte notable del edificio es el hermoso salón de reuniones, conocido bajo el nombre de «Sala de las Repúblicas», que está considerado como el salón más grande, en su clase, en Wáshington, adecuado por su elegancia y magnificencia para funciones diplomáticas y conferencias internacionales.

También hay una «Sala de la Fama», en la cual serán colocados los bustos y estatuas de los generales, estadistas y sabios que figuran en la historia americana. Ese salón estará decorado con la bandera de cada nación.

Hay además un espacioso salón, que se ha dedicado á Biblioteca Colombina; un gran salón de lectura; muchas oficinas para los empleados; un estudio; salones para las comisiones, y todas las facilidades necesarias para poder celebrar banquetes ó recepciones cuando así convenga.

*
* *

Habíamos quedado en que la doctrina de Monroe, si bien había que entenderla realmente como los norteamericanos la

interpretan, esto es, América para los americanos... *del Norte*, tenía, sin embargo, el lado negativo para sí mismo de circunscribir la acción expansiva norteamericana al continente colombiano; pero los norteamericanos, después de apuntar á Oceanía y Asia, parece que miran al Africa. Con ocasión del empréstito de Liberia, la pequeña República negra de Africa, el Secretario de Estado, ó sea Ministro del Exterior de los Estados Unidos, Knox, intentó una maniobra para llevar el protectorado y algo más á Liberia. Decididamente, el nuevo empréstito será cubierto por partes iguales por banqueros ingleses, americanos, franceses y alemanes, con la garantía de la renta de Aduanas de Liberia. A este propósito escribe el *Times*: «Es una ironía de la Historia el que en el transcurso del tiempo, el país que hizo de la doctrina de Monroe la piedra fundamental de su política nacional, dé ahora motivo para romper con ella é inmiscuirse en las relaciones interiores de la República negra africana. Es también curioso el que Monrovia, la capital de esta República, sea una derivación del nombre del Presidente Monroe... En América están convencidos de que Francia, poseedora de la Guyana francesa, opondrá resistencia á la pretensión norteamericana, lo mismo que Inglaterra, poseedora de la costa de Sierra Leona.»

Ante estas perspectivas, no nos parece desprovista de fundamento la posibilidad de una alianza latino-americano-japonesa, que neutralice la acción absorbente de los Estados Unidos en el continente colombiano, y una inteligencia entre las Potencias europeas que dé por resultado una doctrina europea similar á la de Monroe para América.

*
* *

Desde las fiestas del Centenario de la Argentina, el comentario sobre el progreso de la República y su capacidad de desarrollo, se repite en la literatura periodística europea, y se acentúa cada vez más. En Centro Europa llaman á los Esta-

dos Unidos «el país de las posibilidades ilimitadas», denominación con que se brinda á la pletórica Europa central, un horizonte de expansión muy grande. Para los latino-europeos es indudable que la Argentina es el país de las posibilidades ilimitadas, por ser vastísimo el horizonte que ofrece para capitales, técnicos y fuerzas de trabajo. Algunas noticias estadísticas últimas demuestran el estado de progreso económico y su probable desarrollo (1). Comenzando por la agricultura, como base de la economía nacional argentina y sustentáculo de una potente industria futura, encontramos el siguiente estado.

Las regiones principales aptas para la agricultura son tres: la región septentrional, que comprende el Norte de las provincias de Santa Fe y de Entre Ríos; la región central, situada al Sur de la precedente, y que se extiende hasta el Sur de la provincia de Buenos Aires y del territorio de la Pampa Central; la región meridional, que comienza al Sur de la precedente y continúa hasta la Tierra de Fuego. De entre estas tres regiones, la que goza de régimen de lluvias más regulares es la central en su parte oriental; en las restantes zonas la distribución es desigual y no raras las sequías.

Durante el año de 1907-08 se elevó la superficie cultivada á 17.882.000 hectáreas, en números redondos; la distribución, conforme á las zonas geográficas y á las condiciones agronómicas, es la siguiente (2):

(1) La Comisión del Centenario de la República Argentina ha publicado un balance de la situación económica nacional, que titula *Recueil statistique géographique de ressources de la République comme pays favorable à tous les points de vue à l'immigration européenne*. Firma el trabajo Albert B. Martínez, y su tendencia es de vulgarización.

(2) *Reseña general agrícola*. 10 de Mayo de 1908. Tomo II, pág. 11.

CULTIVOS	A	B	C	D	TOTAL — Hectáreas
	Buenos Aires Santa Fe Córdoba. Entre Ríos Pampa Central Hectáreas.	Mendoza San Juan Catamarca La Rioja San Luis Hectáreas.	Jujuy Salta Tucuman Santiago del Estero Chaco Formosa Corrientes Misiones Hectáreas.	Río Negro Neuquen Chubut Santa Cruz Tierra de Fuego Hectáreas.	
Cereales y lino.....	9.675.000	94.000	202.000	15.000	9.986.000
Plantas industriales ..	31.600	109.000	96.000	400	237.000
Árboles cultivados ...	538.000	27.000	85.000	13.000	663.000
Plantas forrajeras....	5.717.000	497.000	423.000	92.000	6.729.000
Hortalizas	45.300	2.000	19.100	000	67.000

Lo importante aquí es la comparación de este resultado con el ofrecido por la estadística de 1895, de la que aparece un aumento de 261 por 100 en la superficie cultivada. El aumento más importante es el relativo al cultivo del trigo, que asciende á 57 por 100. He aquí una especificación geográfica del aumento por 100 de la superficie cultivada de este cereal desde 1895-1906:

	1895	1906
Buenos Aires.....	18 por 100	41 por 100
Santa Fe.....	50 »	24 »
Córdoba.....	14 »	26 »
Entre Ríos.....	14 »	5 »
Pampa Central.....	—	3 »
Otras provincias.....	4 »	1 »

La provincia de Santa Fe ha permanecido casi estacionaria en este cultivo durante unos catorce años, disminuyó en la zona Norte y aumentó un poco en la del Sur; en cambio, la de

Buenos Aires presentó durante el mismo período un aumento de 430 por 100, y la de Córdoba 330 por 100.

La tendencia de prolongarse el cultivo del trigo hacia las regiones del Sur, obedece á mejores condiciones climatológicas y á la mayor proximidad de los puertos de embarque, hecho que confirma la tendencia al cultivo de las tierras mejores y mejor situadas, como ya afirmó David Ricardo, cuyo pensamiento aclaró el Profesor Marshall en este punto, y el economista alemán Thünner. Un mayor adensamiento de las regiones del Norte, combinado con obras de irrigación, produciría una extensión del cultivo en ellas. El cambio ha operado resultados beneficiosos, pues mientras la media de producción de trigo por hectárea era de 700 á 720 kilos en la zona menos favorable, en las nuevas zonas es 800 kilos, y en la provincia de Buenos Aires se eleva á 1.000 kilos por hectárea; en casos excepcionales se han obtenido hasta 3.500 kilos por hectárea.

El maíz está cultivado en casi todo el territorio argentino, excepto en el extremo Sur. La media de producción por hectárea en el período de 1904-08 ha sido de 776 kilos; América del Norte da una media superior, 894 kilos, y Rusia inferior, 600 kilos; pero hay que tener presente el producto neto de las explotaciones, para determinar la conveniencia desde el punto de vista económico privado, pues el rendimiento de 776 kilos por hectárea obtenidos en una explotación de 200 hectáreas que puede ser realizada por una sola familia, sin gastos de personal, con fondos pequeños, con terreno fértil y sin necesidad de obras de irrigación ni abono, resulta económicamente más conveniente que el rendimiento de 2.000 kilos que se obtienen con el cultivo intensivo, lo que ya explicó claramente von der Goltz al comparar las medias de productos netos en las explotaciones extensivas é intensivas. El cultivo extensivo exige pequeños capitales, y esto proporciona ocasión al colono de extender el cultivo con los beneficios de las explotaciones anteriores. A esto se atribuye el aumento de 216 por 100 en la extensión cultivada en el período de trece años.

En condiciones verdaderamente favorables, se han obtenido medias de 1.500 á 3.500 kilos en las provincias de Buenos Aires, Santa Fe, Entre-Ríos y Córdoba con cultivo extensivo y medios rudimentarios.

El cálculo de los gastos de explotación y de los rendimientos agrícolas son los siguientes, tomando por ejemplo una familia de cuatro ó cinco personas y 10 hectáreas de terreno dedicadas al cultivo del trigo, y para el primer año de explotación (el peso vale 5 francos y el peso papel 2 francos 20 céntimos).

	Francos.
2 arados «sulky».....	528
2 gradas triples.....	198
1 rulo.....	110
1 desgranadora.....	990
20 toros.....	2.200
2 caballos.....	220
2 carros.....	880
Aparejos, cadenas y útiles.....	220
Casa, pozo, cercado, corral.....	2.640
<i>Total</i>	<u>7.986</u>

Las familias que no disponen de tales medios pecuniarios, encuentran propietarios y colonos que les proveen de lo indispensable, repartiendo el producto entre propietario y colono por partes iguales, una vez deducidos gastos y semillas. De esta suerte han resultado propietarios muchos emigrantes pobres. Los inmigrantes sin familia emplean otro procedimiento: convienen con un colono el trabajar, participando en los beneficios, y suele ser la participación de un 6 ó un 7 por 100 del producto bruto por hectárea, y reciben alimento y casa. Colocan, durante unos cuatro años, á interés las sumas así conseguidas hasta que reúnen lo necesario para adquirir los útiles necesarios y trabajar como colonos locatarios; tres años más tarde resultan propietarios y con excelentes perspectivas. Este es un caso muy generalizado.

He aquí un cálculo aproximado de los gastos é ingresos de una explotación de 100 hectáreas:

GASTOS	Francos.
Preparación del terreno: dos labores y un rastrilleo, 100 h., á 7,04 frs.....	704
Sementera: repartición de granos y rastrilleo, 100 h., á 0,88 fr.....	88
Granos: 6.500 k., á 22 fr. los 100 k.....	1.430
Recolección: siega y transporte al molino, 100 h., á 13,20.	1.320
Trilla: 120.000 k. de granos, á 2,20 los 100 k.....	2.640
Sacos: 1.500, á 0,44 fr. cada uno.....	660
Transportes: al depósito, al puerto ó á la estación 120.000 k., á 1,10 los 100 k.....	1.320
Arrendamiento: 100 h., á 26,40 fr. poco más ó menos....	2.640
Gastos generales: reparaciones, útiles, amortización, administración, máquinas, etc.....	1.320
<i>Total de gastos.....</i>	12.122
INGRESOS	Francos.
Venta de 120.000 k. de trigo, á razón de 15,40 fr. los 100 k.....	18.480
A deducir de los gastos de cultivo.....	12.122
<i>Beneficio neto para el colono.....</i>	6.358

Estas cifras se refieren á una gran propiedad, llamada «La Vizcaína», enclavada en el departamento de Bolívar. Comprende 50.000 hectáreas, dedicadas á la agricultura; es la más grande de la República, y pertenece á un solo propietario.

Aparte de ciertas consideraciones, que demuestran una economía en los gastos, hay que tener presente los beneficios que provienen de la ganadería unida al cultivo. En las explotaciones, la cría del ganado de cerda y de aves de corral proporcionan un buen ingreso.

El valor de la producción agrícola argentina en 1907-08 que aprecian las estadísticas, es el siguiente aproximadamente, pues no todos los productos son tenidos en cuenta.

Valores tomados en la plaza:

	Pesos papel.	Francos.
Trigo.....	354.000.000	778.800.000
Maíz.....	156.000.000	343.200.000
Lino.....	94.000.000	206.800.000
Avena.....	35.000.000	77.000.000
Cebada.....	2.900.000	6.380.000
Centeno, alpiste, arroz.....	3.600.000	7.920.000
Algodón, yute, ramio, cáñamo.....	700.000	1.540.000
Cacahuete y ricino.....	2.000.000	4.400.000
Caña de azúcar.....	20.000.000	44.000.000
Uva.....	72.000.000	158.400.000
Tabaco.....	3.340.000	7.348.000
Alfalfa por segar.....	55.000.000	121.000.000
TOTAL.....	798.540.000	1.756.788.000

He aquí la exportación durante el período de 1904 08, de los siguientes artículos, expresada en toneladas:

AÑOS	Maíz.	Lino.	Trigo.	Salvado.	Harina.
1904.....	2.469.548	880.541	2.304.724	154.456	107.298
1905.....	2.222.289	654.792	2.868.281	176.664	144.760
1906.....	2.693.739	538.496	2.247.988	178.517	128.998
1907.....	1.276.732	763.736	2.680.802	209.125	127.499
1908.....	1.711.803	1.055.649	3.636.293	208.309	113.500

Como complemento de estas noticias, conviene conocer el precio de las tierras. Este no es definitivo, pues la aparición de un manantial, la construcción de una vía de comunicación ó la situación respecto de los centros de consumos, hacen variar considerablemente el precio de las tierras. Conforme á las estimaciones hechas en 1909 en diversas provincias, el valor de las tierras por hectárea es el siguiente:

Provincia de Buenos Aires.—Departamento del Almirante Brow: 145 hectáreas, 1.164 situadas cerca de la estación Már-

mol (camino de hierro del Sur), vendidas á razón de 3.101 pesos la h. Departamento de Moreno: 144 $\frac{1}{2}$ h., situadas á 30 «cuadras», al Noroeste del pueblo del mismo nombre, vendidas, á 800 p. Departamento de la Plata: 1.591 h., cerca de Villa Elisa, á razón de 272 p. Departamento de San Andrés de Giles: 1.186 h., situadas á 4 «cuadras» al Oeste de Espora, 341 p. Departamento de Funin: 5.270 h., á media legua al Sudeste de Laforcade, 131 p. Departamento de Bahía Blanca, 6.219 h., á 25 «cuadras» de Naposta, 127 p. Departamento de Trenque Lanque: 12.685 h. en las riberas del Egido, 111 p. Departamento de Saavedra: 4.752 h., á 2 leguas de Goyena; 70 p. Departamento de Tandil: 633 $\frac{1}{2}$ h., 192 p. Departamento de Guamini: 2.700 h., 89 p. Departamento de Pergamino: 582 $\frac{1}{2}$ h., situada cerca de Raucagua, 265 p. Departamento de Las Heras: 334 h., situada á 30 «cuadras» al Noroeste de Urribelarrea, 190 p. Departamento de Campana: 174 h. en el río Paraná, 524 p. Departamento de Puan: 2.500 h., cerca de Villa Iris, 60. p. Departamento de General Villegas: 2.000 h., á 2 leguas al Norte de Villa Mauricio, 97,50 p. Departamento de Balcarce: 1.853 $\frac{1}{2}$ h., á 4 leguas al Noroeste de Balcarce, 210 p.

Provincia de Córdoba.—Departamento de Juárez Celman: 4.909 h., situadas á 2 $\frac{1}{2}$ leguas al Norte de Laboulaye, 65 p. Departamento de General Roca: 4.363 $\frac{1}{2}$ h., 55 p. Departamento de Tercero Abajo: 675 h. á 9 leguas al Norte de Villa María, 200 p. Departamento de Río Secundo: 675 h., 160 p. Departamento de Río IV: 851 h., 16 p.

Provincia de Santiago del Estero.—Departamento de 28 de Marzo: 7.499 $\frac{1}{2}$ h., 14 p., y 6.508 h., situadas cerca de la estación Selva, 37 p.

Provincia de San Luis.—Departamento de la capital: 6.500 h., 30 p., y 2.500 h., en la Porteña, 31 p.

Provincia de Salta.—Departamento de Orán: 163.662 h., 1,64 p.

Provincia de la Rioja.—Departamento de la capital: 15.800 h., 4 p.

Territorio nacional de la Pampa Central.—Sección VIII. Fracción B. Lotes núms. 20 y 21: 15.000 h., 18 p.

Después de esta descripción, vuelve el pensamiento á las tierras de la Vieja Europa, y especialmente á las españolas, y se piensa en el régimen de distribución de la propiedad rústica; en la concentración de la propiedad territorial, en los *latifundios* que inspiraron las críticas de Costa, que hoy repite en Alemania Lohnhart, mirando á España, los que hacían centellear la elocuencia del Sr. Canalejas (hace seis años), y se comprende la razón de muchas decadencias económicas, la emigración forzada por la concentración de la propiedad rústica... unos eslabones tras otros, envolviendo en larga cadena las tierras peninsulares con la pesantez del derecho feudal.

*
* *

Cuando leo la copiosa prensa hispano-americana, parece que pasan por mis manos las publicaciones de provincias, por la extensa información que de la vida madrileña contienen, y, en muchos casos, se ve un culto de la tradición netamente española, en las páginas históricas y biografías que publican, sobre todo en la prensa de Buenos Aires.

En el enjambre periodístico que revolotea ante mis ojos, sólo veo una hoja, en la que, con pasional insistencia, transcribe todo lo que significa algo depresivo para España. *El Tiempo*, de la Habana, ha tomado á su cargo la triste misión de avivar bajas pasiones, completando la labor de los escritores que, como traperos de mala fe, van recogiendo los retazos que se desprenden de las cosas viejas.

Esta labor negativa y tendenciosa no debe quedar incontestada, porque hora es ya de que propios y ajenos se den cuenta de la contextura cultural de la España actual y de los planos de vida que en ella existen.

Los cubanos podrán, leer á través del mencionado periódico, lo que John Chamberlain ha dicho en su libro *El atraso de España*. Pero ¿quién es John Chamberlain? Es un español—bastaría detenerse un momento en la sincera indignación que transparenta el libro cuando señala males españoles, para notar que es un español el que escribe,—un español que se parece mucho á un laborioso ateneísta de Valencia, llamado Jiménez Valdivieso. El Sr. Jiménez Valdivieso, ó John Chamberlain, como quiera *El Tiempo*, es un espíritu progresivo que ha respirado el ambiente valenciano, saturado de radicalismo inquieto y lleno de acometividad; es de los que intentan pasar á España por un laminador que transforme toda la configuración intelectual; ante su visión mental oscila la imagen de la España futura, y arremete contra todo lo que no se compadece con ella. Critica acerbamente los males sociales de la España actual, como un Costa, un Macías Picavea ó un Ganivet; pero animado por ansias de redención y creencia firmísima en que «la raza española está llamada á desempeñar principal papel en el porvenir. Eso de que España es un país muerto, es una leyenda sin base alguna racional» (pág. 293 de *El atraso de España*).

No es una condenación de la cultura española actual el libro de Valdivieso—ó de Chamberlain, como quiera *El Tiempo*,—sino un programa á realizar, expuesto en un libro que lleva como colofón una esperanza de próxima realidad.

Yo espero ver transcrito en *El Tiempo* el último capítulo de «El atraso de España», si he de creer en la sinceridad de su campaña.

¡Lo que yo diría de los Estados-Unidos si, dando un pellizco al libro de Ostrogorsky sobre la democracia en América, recortando discursos de Roosevelt contra la organización del *trust*, é ilustrando todo esto con hazañas de la Tammany-Hall, dedujese un juicio concluyente contra el pueblo norteamericano! ¡Lindo mosaico el que podría hacerse de Alemania si pintase las caricaturas del humorismo bávaro que retrata el

Simplicissimus á los arañazos de Maximiliano Harden, el implacable perseguidor de la homosexualidad, las críticas de Huret sobre Berlín á las sátiras de Heine y los insultos de Schopenhauer!

Quien mire á España por la superficie, verá una serie de excrecencias burocráticas que no delatan en lo más mínimo á la España joven y las fuerzas latentes de sus nuevas generaciones. Una generación austera, rica en idealismo, europeizada, hija de su esfuerzo y de sus obras, sin parentesco con personajes ministeriales ni favorecida en la burocracia, se está manifestando, y no tardará mucho en influir en la vida del Estado español. Renuncio á dar nombres, pues que todos ellos son amigos y conocidos que han de hablar de sus cualidades por sus propias obras. Esta nueva España es la que vió pasar ante sus ojos candorosos la visión apocalíptica de 1898.

Es verdad que no hay una raza española, como no la hay argentina, ni cubana, ni mejicana. Los elementos aborígenes de los países americanos, no pueden imprimir carácter de raza á los pueblos actuales que en ellos viven; yo me propuse buscar la raza española cuando preparaba mi libro sobre *Constitución y vida del pueblo español* (1906), y el empleo de los métodos de investigación antropológica no acusaron en sus resultados sobre la población española una homogeneidad que, desde el punto de vista antropológico, autorice para hablar de una raza española. Pero ya es hora de que los críticos y los diletantis de la antropología, los que ostentan el fácil título de sociólogos, se enteren de que la leyenda de las razas y lo del cráneo redondo ú oval, los colorines oscuros ó blondos, tienen significación muy secundaria en el valor social, que son los estados culturales, la formación espiritual, lo que determina la grandeza ó la decadencia de un pueblo. No hay que confundir la decadencia de una civilización, de una modalidad de cultura, con la decadencia orgánica; la renovación espiritual es lo que determina el renacimiento de los pueblos orientales que se disolvían en sus antiguas civilizaciones.

Cráneos aparte, pues, recordemos á Lazarus y Steinthal, diciendo que el espíritu triunfa del medio y de la raza en cuanto transforma, y dejemos enfrascados á los partidarios de Laponge en sus disquisiciones junto á aquellos que explican la historia del escandinavo por el salmón, la de los eslavos por la hierba, la de los galos por el cerdo... Mas que buscar la unidad de formas y dimensiones corporales, hay que fijarse en la unidad sentimental y espiritual, y ahí, sólo ahí, encontraremos, en medio de la colosal amalgama de sangre mestiza que ofrecen los pueblos modernos, *el concepto de raza*, el nuevo, no el viejo.

La importancia de las bases sentimentales comunes, que significa la existencia de una raza, está en que ganándose en cohesión social, puede disponerse de un material humano apto para la realización de grandes ideales colectivos. El ideal naufraga en manos de pueblos cuyos sentimientos se dispersan como las fuerzas centrífugas. No buscó Prusia para su alemanismo á elementos escandinavos ó eslavos; prusianos y sajones pueden llevar á cabo obras de paz y de progreso, mejor que polacos y prusianos, ó prusianos y daneses.

La raza y sus invocaciones no son tópicos románticos, sino valores sociales positivos, que hacen pensar en aquel calor de sentimientos de que hablaba Renán, base de grandezas nacionales.

Los portugueses, que sienten latir en sus entrañas un alma ibera, sueñan con una gran federación, porque saben que el iberismo no es palabra vacía. ¿Cómo ha de concebirse con indiferencia todo lo que signifique iberismo en Europa y en América?

Pero este ideal, no todos los espíritus son capaces de sentirle; hay más propensión á percibir la atracción de los bienes materiales inmediatos.

*
* *

Juan de Dios Peza, el tierno poeta mejicano, que falleció en Marzo del corriente año, dejó en versos póstumos una postrera invocación á la poesía española. De toda la generación de poetas que enriqueció la antología mejicana, quedaban Justo Sierra y Juan de Dios Peza. Hoy sólo vive el primero. Juan de Dios Peza hizo cantar su musa de las ternuras en el Ateneo de Madrid, ante la generación de literatos y políticos que se manifestó en la revolución de Septiembre. Y en el Ateneo de Madrid, estación obligada de descanso de todo ingenio americano que visita á España, pudo saturar su espíritu de aquel ambiente español que nosotros vemos ya casi desvanecido.

El cronista americano escuchó de labios de Margot, la hija del poeta, los versos póstumos que ahora transcribo, como muestrario de la huella que las eternas rimas de un gran español dejaron en el pensamiento americano:

En una ventana
De alféizar muy viejo,
Que da para un campo
Do todo está seco,
He visto asomarse,
En noches de invierno,
A varias mujeres
De rostros muy bellos.

Parecen madonas
De «Dolce» ó «Corregio,»
Que nimba y argenta
La luna de Enero.
Las rubias que tienen
Los ojos de cielo,
Me ven compasivas
Con pena y misterio;
Las otras morenas,
De oscuros cabellos,
Me miran con ojos
Como el odio, negros.

Y bajo la frente,
 Y digo, en silencio:
 ¿Serán esas formas
 Mi remordimiento?
 La ventana antigua
 Que da al campo seco,
 ¿No será esta vida
 Tan triste que aliento?

¡Oh Bécquer, cuán hondo,
 Cuán grande es tu verso!
 «¡Dios mío! ¡qué solos
 Se quedan los muertos!»

*
 * *

Una de las notas más interesantes del Centenario de la Argentina ha sido el Congreso internacional feminista. Ha tenido un carácter predominantemente pedagógico, sin las turbulencias sufragistas inglesas que parecían tergiversar la sana dirección del movimiento feminista.

Cualesquiera que sea la crítica que se haga del feminismo, es lo cierto que no puede negarse que contribuye á elevar el nivel cultural de la mujer. Los que creen que el hogar se disuelve con tal exaltación de la personalidad femenina, no han advertido nunca ese drama callado de almas que, viviendo en el mismo hogar, existen, sin embargo, en planos de vida muy distintos, el drama de las *Almas solitarias* con que Hauptmann describe la vida en común de dos espíritus distintos.

Una congresista dice, como adelantándose á las críticas brutales de Schopenhauer sobre la mujer y á las disquisiciones antropológicas de Lombroso:

«Nadie puede negar que la mujer ha intervenido siempre, y de una manera activa y apasionada, en todos aquellos movimientos de un altruismo más grande y trascendental que en épocas dadas sacudieron al mundo y cambiaron radicalmente la condición de los hombres.»

«Cuando el cristianismo, oponiendo su doctrina de benevolencia y perdón á la crueldad y á la injusticia del fuerte, levantó contra sí el furor de los grandes, la mujer es quien con sus emperatrices lo difunde en los Estados que gobiernan, y con sus mártires eleva sobre la materialidad grosera de las creencias populares la purísima idealidad de su credo.»

«La fuerza representada por ellas, es la que hace exclamar á Libianius, al estudiar el porqué de la derrota de Julián el apóstata, en su empeño de volver la sociedad al paganismo: «¡Qué mujeres tienen estos cristianos!»

«Cuando, para sacudir la angustia de la tiranía feudal, ante la cual el individuo representa tan poco, Europa entera se levanta en un grito de protesta contra el antiguo régimen, la mujer no vacila en ofrecer su seguridad, su patriotismo y hasta su vida por el rescate de los derechos del hombre, hollados y desconocidos.»

«Cuando en los Estados Unidos fué sonada la hora de preguntarse hasta cuándo subsistiría la abominable distinción entre hombres libres y esclavos, sin que para autorizarla pudiera invocarse otra causa que el color de la piel, las mujeres de la Unión fueron las primeras en tomar la defensa del débil, y á una mujer se debe que, con su obra *La cabaña del tío Tomás*, se iniciara la campaña para abolir una institución infamante.»

«El espectáculo inicuo de la guerra entre los pueblos por defender principios convencionales de honor nacional, vacíos de sentido común, ha despertado en la mujer antes que en el hombre, el horror unido al vehemente deseo de concluir con ese resto de antigua barbarie. De boca de una mujer, la baronesa de Suttner, ha oído el mundo por primera vez el grito de «¡Abajo las armas!»; y en este mismo año, el premio Nobel ha sido discernido á Selma Langerlof, cuya obra, llena de un humanismo dulce y consolador, es un verdadero salmo al amor y á la paz.»

«La campaña antialcoholista, destinada á trabajar por el mejoramiento físico de la especie, impidiendo la degeneración

y el sufrimiento con que por lo general grava á sus inocentes, y que en Nueva Zelandia, Estados Unidos y Noruega ha conseguido triunfos tan notables, es allí obra casi exclusiva de las mujeres.»

Así hablaba la doctora Ernestina A. López.

Los trabajos presentados al Congreso fueron los siguientes:

Núm. 1. Herminia Montini, Roma.—Estudio de reforma educativa de los orfanatorios femeninos.

Núm. 2. María Aurora Argomedo, Chile.—La moralidad y el trabajo como fin supremo de la instrucción.

Núm. 3. Elvira García y García, Lima.—Formación del carácter.

Núm. 4. Educación física femenina, Ana A. de Montalvo, Santa Fe.

Núm. 5. Doctora Hermosina Aguirre de Olivera.—Enseñanza de la historia.

Núm. 6. Doctora Elvira Rawson de Dellepian.—Enseñanza de la historia.

Núm. 7. Carolina N. de Vergara, Valparaíso.—El canto coral en la escuela.

Núm. 8. Doctora Ernestina López, Buenos Aires.—Creación de escuelas de horticultura y jardinería para mujeres.

Núm. 9. Doctora Ernestina López.—Las industrias nacionales femeninas en las escuelas profesionales.

Núm. 10. Doctora Ernestina López.—Clases para niños inmigrantes.

Núm. 11. Doctora Eloísa Rawson de Dellepiane.—Niños débiles.

Núm. 12. Modesta Robledo de Alamis Plaza, La Sábana. La educación de la mujer y su influencia en los destinos del hombre y de las naciones.

Núm. 13. Doctora Ernestina López, Buenos Aires.—Sustitución de los asilos por instituciones de carácter parental.

Núm. 14. Luisa Bravo Zamora.—El beso y el mate vehículos de contagio.

- Núm. 15. Josefina Durbec de Routín.—Los retardados pedagógicos.
- Núm. 16. Rosario Bravo Zamora, Santiago del Estero.—Acción concurrente de la mujer en el hogar.
- Núm. 17. Doctora Hermosina Aguirre de Olivera, Buenos Aires.—Educación del carácter.
- Núm. 18. Elicenda Parga, Valparaíso.—Escuelas profesionales é industriales.
- Núm. 19. Virginia Moreno de Parkes, La Plata.—Educación moral y formación del carácter.
- Núm. 20. Doctora Elvira Rodríguez Larrante, Lima.—El carácter y su influencia como factor social.
- Núm. 21. Jacinta Vacaro de González, Bella Vista (Corrientes).—El carácter y su cultura.
- Núm. 22. Dr. Corbalán (Lima).—Cuentos de crítica social.
- Núm. 23. Luisa Ombrino, Lomas de Zamora.—Imágenes y expresiones poéticas del espíritu.
- Núm. 24. Mora A. de Montovani, La Pampa.—Trabajo de la 1.^a, método, etc.
- Núm. 25. Mercedes de la Vega, Buenos Aires.—Nuevos rumbos.
- Núm. 26. Mme. Alicia de Guillot, Buenos Aires.—Escuelas comerciales é industriales.
- Núm. 27. Corina Echenique Uriarte.—Colonias de vagabundos.
- Núm. 28. Corina Echenique Uriarte.—El bambú japonés.
- Núm. 29. Doctora E. Gutiérrez de Quintanilla, Lima.—Monografía.
- Núm. 30. Carmen Champy Alvear, Buenos Aires.—Importancia de la cultura estética en la educación de la mujer.
- Núm. 31. Elvira Rodríguez Lorente, Lima.—Influencia social de la madre.
- Núm. 32. Doctora Cecilia Grierson, Buenos Aires.—Ciencias y artes domésticas.

Núm. 33. Propositiones del grupo femenino Unión y Labor, de Buenos Aires.

No puede considerarse el feminismo como algunos lo han hecho, calificando el movimiento por una manifestación externa, como una lucha de sexos; el feminismo es el llamado á resolver con su reivindicación el problema de la escuela en la familia. La acción educativa, que no tiene en los países viejos y atrasados más punto de apoyo que la escuela, ha de completarse con la acción conexas de la sociedad y la familia, y esta última es imposible que desenvuelva reacción eficaz sin una elevación cultural de la mujer.

La Argentina se acerca con sus tendencias feministas á esos países nuevos que, como Alemania, convierten en energías positivas de trabajo á la mujer, en vez de ser elementos neutralizadores del esfuerzo del hombre ó sustraendos del progreso nacional.

VICENTE GAY,

Catedrático en la Universidad de Valladolid.

REVISTA DE REVISTAS

SUMARIO.—FILOSOFÍA: El advenimiento del pluralismo.—CUESTIONES POLÍTICO-SOCIALES: La despolonización.—PEDAGOGÍA: La evolución contra la educación.—LITERATURA: Salomé y su leyenda.—HISTORIA: Un ensayo del fin del mundo.—IMPRESIONES Y NOTAS: El ideal japonés de la mujer.—Una impresión de España.—El evangelio de Guillermo Blake.—Un plan de novela de Maupassant.—El charlatanismo de las mujeres.

FILOSOFÍA

EL ADVENIMIENTO DEL PLURALISMO.—A la concepción monista del universo, dice Pablo Gaultier en la *Revue Bleue*, debía suceder y ha sucedido, bajo la influencia de la crítica y del progreso de las ciencias, una visión pluralista. Aunque Enrique Poincaré y Eduardo Le Roy hayan insistido en la relatividad de la ciencia y hasta en lo que contiene de convencional, mostrando, por consiguiente, con el antintelectualismo de Bergson, lo ficticio de sus tentativas de reducción á la unidad, antigua tarea de los conceptualistas, y más todavía de los nominalistas, la investigación científica avanzando hallaba lo complejo bajo lo que se presumía simple.

Lo uniforme en efecto, nos parece frecuentemente así, por no verse bien sus componentes. La igualdad del nivel de los mares, por ejemplo, ¿no implica una infinidad de niveles de equilibrio, según planos aproximadamente esféricos, sobre los que la presión difiere en razón de la profundidad? La equipartición estática de la energía, ¿no recubre variedad indefinida

de movimientos en las moléculas y hasta en los átomos? A medida que la ciencia proyecta más luz en el mundo, lo descubre más complicado. Un griego no tenía idea ninguna de las interferencias, de la polarización, de los rayos ultravioletas é infrarojos. Los problemas surgen literalmente de sus conquistas. A despecho de las teorías monistas, ¿no tiene cada cuerpo sus propiedades que lo diferencian de todos los demás? Cada uno tiene su color específico, su sensibilidad acústica y lumínica; podría decirse que la desigualdad se halla en todas partes. Así es como los movimientos brownianos de partículas infinitesimales, suspendidas en un líquido, presentan la más extrema irregularidad, escapando á toda previsión. Bajo apariencias uniformes, ocurre lo mismo con todos los fenómenos: no hay regularidad más que *grosso modo*. ¿Hay siquiera dos objetos, dos vivientes, dos seres absolutamente semejantes? La identidad es una creación puramente lógica, sin realidad en el mundo de la experiencia. Leibnitz tiene razón: el principio de los indiscernibles, es cierto: dos cosas absolutamente idénticas se confundirían, serían una sola. Quiérase ó no, la unidad es una hipótesis, la pluralidad es un hecho.

J. H. Rosny es un pluralista intransigente, y, como tal, eminentemente representativo de todo un movimiento de espíritu. Para él no hay unidad, no sólo en el sentido de substancia única, sino de unidad individual. Su pluralismo repugna las mónadas, no reconociendo la simplicidad en ninguna parte. Todo fenómeno, todo sér, es el producto del conjunto de los seres ó de los fenómenos presentes ó pasados. No sólo cada objeto es diferente de los demás, sino que está compuesto de elementos heterogéneos, que están compuestos á su vez, y así sucesivamente hasta lo infinito. En cuanto á unidad, ni substancial ni formal, no la hay en ninguna parte. Un sér, un viviente, una cosa, no puede compararse siquiera en esta teoría con un torbellino que comprendiera infinidad de otros, porque un torbellino parece todavía tener una ley, una forma que constituye su unidad.

En su afán de no ver más que complejidad dondequiera, Rosny desliga en cierto modo el mundo, emancipándolo de la unidad y repudiando toda continuidad. No siendo nada simple, la continuidad, á sus ojos, no es más que una ilusión. Compuesto de elementos heterogéneos un objeto, no constituye un todo, sino por la aproximación de esos elementos, por la dificultad que hay en romper sus relaciones, sin que se pueda nunca pasar sus límites ni inferir su continuidad. La ciencia, según Rosny, á imagen de la heterogeneidad absoluta, no tiene límites, y por lo mismo no puede ser nunca más que aproximativa; pero por lo mismo que no está nunca sino en presencia de fenómenos y no de sustancias simples, no encuentra nada que se le resista. Fenómenos de conciencia y fenómenos materiales, todos pueden ser penetrados por ella, bastándole descubrir analogías, y descubriéndolas hasta lo infinito. La investigación científica no tiene fin, lo mismo que la heterogeneidad.

Rosny olvida que si la simplicidad y la unidad absolutas son inconcebibles, la heterogeneidad y la multiplicidad absoluta no lo son menos. No porque los monistas hayan olvidado uno de los términos del problema, se debe hacer lo mismo en sentido contrario, olvidando el otro. El pluralismo de Rosny carece de fondo. ¿Qué fenómenos son esos que no tienen unidad ninguna y que no se refieren á nada? Ni siquiera una partícula de polvo, compuesta á su vez de otras partículas. La heterogeneidad y la discontinuidad universales conducen á la nada.

Filosofía de la cantidad, el pluralismo de Rosny, á pesar de sus grandes méritos, es erróneo, por haber prescindido de la cualidad, siendo impotente para explicar el progreso. Parece, oyendo á Rosny, que el mundo es siempre igual á sí mismo y que se halla, por lo tanto, en el mismo estado, y eso viene de que considera únicamente la complejidad cuantitativa, y nada la cualidad, que es evidente que aumenta. ¿Cómo explicar un perfeccionamiento cualquiera, no admitiendo sino

encuentros de fenómenos sin factor interno, capaz de suscitarlos para que cumplan mejor sus fines? Claro es que la diversidad es grande y hasta ilimitada; que la realidad es múltiple; que no hay un sér que se parezca totalmente á otro ni dos sucesos que se repitan; todo es original y nuevo, y la individualidad existe en todo: en la hoja de roble, como en el hombre; en los animales, como en los astros; no hay nada idéntico ni uniforme; todo es complejo. Lo discontinuo, negado por las filosofías unitarias, es un hecho evidente por sí mismo, y el pluralismo tiene el mérito de recordarlo; pero ¿es ése un motivo para repudiar toda unidad y toda continuidad? ¿No son la unidad y la continuidad otros hechos tan evidentes como la complejidad y la heterogeneidad?

CUESTIONES POLÍTICO-SOCIALES

LA DESPOLONIZACIÓN.—En la estación de Varsovia, por donde desembocan en la antigua capital los viajeros de Viena y de París, se nota ya algo que caracteriza á los habitantes del país, y poco después la Marshalkowska y la Jerozolinska cruzan sus avenidas hormigueando de gente. Gentiles parejas, saludos graciosos, andares airosos, gestos matizados, sonrisas, miradas, vueltas de cabeza; ojos, no de sueño, sino de inteligencia amante; bocas que se abren mimosamente para dar salida á charlas ásperas, pero melosas; lengua capricante y salvajemente melódica...

La conversación es completamente francesa; palabras precisas y matizadas, flexibles, nerviosas, plásticas; nada de pesadez didáctica, de énfasis ni de hipocresía para expresar su opinión; nada de embrollos sintáxicos, de voces que se enganchan unas en otras como los vagones de un tren de mercancías. Son, como dice Ary Lebloud en el *Mercure de France*, latinos de genio eslavo, como los franceses son latinos de ge-

nio celta, uno y otro acariciadores, caballerescos, artistas, mundanos, tan exquisitos en la galantería social, como finos en la bravura.

Todo lo aceptarían los polacos: quintas y proscipciones, exacciones, brutalidad y venalidad policíacas, con tal de que no tocaran á su lengua, que es para ellos la afirmación de su genio individual entre las razas de Europa, marcada por sus sellos de origen eslavo, dorada por el latín, articulada por la retórica clásica, decorada artísticamente de italianismos y galicismos, exaltada al impulso de la emoción patriótica y de la elocuencia relampagueante por los grandes románticos de 1830, ennoblecida para siempre por las odas del martirio, y divinizada por la persecución que quiso envilecerla bajo dos culturas enemigas, poniéndola á los pies de los caballos cosacos y de las botas prusianas, desgarrarla, desangrarla, aniquilarla. Ary Lebloud estudia los resultados obtenidos por la unificación y la germanización, así como por el ensayo de autonomía llevado á cabo en Galitzia, sacando las conclusiones que se desprenden de los hechos consignados.

El sistema rusificador de Povedonofsieff y de la burocracia alemana petersburguesa, no tiene defensa. Con detrimento de la Hacienda imperial, la población polaca del reino, cuyos sentimientos morales son de los más elevados, se muestra relativamente una de las menos instruídas y menos económicas de Europa; de 1820 á 1910, el número de escuelas de Varsovia se ha reducido á la tercera parte; de 1897 á 1907, el número de analfabetos ha subido de 41,1 á 53,6 por 100; hay un escolar por cada 35 habitantes, una escuela por cada 2.500; el tanto por ciento de los quintos analfabetos es de 82, en lugar de 0,50 en Alemania.

En las aldeas los maestros son elegidos y vigilados por el Ministerio del Interior; fuera de la escuela se obliga al aldeano á servirse de la lengua rusa, ignorada de la mayor parte, para todos los actos administrativos, enloqueciendo de ese modo á los desgraciados aldeanos desconfiados é ignorantes, que con

facilidad pasan á vías de hecho, por su carácter vehemente, y se convierten en rebeldes, bandidos é incendiarios. En la ciudad, la vida se hace triste, hasta para los adolescentes. Los años de enseñanza pesan sobre los ancianos como años de presidio. Por de pronto, como se ve en *Los trabajos de Sísifo*, de Zeromski, la depravación realiza su obra; el niño, enervado por el terror, se acobarda, se malea, se hace hipócrita; la llegada de un compañero patriota lo cambia completamente y le pone en condiciones de trabajar por la misión futura. En las Universidades, el Gobierno ha colocado profesores nihilistas para desmoralizar á la juventud, difundiendo la idea de que los héroes de 1830 y 1863 eran unos quijotes, y creando así escépticos; por fortuna, esa mala semilla no ha fructificado y ha sido preciso cambiar de dirección. Desde 1908, los profesores tienen la orden de no hacer política antipolaca, ni siquiera propaganda rusa; son agentes de cultura internacionalista, que los alumnos escuchan sin desconfianza; y poco á poco, esos Moskols enfrían el fervor patriótico de la juventud polaca, en una especie de misticismo socialista panhumanitario, tan sincero como el pacifismo del imperial promotor de los congresos de la Haya.

El resultado general era de prever: en los campos, los escolares tomaron intensamente parte en el banditismo, y en las ciudades en la revolución; en todo el reino se propagó la huelga escolar, y hoy mismo se boycotean los establecimientos del Estado, donde apenas quedan más que rusos y judíos rusificados.

En 1905, la administración ha tenido que aflojar las riendas. Hasta entonces, el empeño por unificar á los polacos había llegado al extremo de obligar á imprimir en caracteres rusos los mismos manuales polacos, llegándose á prohibir á los polacos que aprendieran su lengua en Lituania, en Ukrania, imponiendo 800 francos de multa y tres meses de prisión á quienquiera que reuniese niños en su casa con ese objeto, á los padres de éstos y al propietario de la casa, extendiéndose esta medida á todo el reino en 1900, y revisándose todas las biblio-

tecas públicas para expurgarlas de libros demasiado polacos. Hasta en los recreos se les prohíbe hablar el idioma maternal, y se castiga con deportación á las familias en cuyas casas se encuentran libros polacos. Las pobres madres que quieren asegurar á sus hijos la posesión de su lengua y una instrucción digna de su rango, se ven obligadas á pasar las noches en vela, bebiendo té sobre té, para resistir el insomnio, temblando constantemente por el miedo de las irrupciones policíacas. El resultado de este doble sistema estaba previsto: el rector Apuchtin había dicho en 1870, al llegar á Varsovia: «Dentro de tres años las madres polacas hablarán en ruso á sus hijos»; en 1905, el 60 por 100 de la población no sabía una palabra de ruso.

Surgió la guerra ruso-japonesa, y 40.000 niños desfilaron por las calles, pidiendo se les enseñara en su lengua. Hubo que darles satisfacción, y las escuelas libres quedaron autorizadas. Pero desde que la revolución ha sido domada, la Administración ha vuelto á su antiguo empeño: las asociaciones docentes han sido disueltas y las escuelas privadas perseguidas, rehusándose toda autorización para abrir nuevos establecimientos. Frente al empeño de la Administración rusa está el empeño del pueblo polaco, y el triunfo no es dudoso.

Veamos ahora los resultados de la germanización. Alemania, que sabe mejor que nadie el valor de la lengua, ha resuelto acabar con el polaco en todo el territorio conquistado, organizando la campaña con la precisión de una acción militar. Antes de 1870 los posnanios usaban de su idioma en los tribunales y en las oficinas; en 1876 se suprimió esta tolerancia, y se cambiaron los nombres de las calles de 2.266 ciudades, villas y aldeas, bautizándolos en alemán; en 1887 se prohibió la enseñanza del polaco en todas las escuelas; en 1903, en la enseñanza religiosa, y desde el 15 de Mayo de 1908 no se permite hablar la lengua nacional en ninguna reunión, en toda localidad en que no haya un 60 por 100 de polacos, como pasa en la misma capital, Posen, donde sólo son el 57 por 100.

Para lograr su fin, Alemania no ha omitido medio. En el

cuartel, instrucción militar, con enseñanza de gramática, servicio y gimnástica, y castigos brutales para todos cuantos emplean entre sí su lengua familiar. En el campo, cuando el aldeano, acosado por todas partes con vejaciones y amenazas, aparece desalentado, se le obliga á optar entre la guerra si no se somete, ó la paz si se decide á cambiar de nombre, aceptando el apellido Neumann en lugar del de Nowakowski; los padres que en el registro civil han declarado á su hijo con el nombre de Wojcieh, que es el de su padre, ven que le ponen Adalberto, y aldeas que se llaman Swiniary (aldea de los cochinos), ven su nombre cambiado por el de Bismarcksfelde (campos de Bismarck). En las calles se germanizan las fachadas de las tiendas, teutonizando nombres, apellidos y mercancías. En las estaciones se prohíbe vender periódicos de lengua eslava, y hasta en las sepulturas se borran los epitafios grabados en polaco.

La campaña es atroz y sin atenuaciones: muchos pobres viejos, que no saben una palabra de alemán, se ven obligados á dirigirse en su lengua á los empleados del Estado, encontrando por contestación mutismos burlones, invectivas, insultos, y ¡á la cárcel! Los pequeños sordomudos, instruídos en alemán, no pueden comunicarse con sus padres.

El campo en que Alemania desencadena su ferocidad contra el polaco, es la escuela. Si el alumno, al entrar, saluda con la fórmula católica «¡bendito sea Jesús!», los maestros se enfurecen y contestan con el de Rakow: «Saludaréis así á los marranos, pero no á mí». Por cualquier cosa, los golpean en los dedos, les llenan de cardenales las espaldas, los azotan de modo que no pueden sentarse muchos días, los patean, les arancan los cabellos, los abofetean y hasta los extienden sobre la mesa para flagelarlos, obligando á sus compañeros á tenerlos sujetos. Los pequeños polacos presentes en los bancos de las clases, tienen conciencia de su martirio, y no responden en su lengua maternal. Los padres saben que hay multas, los hijos saben que hay castigos, y que se verán privados de vacaciones y brutalizados; pero no importa, la familia entera se

bate contra el victorioso pedagogo. En cuanto á los escritores, periodistas, novelistas y dramaturgos, se ven obligados á emigrar. Europa entera ha visto con indignación condenar á uno de sus más grandes novelistas, Kraszewski, de setenta años de edad, por su novela *Sin corazón*, en la que no se encuentra ni un motivo siquiera de acusación, como no sea el de que, al caracterizar las capitales, define á Berlín como capital del aburrimiento.

Combatida en la escuela, intervenida en la familia la lengua nacional, triunfa en Posnania de todas las persecuciones. Los niños de más edad enseñan á los más jóvenes; ricos y pobres se hacen en sus casas maestros de escuela, templando su alma en los tormentos de la persecución.

Sólo Austria ha comprendido mejor su papel, y ya que no consiga hacer olvidar á los polacos de Galitzia el reparto de su nación, por lo menos, no suscita los odios que Rusia y Alemania, y gracias á su autonomía, la provincia polaca de Galitzia desenvuelve sus energías, logrando que las Universidades de Cracovia y de Leopold lleguen á la altura de las mejores de Europa.

PEDAGOGÍA

LA EVOLUCIÓN CONTRA LA EDUCACIÓN.—La mentalidad de esos espíritus sencillos, dice *La Grande Revue*, que creen que la instrucción puede cambiar el temperamento y llevar al triunfo, es todavía hoy la dominante en el público, desde la mujer del pueblo, que sueña con ver á su hijo becario de un Instituto, hasta el moralista, que no cesa de recordar á los maestros que su misión es «formar hombres»; todos están persuadidos de que el valor del individuo y sus éxitos dependen de la cultura escolar, y de ahí esos artículos de revistas y periódicos sobre la «bancarrota de la escuela», los «tristes productos de la enseñanza clásica», etc., considerando al niño en

manos del profesor como la arcilla en manos del alfarero. Si un hastiado se suicida, ó un diputado vende su voto, ó una partida de huelguistas comete alguna violencia, en seguida se echa la culpa á la enseñanza.

Esta creencia en el poder de la instrucción es relativamente moderna. Verdad es que Platón sostiene que el vicio procede de la ignorancia; pero ciertos espíritus le parecían irremediabilmente vulgares é incapaces de cultura; en cuanto á la Edad Media, con su conciencia del pecado, no comprendía que sin intervención de la gracia fuera posible mejorar á los hombres. En realidad, la fe en la omnipotencia de la instrucción data del siglo XVIII, y es la utopia digna de una edad en que Turgot podía decir, presentando sus planes de reformas á Luis XVI: «Señor, dentro de diez años, tendréis un pueblo completamente nuevo.» Hoy la ciencia no consiente tales quimeras. Una planta, rodeada de otras que la ahogan ó la comunican sus parásitos, marchitándola, puede sustraerse de su medio natural y transformarse en vigoroso tallo, cultivándola en ambiente más propicio. Pero cuando se trata de la planta humana, ya es otra cosa.

Parece que no hay ya reglas ni principios para nada. Hoy se casa uno al azar, y casi siempre en condiciones que excluyen toda posibilidad de descendencia robusta; se envían los hijos á colegios ó escuelas en que se reúnen á cientos, agrupándolos por edades, y revueltos los buenos con los malos, los fuertes con los débiles, los inteligentes con los torpes; y luego de esa masa amorfa que se dispersa diariamente, para seguir viviendo en ambientes opuestos, se pide al educador que haga salir seres bastante provistos de fuerza y de saber, para convertirse en personalidades libres, en ciudadanos aptos para colaborar á los fines sociales, en madres capaces de inspirar á sus hijos ideas nobles, en mujeres y en hombres cabales. ¿No es eso un cuento como el de la hoja de espada que, metida en tierra por la noche, aparecía por la mañana convertida en florido ramo?

Uno de los primeros hechos que el estudio de la evolución ha puesto en claro, es que existen en todos los seres fuerzas de inercia y de regresión y que «hay seres total ó parcialmente incapaces de evolución progresiva». La especie humana está comprendida en esta ley. No hay medio escolar en que no se encuentre toda una gama de alumnos ineducables, algunos de los cuales sólo son susceptibles de desarrollo regresivo.

Son desde luego los *degenerados* á quienes el amor propio de las familias, junto con las complacencias de la Administración, introduce en la enseñanza pública, cuando su puesto estaría en los asilos; vienen en seguida los *atrasados* y los *instables*, demasiado faltos de atención ó de inteligencia para seguir el curso ordinario de los estudios; niños para quienes la distinción de las especies de palabras será siempre un misterio inescrutable. Son, por último, los alumnos que, sin parecer del todo anormales y aun habiendo dado ciertas esperanzas, llegan á los trece ó catorce años al término de su evolución progresiva, y cuyas facultades van desde entonces degradándose. ¿Qué hacer de esa multitud de seres anormales? ¿Cómo sacar partido provechoso de una clase llena de alumnos sordos, miopes, incapaces de atención, de salud quebrantada, que les impide seguir con regularidad las lecciones de la escuela ó del Instituto? El profesor tiene que atender á los *atrasados*, conteniendo por ellos su avance, y el resultado es casi siempre una pérdida de tiempo y de fuerzas, el rebajamiento de los estudios y el atraso de los mejores. Santa Teresa no quería admitir en sus conventos, á pesar de lo mucho que puede la disciplina religiosa, á las imbeciles: «Es incurable», decía, y las rechazaba sin remedio. La instrucción no tiene más poder que la religión.

Prescindiendo de la gran familia de los anormales y *atrasados*, fijémonos en los niños que parecen susceptibles de desarrollo normal. La Naturaleza no tiene nada de caprichoso ni de arbitrario; no tiene dos leyes ni dos métodos, uno para el mundo físico y otro para el mundo moral. *Natura nihil fecit pers altum*. Para hacer salir al hombre del bruto, dándole el

sentido de la justicia que distingue al civilizado del salvaje, se han necesitado períodos incalculables. Penétrese en las clases, véanse de cerca tantos rostros de boca prominente, de mirada vacía y de facciones que revelan la vida inferior de sus antecesores, y pregúntese cuánto tiempo hace falta para borrar las macas hereditarias, elevando á esos niños á la altura del hombre culto. Los ingleses, gentes positivas, aseguran que no se necesitan menos de siete generaciones para formar un *gentleman*. ¿Qué genio ha encontrado el medio de hacer pasar de un salto de la medianía á la superioridad?

El período escolar basta tanto menos, cuanto que las horas de clase que quisiera uno consagrar á la formación del pensamiento y del carácter quedan completamente absorbidas por la instrucción, y aun ésta muy comprometida por la multitud de materias de enseñanza. Entre la extensión de los programas y el tiempo de que se dispone, hay casi siempre evidente desproporción. En tales condiciones, por poco numerosas que sean las clases, ¿cómo trabajar para «formar hombres»? Quiera ó no, el profesor se ve obligado á precipitar la enseñanza, á afirmar dónde convendría explicar, á dar los resultados de un principio, sin llevar al espíritu por los caminos que han conducido á ellos. Los alumnos se acostumbran por su parte á desflorar todo, y así se llega á un saber superficial ó puramente mecánico, en que las palabras ocupan el puesto del pensamiento.

Es tal, por otra parte, la pobreza de las lecturas hasta en ciertos medios acomodados en que la revista y los periódicos han reemplazado al libro educador, que cuantas páginas se elevan algo sobre la medianía del lenguaje corriente, no pueden entenderse sin comentarios. Huxley decía que limitarse á enseñar á leer, escribir y contar á los niños, era darles cuchara, tenedor y cuchillo sin nada que comer; dando la vuelta á la comparación, podría decirse en muchos casos, que los programas literarios ofrecen á los niños un festín sin cuchillo, cuchara ni tenedor. Como quiera que se miren las cosas, siempre

se tropieza con la cuestión del tiempo; no hay proporción entre lo que hoy se exige saber y el tiempo de que se dispone para aprenderlo ó enseñarlo.

Además del concurso del tiempo, hace falta el ejercicio, la actividad continua; sin ejercicio, los órganos se atrofian y el sér vive una vida disminuída. En esta materia no hay profesor que no compruebe la incapacidad en que se halla gran parte de la población escolar. El esfuerzo, en los seres conscientes, supone la fe en su eficacia y la posibilidad en la concentración. La creencia en el valor del esfuerzo se halla hoy sumamente debilitada; antiguamente se hacía creer á los monarcas que lo sabían todo sin haber aprendido nada; hoy se adula á las masas haciéndolas creer que pueden llegar á todo sin trabajar; que el trabajo no es una ley de la naturaleza, sino una necesidad artificial, producto de una organización social defectuosa; por eso hay muchos que quieren llegar á la fortuna sin trabajar y ser instruídos sin estudiar. Estas teorías penetran en las escuelas, y los alumnos las acogen con el mayor favor; así, el alumno laborioso, consciente de su energía y de su deber, que trata de producir todo lo que puede dar, parece á muchos un ser anormal y desde luego un tonto. ¿No es cosa reconocida que con un minimum de trabajo y unos repasos de última hora puede uno sostenerse en clase y salir bien de los exámenes?

En cuanto á la concentración, son numerosas las causas que hoy la dificultan. Desde niño se ve mezclado en la vida de las personas mayores, compartiendo sus preocupaciones y sus placeres. Este contacto con la realidad es indudablemente un bien; pero su abuso es un daño, y de ningún modo puede recomendarse esa introducción de los niños en un mundo de apresuramientos y de fiebres en que no hay lugar para el reposo físico ni para el pensamiento tranquilo. ¡Cuántas veces hemos visto alumnos de espíritu despierto, formales y laboriosos, no poder atender á ningún trabajo sostenido ni preparar sus lecciones más que superficialmente y con atención fatigada, por-

que cuidados prematuros, juegos, visitas, teatros y fiestas prolongadas gastaban su energía y quebrantaban su voluntad! En los mismos establecimientos escolares, la concentración está muy poco favorecida: el gran número de alumnos, la carencia de salas de estudio pacíficas en que cada cual pudiera aislarse, la multitud de materias de enseñanza que pasan como un cinematógrafo ante los ojos del alumno, se oponen al trabajo atento y á la reflexión sostenida. Y si se considera que la concentración está en razón directa del interés y del gusto provocado por las cosas, y que para niños que han probado ya la vida de las personas mayores carece de sabor el estudio de las oraciones subordinadas y la relación entre las áreas de los cuadrados construídos sobre los tres lados de un triángulo rectángulo no tiene gusto ninguno, se comprenderá la dificultad con que tropieza la atención y lo penoso que resulta el esfuerzo.

El profesor no lo ignora y el alumno tampoco; obligados los primeros á hacer penetrar gran número de hechos en espíritus que, generalmente, no tienen ni tiempo ni gusto para el trabajo personal; los mejores profesores tienen que recurrir á procedimientos empíricos, dictando resúmenes, simplificando todavía manuales sencillos, ingeniándose en hallar fórmulas que concentren en algunas palabras siglos enteros de experiencia, y digiriendo, en una palabra, los conocimientos para evitar indigestiones á los alumnos, dándoselo todo masticado y digerido. El resultado se adivina: semejantes á los seres que, alimentados por la sustancia completamente laborada en que se sumergen, no conservan más que un minimum de órganos, muchos alumnos no tienen más que corto número de facultades que funcionen. No les pidáis entusiasmo, ni imaginación, ni esfuerzos para coordinar conocimientos y obtener vistas de conjunto; no esperéis de ellos ni siquiera el gusto por la lectura ó alguna curiosidad intelectual; no se desarrolla en ellos sino cierta aptitud para tomar notas y alguna facilidad verbal para reproducirlas. Así se explica lo que parece incomprensible: que con alumnos de inteligencia pronta y un profesorado

verdaderamente selecto, la enseñanza pública sólo produce resultados incompletos y precarios. «¿Sabéis cuál es la diferencia capital entre vuestra enseñanza y la nuestra?», preguntaba á un profesor francés un educador extranjero, después de haber asistido á varios cursos. «Pues es que entre vosotros quien trabaja es el profesor y entre nosotros son los alumnos.» En España esa observación es todavía más exacta que en Francia, porque todas las deficiencias expuestas son mucho mayores en nuestro país que en la vecina República.

De todas las influencias que contribuyen á la transformación de los seres, la más conocida es la del medio ambiente; si en el orden fisiológico es innegable, en el intelectual no lo es menos. Por poco bien nacido que sea un niño, si vive entre espíritus elevados y cosas augustas, se puede asegurar que á su solo contacto adquirirá un desarrollo superior al que puedan dar los más altos estudios. ¿Y en qué medio ambiente viven los escolares? ¿Qué pensamientos superiores pueden hacer nacer en su espíritu las paredes de la Escuela, del Instituto ó de la Universidad? Mejor es no hablar de ello. En cuanto á la atmósfera moral, las influencias que la vician son numerosas, y si esa atmósfera está viciada en el establecimiento docente, no suele estarlo menos en las familias, donde no todo suele ser paz ni dignidad, y donde puede comprobarse diariamente que el mundo actual vive de frivolidad, de escepticismo de bajeza. Obsérvese lo que pasa en torno de sí mismo, escúchese las reflexiones que las personas mayores dejan escapar en el salón ante los niños, ó las conversaciones que se tienen por la noche de sobremesa, y dígase si con sus alusiones á los bajos equívocos de la existencia, se puede así fortificar el espíritu, inspirar al niño el amor á lo que es noble y grande, ni siquiera el respeto á las virtudes convencionales. ¡Y gracias todavía si en el ambiente en que vive no ve el niño justificados los peores desfallecimientos y abiertamente predicados los derechos á la vida fácil! ¡Gracias si al crecer observa que su madre no es de las que están resueltas de antemano á cerrar

los ojos sobre todos los extravíos y de las que se cuidan, más que de la pureza moral de su hijo, de la corrección del nudo de su corbata! Los padres, en general, se preocupan poco de la educación de sus hijos, y la acción disolvente de esa indiferencia en la vida escolar es terrible. ¿De qué sirven los esfuerzos para elevar el nivel intelectual y moral de un niño, si vuelve todos los días á un medio que es la negación de toda vida superior?

Todas las causas de esterilidad del esfuerzo educativo que hemos examinado, muestran, por lo profundo y por lo extenso de su influencia, que mientras subsistan nada podrá conseguirse, por mucho que sea el empeño de los profesores y por dócil que pueda ser, que lo es bien poco, la voluntad del alumno. El malestar actual no depende aisladamente de un plan de enseñanza, y la bancarrota de la educación no se evitará sin la seria cooperación del Estado y de las familias.

LITERATURA

SALOMÉ Y SU LEYENDA.—El drama de Oscar Wilde, y las óperas de Ricardo Strauss y Antonio Mariotte en él inspiradas, han dado á la figura de Salomé nuevo relieve, como dice en la *Revue Hebdomadaire* Camilo Mauclair.

Pocas figuras célebres hay tan mal conocidas como la de Salomé, á lo que contribuye principalmente lo poco que se sabe de ella: algunas palabras de San Mateo y de San Marcos, unas cuantas líneas de Flavio Josefo, y eso es todo. Salomé era hija del tetrarca Filipo y de Herodías; al enviudar ésta, se casó con su cuñado Herodes Antipas, tetrarca de Judea, que no hay que confundir con el Herodes de los Inocentes. Salomé fué educada en el palacio de su padrastro y su tío; éste tenía encarcelado al profeta Jaokanann, ó sea San Juan Bautista, por haber denunciado los pecados de Herodías, y, sobre todo, su crimen contra la Ley Santa, que prohíbe á las viudas ca-

sarse con los hermanos de sus maridos. En su prisión, el terrible vidente continuaba lanzando sus invectivas, que llenaban á Herodías de furor y de espanto. Instado por su mujer, el tetrarca vacilaba en dar la orden de muerte contra el Bautista, pues el temor supersticioso le sobrecogía, y en el fondo respetaba al asceta que había vivido en el desierto alimentándose de langostas y de miel salvaje, y anunciando la venida de un Dios desconocido; San Marcos dice que Herodes «hacía muchas cosas, según la opinión de San Juan, y le escuchaba con gusto». Llegado, sin embargo, el cumpleaños del tetrarca, fué celebrado con un festín, al que asistieron los grandes, los oficiales principales del tetrarcado y los legados romanos. Salomé, siguiendo el astuto consejo de su madre, apareció ante los convidados, ya calentados por el vino, y bailó tan voluptuosamente y con tanto arte, que Herodes, seducido, prometió darle lo que le pidiera; Salomé, consultada su madre, pidió la cabeza del profeta en una bandeja de plata. Herodes Antipas quedó muy descontento; pero no se atrevió á desdecirse ante sus convidados, y Jaokanann fué decapitado en el acto.

El Precursor murió el año 30, tres años antes del suplicio de Jesús; podemos, pues, conjeturar que Salomé había nacido el año 15; no podía tener menos de quince años en el momento de su danza seductora; se casó al año siguiente con su tío Felipe; enviudó dos años después, el 33; permaneció viuda hasta el 54; se volvió á casar con Aristóbulo, hijo del rey de Calcis, y murió el 72. Herodes Antipas y Herodías desagradaron al gobierno romano, fueron desterrados á España, y aquí murieron oscuramente. Eso es todo lo que sabemos, por la Historia, de los principales personajes de la tragedia.

Ni del relato de los evangelistas ni de la sucinta mención de Josefo, sacamos nada sobre el físico de Salomé, cuyo perfil duro, fuertemente semítico, nos revela el reverso de una moneda de Aristóbulo, su segundo marido, príncipe de Armenia, único documento iconográfico que poseemos. Nada sabemos tampoco sobre el carácter de la danza bailada por Salomé.

«Bailó y gustó», dicen San Marcos y San Mateo. La obediencia pasiva y descuidada de la bailarina, siguiendo siempre los consejos ó las órdenes de su madre, es también el único dato que tenemos sobre su psicología. Conocemos el odio de Herodías y su causa; pero ignoramos si Salomé compartía ese odio, ó si era un instrumento inconsciente del mismo.

No se ha necesitado más, sin embargo, para inflamar la imaginación de los artistas, y para hacer alcanzar á Salomé la más siniestra de las glorias. Desde Giotto, el arte se apoderó de su figura, y jamás la ha abandonado: Giotto, en Santa Croce de Florencia; Masolino, en Castiglione; Donatello, en Siena; Civitali, en Luca; Mino da Fiesole, en Prato; Lippi, en la catedral de Prato y en Florencia; Botticelli, en Florencia; Luini, en Florencia y en el Louvre, en Viena y en Milán; Fra Angélico y Andrés Solario, en el Louvre; Bellini, en el Louvre; Tiziano, en Madrid y en Roma; Dolci, en Dresde; el Guido, en Roma; Tiépolo, en Bérghamo; Matsys, en Amberes; Memling, en Brujas; Van der Weyden, en Berlín; Deutsch, en Basilea; Van Ostanen, en la Haya; Pisano, en el Bautisterio de Florencia; y los anónimos de la catedral de Amiens y de Nuestra Señora de Ruán, forman á penas la tercera parte de la lista de los maestros antiguos que han representado á Salomé. Entre los modernos pueden citarse Delacroix, Baudry, Henner, Benjamín Constant, Regnault, Rochemgrosse, Gustavo Moreau y Puvis de Chavannes.

El carácter de estas representaciones de Salomé ha variado mucho. Los Primitivos, se han consagrado á expresar la danza misma, porque la danza es lo que había causado todo el drama, provocando la determinación de Herodes; muchos de ellos, siguiendo la costumbre de los Cuatrocentistas, han figurado en el mismo lienzo ó en el mismo bajorrelieve las fases principales de la historia, es decir, el festín, el baile y la degollación del Profeta; otros, tratando sólo un episodio, han elegido generalmente la danza, y los hay que han parecido confundir á Herodías y Salomé en una sola persona. Los pintores

del siglo xvi y de la decadencia italiana se han apartado del sentido religioso para no ver en Salomé sino un tema pictórico, una hermosa criatura, una mujer, y no ya una joven, llevando una cabeza en una bandeja de orfebrería, como pudiera llevar una fruta; esta falsa tradición ha prevalecido hasta nuestros días. Así el tema de la Herodiada, se ha convertido en simple motivo decorativo, sin emoción, sin análisis psíquico, hasta Gustavo Moreau y Puvis de Chavannes. Este último, en uno de sus más curiosos cuadros de caballete, ha probado su deseo de neoprimitivismo hierático. En cuanto á Moreau, ha consagrado á este asunto varias obras, también inspiradas por la obsesión del cuatrocentismo, tanto en la técnica como en el sentimiento, añadiéndole las manifestaciones de su gusto, por la preciosidad y la suntuosidad de un orientalismo bárbaro, arqueológico y arbitrario á la vez, en su sombría magnificencia. Desde la Salomé de Botticelli, tan preconizada y tan admirable de expresión, y las de Lippi y Ostanen, las Salomé de Moreau son las únicas que penetran verdaderamente en el fondo de este pavoroso asunto.

Literariamente, una de las glorias de la prosa francesa es la obra maestra de Flaubert, *Herodías*; su título, por sí sólo, indica claramente que Flaubert consideraba á Herodías, y no á su hija, como el personaje esencial del drama, conforme á la verdad psicológica; Salomé aparece allí como muchacha inconsciente que pide la muerte de San Juan «con un ligero ceceo», como quien se hace eco de otra persona, sin comprender la trascendencia de lo que dice. El contraste entre esta pasividad y su tremendo resultado, ha debido impresionar á Flaubert, como impresionó á los Primitivos. El odio, el orgullo, la voluntad de Herodías, son los verdaderos resortes del drama; Salomé es una figura secundaria, como pudiera serlo el sayón que decapitó al Bautista. La ilustración con que Rochegrosse ha avalorado la edición, es digna de Flaubert, como debida á un artista erudito que ha sabido recoger cuanto puede saberse de la Palestina del primer siglo.

Julio Laforgue, en sus *Moralidades legendarias*, ha trazado un cuadro fantástico en que el lirismo y el humorismo se juntan hasta desconcertar, y donde se encuentra por primera vez la hipótesis, completamente gratuita, de una Salomé enamorada que se venga de los desdenes del Profeta, transformado en agitador socialista; hay que leer esta joya de bufonería paradójica, donde se tropieza á veces con notas más acertadas y profundas de lo que pudiera esperarse.

En cuanto al drama de Oscar Wilde, comentado por el genial dibujante Aubrey Beardsley, con fantásticas composiciones, es una obra de pura fantasía, aunque el colorido y los detalles sean verdaderos, y en ella se respire la atmósfera sofocante, perfumada y corrompida de las sombrías cortes de los reinecillos asiáticos bajo la dominación romana. Salomé figura allí como muchacha perversa empeñada en desear al cautivo que la rechaza y luego en vengarse de él; el drama termina con una escena de sadismo insostenible, interrumpida por el asesinato de Salomé. Herodes, desembriagado, asustado y enfurecido á la vez por el terror de haber hecho matar al Profeta, y por la confesión de amor histórico de la bailarina que se ha burlado de él, manda á sus guardias que la aplasten bajo sus escudos, mientras ella, loca de espantoso goce, recoge en los labios de la cabeza cortada el beso que el Profeta le negó de vivo. Todo eso y el suicidio episódico de un joven oficial sirio, enamorado de Salomé, es puramente arbitrario. Respecto á la partitura de la *Herodiada*, de Massenet, compuesta sobre un libreto convencional, bastante soso, apenas vale la pena de citarla, y otro tanto pasa con un fragmento de otra *Herodiada*, de Mallarmé, reducido á un diálogo de unos cientos de versos entre Herodías, confundida con Salomé, y su nodriza.

¿Qué puede sacarse del conjunto de todas estas obras, para la reconstitución de la figura de Salomé? ¿Qué razones hay para que los siglos se hayan complacido en el estudio de esta figura? La persistencia del enigma es irritante: una adolescente ha contribuído á que muera un profeta; ha sido instrumen-

to pasivo de un odio maternal; ha bailado para excitar la concupiscencia de un tirano irresoluto y ebrio. Nadie sabe si era capaz de querer aquella muerte, ni siquiera si ha concebido la importancia de su petición, siendo lo verosímil que no pudiera concebirla, pues la muerte de un cautivo era en aquella época un episodio sin valor; los vaticinadores hormigueaban, y nadie había de adivinar el grandioso papel que Jaokanann había de representar en lo futuro, como tampoco Poncio Pilato previó las consecuencias del martirio de Jesús.

Herodías es figura mucho más interesante: como en todas las heroínas de tragedia, hay grandeza en su actitud, en su odio, en su venganza, y si fuera ella misma la que hubiera decidido al tetrarca con sus bailes y su petición, su figura hubiera sido lógica y completa. La Historia ofrece muchos ejemplos de mujeres asesinas, cuya voluntad, energía y perversidad son más ricas en substancia psicológica y no menos ricas en aspectos plásticos, desde Tamyris hundiendo la cabeza de Ciro en un baño de sangre, hasta Cleopatra, Locusta, Agripina, Isabel de Inglaterra y aun Margarita de Borgoña. En la Biblia misma, Jahel atraviesa con un clavo las sienes de Sísara dormido, Dalila se presta á la corrupción de Sansón, y Judith ofrece el grandioso ejemplo de una heroína patriota; hasta la dulce Esther causa el suplicio de Amán, por los astutos consejos de Mardoqueo.

Ninguna, sin embargo, de estas heroínas trágicas ha obtenido la gloria artística de Salomé, y es, sin duda, porque el espantoso prestigio del acto de Salomé no está solamente en la calidad de la víctima; es que ese acto es involuntario, y, por consiguiente, ha podido interpretarse hasta lo infinito como la sonrisa de la Gioconda. Precisamente por ser una manifestación absoluta de lo inconsciente, aparece Salomé como perfecta imagen de la fatalidad. Es el tipo del personaje de leyenda, prestándose á todas las invenciones sin desmentirlas; se puede hacer de ella el símbolo de la mujer-niña, la síntesis de la perversidad, la imagen de la crueldad, el ejemplo de las reci-

prociades misteriosas y temibles entre el amor y la muerte, la encarnación del sacrilegio, el tipo de monstruosidad psíquica, la alegoría entre el antagonismo de la vida sensual y la vida mística; no es nada de eso y es todo eso.

Absolutamente vacía, la psicología de Salomé es el enigma mismo, un misterio creado enteramente por todos los que, al quererlo resolver, lo han fortificado, amplificado y enriquecido.

HISTORIA

UN ENSAYO DEL FIN DEL MUNDO.—Pablo Mimande, que asistió en la Martinica á un ensayo de cataclismo, cuenta sus impresiones en la *Revue Bleue*, y aunque el cuadro es un tanto borroso, es bastante expresivo para poder apreciar lo que seguramente sucederá la víspera del día del juicio final.

Era poco después de la erupción famosa de 1902, en que una nube ardiente, precipitándose de la montaña Pelada, había aniquilado ó, por mejor decir, volatilizado, en dos minutos y medio, los 29.000 habitantes de la ciudad de San Pedro, sin que quedaran vivos más que dos, un negro y un mulato. El volcán, no contento con los estragos hechos, seguía rugiendo todavía con accesos de cólera terribles, ensañándose con los restos de sus devastaciones; cuando llegaba á uno de esos paroxismos, se veía brotar de su cráter abierto, y subir hasta 3.000 metros de altura, una columna enrojecida que, espesándose rápidamente, se lanzaba hacia San Pedro, volviéndolo á barrer furiosamente con oleadas de cenizas y lluvia de bloques, rocas y pedruscos. Entonces se rompía, se desagregaba, se esparcía en montones de vapor al ras del mar y acababa por confundirse con la bruma.

En Fort-de-France, donde estaba Mimande, la impresión era penosa, pero no temible; la gente estaba preocupada, pero aunque alguna vez se sentían explosiones y se veía correr la lava hasta el río Blanco, Fort-de-France parecía al abrigo de todo peligro inmediato. La sábana que se veía desde las

ventanas del hotel tenía, como tela de fondo, la montaña Pelada, y ante ella, en el centro de la sábana, se erguía sobre su zócalo de mármol la estatua de Josefina Bonaparte, centro del paseo favorito de los martinicanos.

El 8 de Mayo, por la noche, los fenómenos luminosos se manifestaban con brillo muy particular, y nunca se habían visto tan grandiosos. Fatigado, sin embargo, por una excursión, Mimande, cansado de ver aquellos fuegos artificiales, se retiró á su cuarto para dormir.—Mañana por la mañana, en el momento de la marea, dijo un joven geólogo, tendremos novedades.—El calor era pesado, enervante; ni una ráfaga de viento; en la ciudad, ni un ruido; del lado del mar, ni un oleaje; la luna, oculta; el cielo, bajo; la luz estelar, velada; negrura, silencio, la sensación de la calma que precede á los ciclones.

Mimande se echó en la cama vestido, para estar dispuesto, no sabía á qué, y se durmió con sueño pesado y penoso. Una sensación extrañamente desagradable de ruidos y de choques le despertó sobresaltado; en seguida se percibieron como chasquidos de navío, puertas que se abren bruscamente y estrépito de muebles derribados; era un temblor de tierra, pero fuerte. Mimande saltó de la cama y corrió á la veranda, donde llegaban también los demás inquilinos, los caballeros con pijamas, y las señoras en peinador y con el pelo tendido. Casi en seguida, de un jardín vecino brotó extraña sinfonía de mayidos quejumbrosos y estridentes como si todos los gatos del país se hubieran reunido en aquel sitio.—Mala señal, muy mala señal, dijo alguien.—A los mayidos respondieron aullidos espaciados, sueltos, aullidos de muerto, como dicen los aldeanos.

Los circunstantes no se atrevían á decir nada; escuchaban, miraban, esperaban; tenían la noción, pues todavía no había salido el alba, de que masas espantadas desembocaban por todas las calles en el aterciopelado de la vasta sábana; aunque no se pudieran distinguir rostros, gestos ni actitudes, se percibía confusamente una especie de rebaño rumoroso, cada vez

más compacto, cada vez más denso, que ondulaba y se extendía como una ola. Por segunda vez el suelo trepidó, pero con sacudida débil, muy rápida, que sólo provocó un momento de temblor en el rebaño humano. Y entonces el horizonte blanqueó iluminándose. ¡La luz! ¡El día, que espanta el miedo!

Los pájaros, sin embargo, no lo saludaron, y la multitud lo acogió silenciosamente; era inmensa, y parecía estupefacta de verse allí, sin darse cuenta clara de lo que hacía, asombrada de su pánico; porque en las Antillas un temblor de tierra no es cosa rara, ni en general asusta á la gente. Todos estaban allí inmóviles, apretados unos contra otros, hombres, mujeres y niños de todas clases, condiciones y razas, blancos, negros y amarillos, vacilantes, hipnotizados, no se sabía por qué.

De todo aquello, apenas hubo tiempo de tener la impresión, porque una voz de espanto, una voz como la que debió oírse cuando el diluvio, gritó aullando con acento desgarrador: ¡El volcán! ¡El volcán! La montaña Pelada mostraba su capucha de vapores, surcados por relámpagos, y no se veía su cima ni su aguja; pero por encima de los vapores flotaba un cirro incandescente que de segundo en segundo crecía, cambiando de forma, tomando un color más vivo, haciéndose enorme con el aspecto de una columna inflamada: ¡Una nube ardiente!

Empezaba á moverse, y todos temblaron por los restos de la pobre ciudad de San Pedro. Pero no, no se dirigía á San Pedro, iba sobre ellos, iba derecha sobre ellos. ¿Comprendéis? ¡Horror! ¡Era la muerte, la muerte que se les echaba encima sin que hubiera defensa posible!

«¡Dios mío!, dice Mimande, dentro de cinco minutos, todos los que estamos aquí pensando, respirando, viviendo, no seremos nada, ni siquiera esqueletos, ni siquiera cenizas, ni nada de tangible; estaremos evaporados, seremos algo del espacio, del impalpable. Esos miles de criaturas y nosotros que desde aquí vemos de codos desde el balcón, seremos nada. Aquí las cosas, todas las cosas, serán, como en San Pedro, montones grisáceos; y ningún abrigo, ningún medio de huir; nada de

sabios, ni de inteligentes, ni de ignorantes, de ricos ni de pobres, de negros ni de blancos. Todos juntos, todos desaparecidos. Va á pasar, y esto quedará acabado, concluído, rematado.

»El aire arde, se ahoga uno, se la siente. No me acuerdo de si sufría, creo que no. Por otra parte, cosa curiosa, inverosímil, paradójica, que nunca he podido comprender: yo quedé enteramente fascinado, exteriorizado por el cuadro que tenía ante mí, y olvidé, sí, sí, olvidé que esperaba la muerte, mirando á todo un pueblo luchar bajo su garra. Hoy todavía no puedo hallar el recuerdo de mi espanto personal, mientras que tengo á la vista y evoco, como si estuviera todavía en la veranda del hotel, la revuelta de las agonías de aquella muchedumbre en espectáculo sublime y abyecto, sublime y asqueroso á la vez.

»Gentes de rodillas, murmurando resignadas, con la cabeza baja, su última oración; mujeres con los brazos en cruz y otras suplicantes sollozando con las manos tendidas: ¡Señor, señor, apartad eso, tened compasión! Otros, hombres y mujeres, oprimiendo convulsivamente á sus hijos contra su pecho, cubriéndolos con su cuerpo; muchos retorciéndose, revolcándose en la tierra, lanzando aullidos de bestias degolladas; parejas enlazadas sin pudor, boca contra boca; atontados, desmoronados, deshechos, inconscientes, cadáveres ya; y otros vueltos niños, lloriqueando, gimiendo, dando vagidos; locos corriendo y riendo á carcajadas, furiosos mostrando el puño, jurando, blasfemando, vomitando porquerías, rebuznando palabras innobles, espumarajeando erizados; algunas mujeres desgarrando sus vestidos, mostrándose desnudas en actitudes y con gestos obscenos; y todos, con las facciones convulsas, devastados, con las pupilas ensanchadas con aire de autómatas.

»Yo miraba, sin tener noción alguna del tiempo. De pronto sentí como una caricia de frescura; oí, como en sueños, resonar dos ó tres palabras alegres, y la multitud, como tocada por una varita mágica, pareció resucitar... Una inmensa aclama-

ción; levanté maquinalmente los ojos. ¡Milagro! ¡Hosanna! La nube ardiente desfilaba sobre el mar y se deshacía.»

Realmente, algo así debe suceder cuando llegue el fin del mundo.

IMPRESIONES Y NOTAS

EL IDEAL JAPONÉS DE LA MUJER.—Dice Ideoka Donosuké, en el *Fagin-Kai*, que la mujer ideal para los hombres (claro es que para los japoneses) es: 1.º Aquella que baja los ojos y se tiñe las mejillas de púrpura como los arcos de otoño, cuando los hombres la dirigen la palabra. 2.º La que nunca y en ninguna forma contradice á sus padres, hermanos, parientes y amigos. 3.º La que, sin ser hermosa, tiene un no se qué que la hace encantadora y arranca suspiros de quienes la contemplan. 4.º La que no cuelga su saber de las narices para exhibirlo. 5.º La que nunca deja ver su ira, y cuando ríe no lo hace á carcajadas. 6.º La que tiene la menor cantidad de vanidad y el espíritu limpio. 7.º La que no derrama á cada paso abundantes lágrimas. 8.º La que es poco celosa y desconfiada. 9.º La que tiene el rostro redondo y ovalado, de perfil correcto, con torno pleno y miradas que derraman amorosa ternura.

Beaumarchais ya había dicho, en términos más precisos y elegantes, á la mujer: «Sé hermosa si puedes, sé buena si quieres, pero sé estimada, pues lo necesitas.» A lo que agrega Stendhal, que «sin estimación no hay admiración, y, por lo tanto, no hay amor». Lo que buscan los japoneses al exigir en la mujer ideal las condiciones expuestas, es precisamente rodearla de esa estimación sin la cual no cabe verdadero cariño.

*
* *

UNA IMPRESIÓN DE ESPAÑA.—***, el crítico de arte de la *Revue Bleue*, tratando de *Algunos pintores de la Sociedad Nacional*, dedica un párrafo á Cottet, que, por dar una impresión

de España, nos complacemos en reproducir, sin comentario alguno.

«La mayor parte de los pintores, proveedores de una especialidad con su correspondiente marca, rehacen en 1910 el cuadro que habían expuesto ya cinco ó seis años antes. Hay, sin embargo, excepciones, que por lo mismo parecen más interesantes: Cottet fué largo tiempo un especialista de cosas bretonas, figuras y paisajes, cuya severa gravedad y ruda poesía admirábamos en sus cuadros; en este dominio se había trazado un hermoso puesto que ocupaba casi solo, y no tenía más que quedarse en él, como hacen tantos otros cuando tienen éxito. Pero Cottet ha pensado, con razón, que semejante actitud era indigna de un artista, y ha buscado nuevo tema á sus inspiraciones: se ha vuelto hacia España, esa España ardiente y grave también, como Bretaña, pero de otro modo, con más color, oposiciones y contrastes, esa España de la que decía uno de nosotros, el que mejor la ha sentido: «Para romper la atonía, España es el gran recurso; no conozco ningún país donde la vida tenga tanto sabor; despierta al hombre más enervado por la administración moderna; es una Africa: pone en el alma una especie de furor tan pronto como la pimienta en la boca.» ¿Ha conocido Cottet sensaciones idénticas al contacto de esa tierra única? Lo ignoro; pero lo que afirmo es que ha habido encuentro, adaptación de su naturaleza al país que interrogaba, y no quiero más pruebas que esos paisajes de piedras, esas iglesias á la caída de la tarde, ese interior de iglesia que, por su carácter, evoca una escena de inquisición. Quienquiera que haya visitado, quienquiera que haya amado á España, la de los contrastes de luz y de ruinas para siempre memorables, sentirá el encanto de estos cuadros.»

*
*
*

EL EVANGELIO DE GUILLERMO BLAKE.—Figura poco conocida de pintor, grabador y poeta de fines del siglo XVIII y prin-

cipios del xix, Blake era un místico con ideas singulares sobre la vida y sobre el papel del hombre, que Herberto Ives ha puesto de relieve en un interesante estudio de *The Fortnightly Review*.

Para Blake, la religión era una realidad sin cesar presente, y no un asunto de sensibilidad y de convención susceptible de ser alternativamente admitida y rechazada. Un hombre debe realizarse á sí mismo por su propio esfuerzo; debe glorificar á Dios por sus obras; cada incidente de su vida se convierte en una manifestación de su religión. Hay que servir á Dios, no suplicarle. Las grandes creencias del mundo están fundadas en la idea de una lucha sin fin entre el alma y el cuerpo. Blake comienza por negar la existencia del alma separada del cuerpo: «El hombre, dice, no tiene cuerpo distinto de su alma; lo que se llama cuerpo es una parte del alma limitada por los cinco sentidos, los principales medios de penetración del alma.» Para Blake, el hombre libre de la hipótesis del pecado original era una criatura dotada de posibilidades ilimitadas. El hecho de impregnar la humanidad de la idea de que está condenada de antemano, equivale á cortarle las alas; así llegaba en definitiva á la conclusión del gran poeta persa Omar-Kheyyam: «Tengo en mí el cielo y el infierno.»

*
* *

UN PLAN DE NOVELA DE MAUPASSANT.—Dickens, Maupassant, Edmundo de Goncourt, Zola y Alfonso Daudet vivían en tal intimidad, que habitaban juntos una especie de falansterio en Issy-les-Moulinaux; de allí salieron esas obras de fama mundial que se llaman *Germinal*, *Oliverio Twist*, *Una vida*, *Germينيا Lacerteux*, *Safo*, etc.

Cuando murió Maupassant, los cuatro amigos supervivientes descubrieron entre sus papeles el plan de una novela que no había tenido tiempo de escribir; los amigos resolvieron terminarla, y se repartieron la tarea: Carlos Dickens escribió la

primera parte, Edmundo de Goncourt la segunda, Emilio Zola la tercera y Alfonso Daudet la cuarta. La obra resultante, conocida solamente de algunos eruditos, fué depositada en la Biblioteca Nacional y ha sido publicada en *La Revue de París*.

He aquí el argumento tal como lo trazó Maupassant:

I. Un empleadillo (Loisel). Su mujer quiere ir al baile. No hay alhajas. Una amiga muy rica (la señora Forestier) se las prestará. El empréstito.

II. La toilette. El baile; los hombros; por qué está oculta (como en casa de la condesa de G...) Exito. Partida al rayar el día.

III. Vuelta á la casa. El aderezo se ha perdido. ¿Cómo devolverlo? Compran otro semejante (40.000), y, naturalmente, billetes, deudas, ruina progresiva. Existencia pobre.

IV. Diez años después. Encuentro con la señora Forestier. (No se habían vuelto á ver. Asombro; ¡qué cambiada está usted!... etc.) La señora Loisel lo cuenta todo. Emoción de la señora Forestier. «Pero, mi pobre Matilde: ¡el aderezo era falso! ¡Valía cuando más quinientos francos!» Conclusión. (¿Conclusión?)

*
* *

EL CHARLATANISMO DE LAS MUJERES.—La *liseuse* de *La Revue Hebdomadaire*, de París, teme que Marcelo Prévost pierda algo de su éxito de moralizador femenino, por haberse metido á corregir la charlatanería de las mujeres. ¡Mire usted que llamar á las mujeres charlatanas! ¡Calumnia, pura calumnia!, como dice la *liseuse*. Prévost lo asegura, y como prueba cita el hecho, realmente aplastante, de la comparación entre un café cualquiera frecuentado por hombres, y un reservado cualquiera ó una de las muchas casas de té frecuentado por señoras. En su café, los hombres reunidos juegan al billar, al dominó, al tresillo, y se ponen de mordaza un cigarro ó una pipa, ó bien se disputan los periódicos, devorándolos celosamente. En los

afternoon teas, en cambio, las mujeres no necesitan ninguna distracción suplementaria: con hablar les basta. Prévost cree que el té y demás adminículos no representan en la mesa más que una decoración. Un té en que los pasteles fuesen de cartón y en que se sirvieran tazas vacías, podría todavía tener éxito, según él, á condición de que los asientos estuvieran confortablemente dispuestos para la conversación.

Prévost explica esta diferencia entre ambos sexos por ciertas condiciones fisiológicas: los centros de la palabra articulada son más flexibles y más activos en las mujeres, y luego hay una gran diferencia en el timbre vocal, de modo que la mujer parece estar mejor dotada por la naturaleza para la verborrea. Por otra parte, la educación no deja de ejercer su influencia; la disciplina del silencio es más severa en los colegios de niños que de niñas. En la edad en que el joven permanece largas horas mudo, absorbido por duros trabajos intelectuales, la joven se ocupa en cosas que no le impiden hablar: cuidados caseros, costuras, *sports*, visitas, tiendas; más tarde, hecha madre, la mujer charlará sin cesar con su bebé, y esta charla es la que ha de enseñar al niño la significación de las palabras y su encañamiento en frases.

Prévost reconoce que la parlotería femenina es además alentada por los hombres: «Nosotros alentamos sin descanso la locuacidad de las mujeres, la provocamos, la aplaudimos. Con tal que una boca femenina sea agradable de mirar, nos complace que nos hable. La mujer linda, la mujer joven, pueden, mientras se les antoje, estar hablando cuanto quieran sin decir nada; el auditorio de los hombres les reconocerá, á pesar de todo, gracia y hasta elocuencia ó ingenio.» El reverso de esta medalla es que la mujer envejece, por desgracia, y los años, que la quitan implacablemente la frescura, no la privan del gusto de la verborrea, y llega un día en que los jóvenes dicen de ellas:—¡Qué cotorra tan insoportable!—Y sus contemporáneos responderán:—Pues lo mismo decía hace veinte años, y le parecía á uno deliciosa.

La *liseuse* conviene en que todo eso es verdad, pero lo que la parece duro es que Prévost afirme que la mujer concluye por no pensar más que cuando habla, y dice, con razón, que las debe dar una receta para enseñarlas á pensar cuando están calladas. Prévost recomienda, como el mejor método para corregir la charlatanería femenina, que sus educadores las hagan callar de un modo gradual, un poco más cada día, hasta una hora, por ejemplo.

Y aquí es donde la *liseuse* pega un brinco: «¿Creéis sinceramente, queridas lectoras—pregunta con la mayor ingenuidad,—que las más habladoras de nosotras no guardamos silencio una hora al día?»

FERNANDO ARAUJO

ÍNDICE

	<u>Págs.</u>
<i>La inmensa Hispania</i> , por Arturo Pérez Martín.....	5
<i>El Cuerpo Diplomático español en la guerra de la Independencia</i> , por Fernando de Antón del Olmet, Marqués de Dosfuentes.....	23
<i>Recuerdos</i> , por José Echegaray.....	35
<i>Parnaso internacional: Improvisación en la Gran Cartuja</i> , de Lamartine.— <i>A una mujer</i> , de Víctor Hugo.....	45
<i>La ciencia descubriendo envenenadores</i> , por Joaquín Olmedilla y Puig.....	48
<i>Las Cortes de Isabel II: Crónicas parlamentarias</i> , por Carlos Cambronero.....	67
<i>El retrato como documento histórico</i> , por Juan Pérez de Guzmán..	97
<i>El país del placer</i> (novela), por Edit Wharton.....	112
<i>Añoranzas de Granada: Tradiciones inéditas</i> , por Rodrigo Amador de los Ríos.....	135
<i>La América Moderna</i> , por Vicente Gay.....	155
<i>Revista de Revistas</i> , por Fernando Araujo.....	177